



Anglicanismo.com

RECURSOS CENTRADOS EN LA TRADICIÓN ANGLICANA

PRIMER LIBRO DE HOMILÍAS

*Ciertos sermones u homilías ordenados
para ser leídos en las iglesias*

1547

La traducción de esta obra se debe al obispo José Antonio Ríos.
Nilton Pardo revisó la traducción, editó la obra e incorporó el aparato
de notas. La publicación es posible gracias a los equipos de
catholicismoreformado.com y anglicanismo.com.

Si encuentra algún error, por favor, escriba a
nilton@catholicismoreformado.com.

Índice



Introducción a esta edición	1
El Prefacio	3
I. Una exhortación fructífera a la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura	6
Primera parte del sermón	6
Segunda parte del sermón	10
II. Un sermón sobre la miseria de todo el género humano, y de su condenación a muerte eterna, por su propio pecado . . .	16
Segunda parte del sermón	22
III. Un sermón sobre la salvación del género humano solo por Cristo nuestro Salvador, del pecado y de la muerte eterna .	27
Primera parte del sermón	27
Segunda parte del sermón	31
Tercera parte del sermón	36
IV. Una breve declaración de la fe verdadera, viva y cristiana . .	41
Primera parte del sermón	41
Segunda parte del sermón	45
Tercera parte del sermón	51
V. Un sermón sobre las buenas obras anexas a la fe	56
Primera parte del sermón	56
Segunda parte del sermón	60
Tercera parte del sermón	67
VI. Un sermón sobre el amor cristiano y la caridad	74
Primera parte del sermón	74
Segunda parte del sermón	78
VII. Contra el jurar en vano y el perjurio	83

	Primera parte del sermón	83
	Segunda parte del sermón	88
VIII.	Un sermón sobre cuán peligrosa cosa es apartarse de Dios .	93
	Primera parte del sermón	93
	Segunda parte del sermón	98
IX.	Una exhortación contra el miedo a la muerte	105
	Primera parte del sermón	105
	Segunda parte del sermón	110
	Tercera parte del sermón	115
X.	Una exhortación acerca del buen orden y la obediencia a los gobernantes y magistrados	123
	Segunda parte del sermón	127
	Tercera parte del sermón	133
XI.	Un sermón contra la fornicación y la impureza	138
	Primera parte del sermón contra el adulterio	138
	Segunda parte del sermón contra el adulterio	143
	Tercera parte del sermón contra el adulterio	150
XII.	Un sermón contra la contienda y las riñas	158
	Primera parte del sermón	158
	Segunda parte del sermón	163
	Tercera parte del sermón	169

Introducción a esta edición



El Primer Libro de Homilías vio la luz en julio de 1547, primer año del reinado de Eduardo VI, y no dejó de imprimirse durante casi ocho décadas: entre 1547 y 1623 salió de las prensas inglesas más de veinte veces. Richard Grafton y Edward Whitchurch, impresores reales, publicaron las primeras tiradas, y John Oswen imprimió la suya en 1549. Desde 1559, ya bajo Isabel I, el libro volvió a las prensas, y en 1562 se le antepuso un prefacio nuevo, que es el que abre este volumen. Las sucesivas impresiones fueron introduciendo cambios —correcciones, modernizaciones, erratas y retoques deliberados—, de modo que el texto se fue fijando poco a poco hasta la edición en folio de 1623, impresa en Londres por John Bill, que le dio su forma definitiva. Todas las ediciones posteriores siguen la de 1623.

Esta edición ofrece en español ese *texto recibido*: la forma fijada por la edición de 1623, que la Iglesia de Inglaterra ha mantenido desde entonces.

Las notas al pie siguen de cerca el ejemplo de Gerald Bray en *The Books of Homilies: A Critical Edition*, una edición inglesa de referencia. En ellas se identifican las citas de la Escritura y las obras de los Padres y autores antiguos que las homilías invocan —con los títulos en español cuando existe edición española—.

INTRODUCCIÓN

Las citas bíblicas se traducen tal como las dan las propias homilías, que a menudo citan la Escritura con libertad. Cuando las citas son precisas, en cambio, se traducen según la versión Reina-Valera.



CATOLICISMO REFORMADO

Una Fe, un Señor, un Bautismo

El Prefacio

COMO SE PUBLICÓ EN EL AÑO 1562



Al considerar cuán necesario es que la Palabra de Dios, que es el único alimento del alma, y aquella luz excelentísima por la que debemos caminar, en esta nuestra peligrosísima peregrinación, se predique al pueblo en todo tiempo oportuno, para que así aprenda tanto su deber para con Dios, su príncipe y su prójimo, según la mente del Espíritu Santo expresada en las Escrituras, como también a evitar las múltiples enormidades que hasta ahora, por falsa doctrina, se han infiltrado en la Iglesia de Dios; y al considerar cómo no todos los que son nombrados ministros tienen el don de predicar con suficiencia para instruir al pueblo que les ha sido encomendado, de lo cual podrían surgir grandes inconvenientes y mantenerse aún la ignorancia si no se halla y provee pronto algún remedio honesto: Su Excelentísima Majestad la Reina, velando por la salud del alma de sus amorosos súbditos y por la tranquilidad de sus conciencias en los puntos capitales y principales de la religión cristiana, y queriendo también, mediante la verdadera exposición y la pura declaración de la Palabra de Dios —que es la principal guía y conductora de toda piedad y virtud—, expeler y ahuyentar tanto toda vida corrupta, viciosa e impía como también las doctrinas erróneas y ponzoñosas, que tienden a la superstición y a la idolatría, ha hecho imprimir

de nuevo, por consejo de sus muy honorables consejeros y para su descargo en este particular, un libro de homilías —que en otro tiempo publicó su amantísimo hermano, príncipe de dignísima memoria, Eduardo VI—, en el cual se contienen ciertas exhortaciones sanas y piadosas para mover al pueblo a honrar y adorar a Dios todopoderoso y a servirle diligentemente, cada uno según su grado, estado y llamamiento.

Todas estas homilías, Su Majestad ordena y encarga estrictamente a todos los párrocos, pastores, presbíteros y a todos los demás que tengan cura de almas que, todos los domingos y días festivos del año, en la administración de la sagrada comunión —o, si no se administra comunión ese día, entonces después del evangelio y el credo—, en el orden y lugar señalados en el Libro de Oración Común, lean y declaren a sus feligreses, clara y distintamente, una de dichas homilías, en el orden en que están en el libro; excepto que se predique un sermón, conforme a lo ordenado en el libro de los Mandatos de Su Alteza,¹ y entonces, solo por esa causa, y por ninguna otra, se aplazará la lectura de dicha homilía hasta el domingo o día festivo siguiente. Y cuando se haya leído por completo el mencionado libro de homilías, es voluntad de Su Majestad que se repita y se lea de nuevo, del mismo modo que antes se prescribió. Además, Su Alteza ordena que, no obstante esta orden, dichas personas eclesiásticas lean los Mandatos de Su Majestad en los tiempos y en el orden señalados en el libro de los mismos;² y que el Padrenuestro, los Artículos de la Fe y los Diez Mandamientos se lean abiertamente al pueblo, como se especifica en dichos Mandatos,³ para que todo su pueblo, de cualquier grado o condición que sea, aprenda a invocar el nombre de Dios y a clamar a él, y sepa qué deber tiene tanto para con Dios como para con el hombre; de modo que puedan orar, creer y obrar conforme a ese conocimiento mientras

¹ Mandatos reales isabelinos (*Royal Injunctions*) de 1559, núms. 3-4 y 8.

² Mandatos reales isabelinos de 1559, núm. 14.

³ Mandatos reales isabelinos de 1559, núm. 5.

EL PREFACIO

vivan aquí, y después de esta vida estén con aquel que con su sangre nos compró a todos. A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria para siempre. Amén.

HOMILÍA I

Una exhortación fructífera a la lectura y conocimiento de la Sagrada Escritura



CATOLICISMO REFORMADO

Una Fe, un Señor, un Bautismo

Para el hombre cristiano no puede haber nada más necesario o provechoso que el conocimiento de la Sagrada Escritura, por cuanto en ella se contiene la verdadera Palabra de Dios, que establece su gloria y también el deber del hombre. Y no hay verdad ni enseñanza necesaria para nuestra justificación y salvación eterna que no esté, o pueda estar, extraída de esa fuente y manantial de verdad. Por lo tanto, todos cuantos desean entrar en el camino recto y perfecto hacia Dios deben aplicar su mente a conocer la Sagrada Escritura, sin la cual no pueden conocer suficientemente ni a Dios y su voluntad, ni su propio oficio y deber. Y así como la bebida es agradable para los que tienen sed, y el alimento para los que tienen hambre, así lo es la lectura, la audición, el examen y el estudio de la Sagrada Escritura para quienes desean conocer a Dios o conocerse a sí mismos, y hacer su voluntad. Y solo aborrecen y detestan el conocimiento y el alimento celestial de

la Palabra de Dios aquellos que están tan anegados en las vanidades mundanas que no saborean a Dios ni piedad alguna; pues esa es la razón por la que desean tales vanidades antes que el verdadero conocimiento de Dios. Como los que están enfermos de fiebre, que todo cuanto comen y beben, por agradable que sea, les resulta tan amargo como el ajeno, no por la amargura del alimento, sino por el humor corrupto y amargo que hay en su propia lengua y boca; así también la dulzura de la Palabra de Dios es amarga, no de suyo, sino solo para aquellos que tienen la mente corrompida por una larga costumbre de pecado y por el amor de este mundo.

Por lo tanto, abandonando el juicio corrupto de los hombres carnales, que no se cuidan sino de su cuerpo, oigamos y leamos con reverencia la Sagrada Escritura, que es el alimento del alma. Busquemos diligentemente el manantial de la vida en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, y no corramos a los charcos apestosos de las tradiciones de los hombres, ideadas por la imaginación humana, para nuestra justificación y salvación. Pues en la Sagrada Escritura se contiene plenamente lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, qué creer, qué amar y qué esperar en definitiva de las manos de Dios. En estos libros hallaremos al Padre de quien, al Hijo por quien y al Espíritu Santo en quien todas las cosas tienen su ser y su subsistencia; y que estas tres personas son un solo Dios y una sola sustancia. En estos libros podemos aprender a conocernos a nosotros mismos, cuán viles y miserables somos, y también a conocer a Dios, cuán bueno es en sí mismo y cómo nos hace, a nosotros y a todas las criaturas, partícipes de su bondad. También podemos aprender en estos libros a conocer la voluntad y el beneplácito de Dios, en cuanto conviene que sepamos por el momento presente. Y como dice el gran erudito y piadoso predicador san Juan Crisóstomo: «Todo lo que se requiere para la salvación del hombre está plenamente contenido en la Escritura de Dios. El que es ignorante puede allí aprender y tener conocimiento. El que es de corazón duro y un pecador obstinado hallará allí los tormentos

eternos, preparados por la justicia de Dios, para hacerle temer y para ablandarlo y enternecerlo. El que está oprimido por la miseria de este mundo hallará allí alivio en las promesas de la vida eterna, para su gran consuelo y consolación. El que ha sido herido de muerte por el diablo hallará allí la medicina por la que puede ser restaurado de nuevo a la salud». ¹ «Si se requiere enseñar alguna verdad o reprobar una falsa doctrina, reprender algún vicio, encomiar alguna virtud, dar un buen consejo, consolar o exhortar, o hacer cualquier otra cosa necesaria para nuestra salvación, todas esas cosas —dice san Crisóstomo— podemos aprenderlas abundantemente de la Escritura». ² «Hay en ella —dice Fulgencio— suficiente en abundancia tanto para que los hombres coman como para que los niños mamen. Hay allí cuanto es apto para todas las edades y para todos los grados y clases de hombres». ³ Por lo tanto, estos libros deberían andar mucho en nuestras manos, en nuestros ojos, en nuestros oídos, en nuestra boca, pero sobre todo en nuestro corazón. Porque la Escritura de Dios es el alimento celestial de nuestras almas. ⁴ Oírla y guardarla nos hace bienaventurados, nos santifica y nos hace santos. ⁵ Convierte nuestras almas; es lámpara a nuestros pies; ⁶ es un instrumento de salvación seguro, firme y eterno; da sabiduría a los corazones humildes y mansos; consuela, alegra, anima y reconforta nuestra conciencia; es una joya o un tesoro más excelente que todo el oro o piedra preciosa; es más dulce que la miel o el panal; ⁷ se llama la mejor parte, la que escogió María, porque tiene en sí consuelo eterno. ⁸ Las palabras de la Sagrada Escritura se llaman palabras de vida eterna, porque son el instrumento de Dios, ordenado

¹ Pseudo-Crisóstomo, *Hom. in Matthaeum*, 41; autor verdadero desconocido.

² Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Segunda Carta a Timoteo*, 9.

³ Fulgencio de Ruspe, *Sermones*, 1.1.

⁴ Mateo 4:4; Lucas 11:28.

⁵ Juan 17:17.

⁶ Salmos 119:105.

⁷ Salmos 19:7-10; Salmos 119:105; Salmos 119:130.

⁸ Lucas 10:39; Lucas 10:42.

para ese mismo fin.⁹ Tienen poder para transformar, mediante la promesa de Dios, y son eficaces mediante la asistencia de Dios; y, recibidas en un corazón fiel, obran siempre en él una operación celestial y espiritual.¹⁰ Son vivas, vigorosas y poderosas en su operación, y más cortantes que toda espada de dos filos, y penetran hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos.¹¹ Cristo llama edificador sabio a quien edifica sobre su Palabra, sobre su fundamento seguro y sólido.¹² Por esta Palabra de Dios seremos juzgados, pues «la palabra que yo hablo —dice Cristo— es la que juzgará en el día postrero».¹³ A quien guarda la Palabra de Cristo se le promete el amor y el favor de Dios, y que será la morada o el templo de la bendita Trinidad.¹⁴ Esta Palabra, todo aquel que sea diligente en leerla y en imprimir en su corazón lo que lee, verá menguar en él el gran afecto a las cosas transitorias de este mundo, y crecerá en él el gran deseo de las cosas celestiales que allí Dios le promete. Y no hay nada que fortalezca tanto nuestra fe y confianza en Dios, que tanto mantenga la inocencia y la pureza del corazón, y también la vida piadosa exterior y la conducta, como la lectura y la meditación continua de la Palabra de Dios. Porque aquello que, por el uso continuo de la lectura de la Sagrada Escritura y el examen diligente de la misma, queda profundamente impreso y grabado en el corazón, al fin se convierte casi en naturaleza. Y, además, el efecto y la eficacia de la Palabra de Dios es iluminar al ignorante y dar más luz a los que fiel y diligentemente la leen, para consolar sus corazones y animarlos a cumplir lo que Dios ha ordenado. Enseña la paciencia en toda adversidad, la humildad en la prosperidad, qué honor se debe a Dios, qué misericordia y caridad al prójimo.¹⁵

⁹ Juan 6:68.

¹⁰ Colosenses 1:5-6; Colosenses 1:25-28.

¹¹ Hebreos 4:12.

¹² Mateo 7:24.

¹³ Juan 12:48.

¹⁴ Juan 14:23.

¹⁵ 1 Samuel 14:6-23; 2 Crónicas 20:1-30; 1 Corintios 15:57; 1 Juan 5:4.

Da buen consejo en todas las cosas dudosas. Muestra de quién hemos de esperar auxilio y ayuda en todos los peligros, y que Dios es el único que da la victoria en todas las batallas y tentaciones de nuestros enemigos, corporales y espirituales. Y en la lectura de la Palabra de Dios no siempre saca más provecho el que está más presto en hojear el libro o en recitarlo de memoria, sino el que más se convierte en ella, el que más es inspirado por el Espíritu Santo, el que más es alterado y transformado en su corazón y en su vida en aquello que lee; el que cada día es menos orgulloso, menos iracundo, menos codicioso y menos deseoso de placeres mundanos y vanos; el que, abandonando cada día su antigua vida viciosa, crece más y más en virtud. Y, en resumen, no hay nada que más mantenga la piedad de la mente y ahuyente la impiedad que la lectura o la audición continua de la Palabra de Dios, si va unida a una mente piadosa y a un buen afecto para conocer y seguir la voluntad de Dios. Porque sin un ojo sencillo, una intención pura y una mente buena, nada se aprueba como bueno delante de Dios. Y, por otro lado, nada oscurece más a Cristo y a la gloria de Dios, ni introduce más ceguera y toda clase de vicios que la ignorancia de la Palabra de Dios.¹⁶

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

En la primera parte de este sermón, que exhorta al conocimiento de la Sagrada Escritura, se declaró por qué el conocimiento de la misma es necesario y provechoso para todos los hombres, y que, por el verdadero conocimiento y comprensión de la Escritura, se conocen también los puntos más necesarios de nuestro deber para con Dios y para con nuestro prójimo. Ahora, en cuanto a este mismo asunto, oirán lo que sigue. Si profesamos a Cristo, ¿por qué no nos avergonzamos de ser ignorantes en su doctrina, viendo que todo hombre se

¹⁶ Isaías 5:13; Isaías 5:24; Mateo 22:29; 1 Corintios 14.

avergüenza de ser ignorante en aquel saber que profesa? Se avergüenza de ser llamado filósofo aquel que no lee los libros de filosofía; y de ser llamado abogado, astrónomo o médico, quien es ignorante en los libros de derecho, astronomía y medicina. ¿Cómo puede, pues, alguien decir que profesa a Cristo y su religión, si no se aplica, tanto cuanto pueda o le sea oportuno, a leer y oír, y así conocer los libros del evangelio y la doctrina de Cristo? Aunque otros saberes sean buenos y dignos de aprenderse, con todo, nadie puede negar que este es el principal, y que sobrepasa a todos los demás incomparablemente. ¿Qué excusa presentaremos, por tanto, en el día postrero, ante Cristo, los que nos deleitamos en oír las fantasías e invenciones de los hombres más que su santísimo evangelio? ¿Y no hallaremos tiempo para hacer aquello que, sobre todas las cosas, principalmente deberíamos hacer, y preferiremos leer otras cosas antes que aquello por lo cual deberíamos más bien dejar la lectura de todo lo demás? Apliquémonos, pues, tanto cuanto tengamos tiempo y ocio, a conocer la Palabra de Dios oyéndola y leyéndola diligentemente, cuantos profesamos a Dios y tenemos fe en él. Pero los que no tienen buen afecto a la Palabra de Dios, para encubrir esta su falta, alegan comúnmente dos excusas vanas y fingidas. Algunos procuran excusarse por su propia flaqueza y temor, diciendo que no se atreven a leer la Sagrada Escritura, no sea que por su ignorancia caigan en algún error. Otros pretenden que la dificultad de entenderla y su dureza son tan grandes que es apropiada para que solo la lean clérigos y hombres doctos. En cuanto a lo primero, la ignorancia de la Palabra de Dios es la causa de todo error, como el mismo Cristo afirmó a los saduceos, diciéndoles que erraban porque no conocían la Escritura.¹⁷ ¿Cómo, entonces, evitarán el error los que quieren permanecer ignorantes? ¿Y cómo saldrán de la ignorancia los que no quieren leer ni oír aquello que habría de darles conocimiento? El que ahora tiene más conocimiento fue al principio

¹⁷ Mateo 22:29.

ignorante; sin embargo, no dejó de leer por temor a caer en el error, sino que leyó diligentemente para no quedar en la ignorancia, y por la ignorancia en el error. Y si no quieren conocer la verdad de Dios —cosa que les es de lo más necesaria—, por temor a caer en el error, por esa misma razón podrían entonces quedarse quietos y no andar jamás, no sea que, si andan, caigan en el fango; ni comer ningún buen alimento, no sea que se empachen; ni sembrar su grano, ni trabajar en su oficio, ni usar de su mercancía, por temor a perder su simiente, su trabajo, su caudal; y así, por esa razón, lo mejor para ustedes sería vivir ociosamente y no emprender jamás ninguna clase de buena obra, no sea que quizá de ello resulte algún mal. Y si temen caer en el error por leer la Sagrada Escritura, les mostraré cómo pueden leerla sin peligro de error. Léanla humildemente, con un corazón manso y sencillo, con el fin de glorificar a Dios y no a ustedes mismos con el conocimiento de ella; y no la lean sin orar cada día a Dios para que dirija su lectura a buen efecto; y no se propongan exponerla más allá de lo que puedan entender claramente. Porque, como dice san Agustín, el conocimiento de la Sagrada Escritura es un palacio grande, amplio y elevado, pero la puerta es muy baja, de modo que el hombre altivo y arrogante no puede entrar de golpe, sino que ha de agacharse y humillarse quien haya de entrar en él.¹⁸ La presunción y la arrogancia son la madre de todo error, y la humildad no necesita temer error alguno. Porque la humildad solo buscará conocer la verdad; buscará y confrontará un lugar con otro, y, donde no halle el sentido, orará, preguntará a otros que saben y no definirá presuntuosa y precipitadamente cosa alguna que no sepa. Por lo tanto, el hombre humilde puede buscar con audacia cualquier verdad en la Escritura, sin peligro alguno de error. Y si es ignorante, tanto más debe leer y examinar la Sagrada Escritura, para salir de la ignorancia. No lo niego: un hombre puede

¹⁸ Agustín, *Confesiones*, 3.5; *Sermones*, 51.6.

aprovechar solo con oír, pero puede aprovechar mucho más con oír y leer a la vez.

Esto he dicho respecto al temor de leer por la ignorancia de la persona. Y en cuanto a la dureza de la Escritura, aquel que es tan débil que no puede tomar alimento sólido, sin embargo, puede mamar la leche dulce y tierna, y diferir lo demás hasta que se haga más fuerte y llegue a mayor conocimiento.¹⁹ Porque Dios recibe al docto y al indocto, y no desecha a ninguno, sino que es imparcial con todos. Y la Escritura está llena tanto de valles bajos, caminos llanos y fáciles para que todo hombre los recorra y ande por ellos, como también de altas colinas y montañas, a las que pocos hombres pueden subir. Y «todo aquel que aplica su mente a las Sagradas Escrituras con estudio diligente y ardiente deseo, no puede ser —dice san Juan Crisóstomo— que quede sin ayuda. Porque, o bien Dios todopoderoso le enviará algún doctor piadoso que lo enseñe —como hizo para instruir al eunuco, un noble de Etiopía y tesorero de la reina Candace, a quien, teniendo gran afición a leer la Escritura, aunque no la entendía, con todo, por el deseo que tenía de la Palabra de Dios, Dios envió a su apóstol Felipe para declararle el verdadero sentido de la Escritura que leía²⁰—; o bien, si nos falta un hombre docto que nos instruya y enseñe, Dios mismo desde lo alto dará luz a nuestras mentes y nos enseñará aquellas cosas que nos son necesarias y en las que somos ignorantes».²¹ Y en otro lugar dice Crisóstomo que la sabiduría humana y mundana del hombre, o el saber, no es necesaria para la comprensión de la Escritura, sino la revelación del Espíritu Santo, que inspira el verdadero sentido a quienes con humildad y diligencia lo buscan. El que pide recibirá; el que busca hallará; y al que llama, se le abrirá la puerta.²² Si leemos una, dos o tres veces y no entendemos, no cesemos por eso, sino

¹⁹ 1 Corintios 3:2; Hebreos 5:12-14.

²⁰ Hechos 8:30-35.

²¹ Juan Crisóstomo, *Hom. in Genesim*, 35.

²² Mateo 7:8.

que sigamos leyendo, orando, preguntando a otros; y así, a fuerza de llamar, al fin se abrirá la puerta, como dice san Agustín.²³ Aunque muchas cosas de la Escritura se expresan en oscuros misterios, sin embargo, no hay nada dicho bajo oscuros misterios en un lugar que no se diga esa misma cosa en otros lugares de manera más familiar y clara, al alcance tanto de doctos como de indoctos.²⁴ Y aquellas cosas de la Escritura que son claras de entender y necesarias para la salvación, es deber de todo hombre aprenderlas, grabarlas en la memoria y practicarlas eficazmente; y, en cuanto a los oscuros misterios, contentarse con ignorarlos hasta el momento en que a Dios le plazca revelárselos. Entretanto, si le falta aptitud u oportunidad, Dios no se lo imputará a necesidad; pero, con todo, no conviene que quienes son aptos dejen de lado la lectura porque algunos otros sean ineptos para leer; sin embargo, por la dureza de tales lugares no se debe abandonar la lectura del conjunto. Y para concluir brevemente, como dice san Agustín: «Por la Escritura todos los hombres son corregidos; los débiles son fortalecidos y los fuertes son consolados».²⁵ De modo que, ciertamente, nadie es enemigo de la lectura de la Palabra de Dios, sino aquellos que, o bien son tan ignorantes que no saben cuán saludable cosa es, o bien están tan enfermos que aborrecen la medicina más reconfortante que habría de sanarlos, o son tan impíos que desearían que el pueblo continuara aún en la ceguera e ignorancia de Dios. Así hemos tocado brevemente una parte de los provechos de la santa Palabra de Dios, que es uno de los principales y capitales beneficios de Dios, dados y declarados al género humano aquí en la tierra. Demos gracias a Dios de todo corazón por este su grande y especial don, su favor benéfico y su providencia paternal. Alegrémonos de reavivar este

²³ Agustín, *Sermones*, 270 (In die Pent. 4). Cf. *Enarraciones sobre los Salmos*, 33, 1; 93.1; 146.12.

²⁴ Agustín, *La doctrina cristiana*, 2.8.

²⁵ Agustín, *Cartas*, 137.18.

precioso don de nuestro Padre celestial.²⁶ Oigamos, leamos y conozcamos estas santas reglas, ordenanzas y estatutos de nuestra religión cristiana, y aquello que profesamos a Dios en nuestro bautismo. Con temor y reverencia, guardemos en el arca de nuestro corazón estas necesarias y fructíferas lecciones. Meditemos en ellas noche y día, y tengámoslas en meditación y contemplación;²⁷ rumiemos y, por así decirlo, mastiquemos, para que tengamos de ellas el dulce jugo, el efecto espiritual, el tuétano, la miel, el meollo, el sabor, el consuelo y la consolación. Aquietemos, soseguemos y certifiquemos nuestra conciencia con la certeza más infalible, la verdad y la seguridad perpetua de ellas. Oremos a Dios, el único autor de estos estudios celestiales, para que hablemos, pensemos, creamos, vivamos y partamos de aquí conforme a la sana doctrina y las verdades de ellas. Y por ese medio, en este mundo tendremos la defensa de Dios, su favor y su gracia, con el inefable solaz de la paz y la tranquilidad de conciencia; y después de esta vida miserable, gozaremos de la dicha y la gloria sin fin del cielo. Lo cual nos conceda a todos aquel que murió por todos nosotros, Jesucristo, a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, ahora y por siempre. Amén.

²⁶ 2 Timoteo 1:6.

²⁷ Salmos 1:2.

HOMILÍA II

Un sermón sobre la miseria de todo el género humano, y de su condenación a muerte eterna, por su propio pecado



El Espíritu Santo, al escribir la Sagrada Escritura, en nada es más diligente que en derribar la vanagloria y el orgullo del hombre, que de todos los vicios es el más universalmente injertado en toda la humanidad, desde la primera infección de nuestro primer padre Adán. Y por eso leemos, en muchos lugares de la Escritura, muchas lecciones notables contra este viejo vicio arraigado, para enseñarnos la más encomiable virtud de la humildad: cómo conocernos a nosotros mismos y recordar lo que somos de nosotros mismos.

En el libro del Génesis, Dios todopoderoso nos da a todos un título y un nombre en nuestro primer padre Adán, lo cual debería advertirnos a todos que consideremos qué somos, de qué somos, de dónde venimos y a dónde iremos, diciendo así: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; por cuanto eres polvo, y al polvo volverás».¹ Aquí,

¹ Génesis 3:19.

como en un espejo, podemos aprender a reconocer que no somos sino polvo, tierra y cenizas, y que a tierra y cenizas volveremos.

Asimismo, el santo patriarca Abraham recordó bien este nombre y título —polvo, tierra y cenizas—, señalado y asignado por Dios a toda la humanidad; y por eso se llama a sí mismo con ese nombre cuando hace su ferviente oración por Sodoma y Gomorra.² Y leemos que Judit,³ Ester,⁴ Job⁵ y Jeremías,⁶ con otros hombres y mujeres santos del Antiguo Testamento, se vestían de cilicio y arrojaban polvo y cenizas sobre la cabeza cuando lamentaban su vida pecaminosa. Invocaban y clamaban a Dios pidiendo ayuda y misericordia, con tal ceremonia de cilicio, polvo y cenizas, para declarar así a todo el mundo cuán humilde y baja era la estimación que tenían de sí mismos, y cuán bien recordaban su nombre y título antes mencionados: su naturaleza vil, corrupta y frágil, polvo, tierra y cenizas. También el libro de la Sabiduría, queriendo abatir nuestros orgullosos ánimos, nos mueve con diligencia a recordar nuestra generación mortal y terrenal, que todos tenemos de aquel que fue hecho primero, y que todos los hombres, tanto los reyes como los súbditos, vienen a este mundo y salen de él del mismo modo; esto es, de nosotros mismos, del todo miserables, como podemos ver a diario.⁷ Y Dios todopoderoso ordenó a su profeta Isaías que hiciera una proclamación y clamara a todo el mundo; y, al preguntar Isaías: «¿Qué he de clamar?», el Señor respondió: «Clama que toda carne es hierba, y que toda su gloria no es sino como la flor del campo. Cuando la hierba se seca, la flor cae, al soplar sobre ella el viento del Señor. Ciertamente hierba es el pueblo, que se seca, y la flor se marchita».⁸ Y el santo profeta Job, teniendo en sí mismo

² Génesis 18:27.

³ Judit 4:10-11; Judit 9:1.

⁴ Ester 14:2 (deuterocanónico).

⁵ Job 42:6.

⁶ Jeremías 6:26; Jeremías 25:34.

⁷ Sabiduría 7:1-6.

⁸ Isaías 40:6-7.

gran experiencia del estado miserable y pecaminoso del hombre, lo descubre al mundo con estas palabras: «El hombre —dice— nacido de mujer, que vive breve tiempo, está lleno de múltiples miserias. Brota como una flor y otra vez se marchita, se desvanece como una sombra y nunca permanece en un mismo estado. ¿Y juzgas conveniente, oh Señor, abrir tus ojos sobre uno así, y traerlo a juicio contigo? ¿Quién puede hacer limpio al que es concebido de una simiente inmunda?». ⁹ Y todos los hombres, por su maldad y natural propensión, están tan universalmente entregados al pecado que, como dice la Escritura, «Dios se arrepintió de haber hecho al hombre». ¹⁰ Y con el pecado se provocó de tal modo su indignación contra el mundo, que anegó al mundo entero con el diluvio de Noé, excepto al propio Noé y a su pequeña familia. ¹¹

No sin gran causa llama la Escritura de Dios tantas veces a todos los hombres, aquí en este mundo, con esta palabra: «tierra». «¡Oh tierra, tierra, tierra —dice Jeremías—, oye la Palabra del Señor!». ¹² Este, nuestro verdadero nombre, apelación y título —tierra, tierra, tierra—, pronunciado por el profeta, muestra lo que en verdad somos, cualquiera que sea el otro apelativo, título o dignidad con que los hombres nos llamen. Así nos nombró claramente quien mejor sabe tanto lo que somos como lo que por derecho debemos ser llamados. Y así nos presenta, hablando por su fiel apóstol san Pablo: «Todos los hombres, judíos y gentiles, están bajo pecado; no hay justo, ni aun uno. No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios; todos se han apartado del camino, todos se han hecho inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno. Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas han urdido astucia y engaño, veneno de serpientes hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura,

⁹ Job 14:1-4.

¹⁰ Génesis 6:6.

¹¹ Génesis 7-8.

¹² Jeremías 22:29.

sus pies son ligeros para derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos, y no conocieron camino de paz; no hay temor de Dios delante de sus ojos». ¹³ Y en otro lugar san Pablo escribe así: «Dios ha envuelto a todas las naciones en la incredulidad, para tener misericordia de todas». ¹⁴

La Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa fuera dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. ¹⁵ San Pablo, en muchos lugares, nos pinta con nuestros propios colores, llamándonos hijos de la ira de Dios cuando nacimos; y dice también que no podemos pensar un buen pensamiento de nosotros mismos, y mucho menos podemos hablar bien u obrar bien de nosotros mismos. ¹⁶ Y el sabio dice en el libro de los Proverbios: «El justo cae siete veces al día». ¹⁷

El más probado y aprobado varón, Job, temía todas sus obras. ¹⁸ San Juan el Bautista, santificado en el vientre de su madre y alabado antes de nacer, llamado ángel y grande delante del Señor, lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento, ¹⁹ el preparador del camino para nuestro Salvador Cristo, y elogiado por nuestro Salvador Cristo como más que un profeta y el mayor que jamás naciera de mujer, ²⁰ con todo, reconoce llanamente que tenía necesidad de ser lavado por Cristo; ensalza y glorifica dignamente a su Señor y maestro Cristo, y se humilla como indigno de desatar la correa de su calzado, y da todo el honor y la gloria a Dios. ²¹ Así también san Pablo confiesa, a menudo y con evidencia, lo que era de sí mismo, dando siempre, como siervo fidelísimo, toda la alabanza a su maestro y Salvador. ²²

¹³ Romanos 3:9-18, citando Salmos 5:9; Salmos 10:7; Isaías 59:7-8; Salmos 36:1.

¹⁴ Romanos 11:32.

¹⁵ Gálatas 3:22.

¹⁶ Efesios 2:3; 2 Corintios 3:5.

¹⁷ Proverbios 24:16.

¹⁸ Job 9:28.

¹⁹ Lucas 1:15; Lucas 1:76; Malaquías 3:1; Mateo 11:9-11.

²⁰ Lucas 7:28.

²¹ Mateo 3:11-14; Marcos 1:7-8.

²² 1 Corintios 15:8-10; 1 Timoteo 1:11-17.

Así también el bienaventurado san Juan Evangelista, en nombre de sí mismo y de todos los demás hombres santos —por justos que sean—, hace esta confesión abierta: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros; si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su Palabra no está en nosotros».²³ Por lo cual el sabio, en el libro llamado Eclesiastés, hace esta verdadera y general confesión: «No hay un solo hombre justo en la tierra que haga bien y no peque».²⁴ Y san David se avergüenza de su pecado, mas no de confesar su pecado.²⁵ ¡Cuán a menudo, con cuánto ahínco y cuán lastimeramente implora la gran misericordia de Dios por sus grandes ofensas, y que Dios no entre en juicio con él!²⁶

¡Y, además, cuán bien pesa este santo varón sus pecados cuando confiesa que son tantos en número y tan ocultos y difíciles de entender, que es en cierto modo imposible conocerlos, expresarlos o numerarlos!²⁷ Por lo cual, teniendo una verdadera, seria y profunda contemplación y consideración de sus pecados, y aun sin llegar al fondo de ellos, hace súplica a Dios para que le perdone sus pecados íntimos, secretos y ocultos, a cuyo conocimiento no puede llegar. Pesa rectamente sus pecados desde la raíz original y el manantial primero, percibiendo inclinaciones, provocaciones, agitaciones, punzadas, brotes, ramas, heces, infecciones, gustos, sensaciones y olores de ellos, que aún perduran en él. Por lo cual dice: «Mira y contempla: en pecados fui concebido».²⁸

²³ 1 Juan 1:8-10.

²⁴ Eclesiastés 7:20.

²⁵ Salmos 51:3-5.

²⁶ Salmos 143:2.

²⁷ Salmos 19:12; Salmos 40:12.

²⁸ Salmos 51:5.

No dice «pecado», sino, en número plural, «pecados», pues de uno solo, como de una fuente, brotan todos los demás.

Nuestro Salvador Cristo dice: «Nadie es bueno, sino Dios», y que «no podemos hacer nada bueno sin él»,²⁹ ni hombre alguno puede venir al Padre sino por él.³⁰ Nos manda también decir que somos siervos inútiles cuando hemos hecho todo lo que podemos hacer.³¹ Prefiere al publicano penitente antes que al fariseo orgulloso, santo y glorioso.³² Se llama a sí mismo médico, pero no de los que están sanos, sino de los que están enfermos y tienen necesidad de su ungüento para su llaga.³³ Nos enseña en nuestras oraciones a reconocernos pecadores y a pedir la justicia y la liberación de todos los males, de la mano de nuestro Padre celestial.³⁴

Declara que los pecados de nuestros propios corazones contaminan nuestro propio ser.³⁵ Enseña que una palabra o un pensamiento malo merece condenación, afirmando que daremos cuenta de toda palabra ociosa.³⁶ Dice que no vino a salvar sino a las ovejas que estaban del todo perdidas y desechadas.³⁷ Por lo tanto, pocos de los fariseos orgullosos, justos, eruditos, sabios, perfectos y santos fueron salvados por él, porque se justificaban a sí mismos por su fingida santidad ante los hombres. Por lo cual, buena gente, guardémonos de tal hipocresía, vanagloria y justificación propia.

²⁹ Mateo 19:17; Marcos 10:18; Lucas 18:19.

³⁰ Juan 14:6; Juan 15:5.

³¹ Lucas 17:10.

³² Lucas 18:14.

³³ Mateo 9:12.

³⁴ Mateo 6:12-13; Lucas 11:4.

³⁵ Mateo 15:19-20.

³⁶ Mateo 12:36.

³⁷ Mateo 15:24.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Puesto que el verdadero conocimiento de nosotros mismos es muy necesario para llegar al recto conocimiento de Dios, han oído en la última lectura cuán humildemente han pensado siempre de sí mismos todos los hombres piadosos; y a pensar y juzgar así de sí mismos son enseñados por Dios su creador, por su santa Palabra. Porque de nosotros mismos somos manzanos silvestres que no pueden dar manzanas. Somos de nosotros mismos una tierra tal que no puede producir sino malas hierbas, ortigas, zarzas, espinos, neguilla y cizaña. Nuestros frutos los declaró san Pablo en el capítulo quinto a los Gálatas.³⁸ No tenemos ni fe, ni caridad, ni esperanza, ni paciencia, ni castidad, ni ninguna otra cosa buena, sino de Dios; y por eso allí se llaman estas virtudes los frutos del Espíritu Santo, y no los frutos del hombre.

Por lo tanto, reconozcámonos ante Dios —como en verdad somos— pecadores miserables y desdichados. Y arrepintámonos de veras y humillémonos de corazón, y clamemos a Dios por misericordia. Confesemos todos con la boca y el corazón que estamos llenos de imperfecciones. Conozcamos nuestras propias obras, de cuánta imperfección son, y entonces no nos plantaremos necia y arrogantemente en nuestras propias presunciones, ni nos arrogaremos parte alguna de la justificación por nuestros méritos u obras. Porque en verdad hay imperfecciones en nuestras mejores obras. No amamos a Dios tanto como estamos obligados a hacerlo, con todo nuestro corazón, mente y poder; no tememos a Dios tanto como debemos hacerlo; no oramos a Dios sino con muchas y grandes imperfecciones; damos, perdonamos, creemos, vivimos y esperamos imperfectamente; hablamos, pensamos y obramos imperfectamente; luchamos imperfectamente contra el diablo, el mundo y la carne. Por lo tanto, no nos avergoncemos de confesar claramente nuestro estado de imper-

³⁸ Gálatas 5:19-23.

fección; más aún, no nos avergoncemos de confesar la imperfección incluso en todas nuestras mejores obras. Que ninguno de nosotros se avergüence de decir con el santo Pedro: «Soy hombre pecador».³⁹ Digamos con el santo profeta David: «Pecamos con nuestros padres, hicimos iniquidad, hicimos impiedad».⁴⁰ Hagamos todos confesión abierta, como el hijo pródigo, a nuestro Padre, y digamos con él: «Hemos pecado contra el cielo y ante ti, oh Padre; no somos dignos de ser llamados tus hijos».⁴¹ Digamos todos con el santo Baruc: «Oh Señor Dios nuestro, a nosotros nos corresponde con razón la vergüenza y la confusión, y a ti la justicia. Hemos pecado, hemos obrado impiamente, nos hemos conducido impiamente contra toda tu justicia».⁴² Digamos todos con el santo profeta Daniel: «Oh Señor, tuya es la justicia, y nuestra la confusión. Hemos pecado, hemos sido malvados, hemos ofendido, hemos huido de ti, nos hemos apartado de todos tus preceptos y juicios».⁴³ Así aprendemos de todos los hombres buenos en la Sagrada Escritura a humillarnos y a exaltar, ensalzar, alabar, magnificar y glorificar a Dios.

Así, hemos oído cuán malos somos de nosotros mismos; cómo de nosotros mismos y por nosotros mismos no tenemos bondad, ayuda ni salvación, sino, al contrario, pecado, condenación y muerte eterna; lo cual, si lo sopesamos y consideramos profundamente, nos hará entender mejor la gran misericordia de Dios, y cómo nuestra salvación viene solo por Cristo. Porque en nosotros mismos, y de nosotros mismos, no hallamos nada por lo cual podamos ser librados de este miserable cautiverio en que fuimos arrojados por la envidia del diablo, al quebrantarse el mandamiento de Dios en nuestro primer

³⁹ Lucas 5:8.

⁴⁰ Salmos 106:6.

⁴¹ Lucas 15:18-19.

⁴² Baruc 2:6; Baruc 2:12.

⁴³ Daniel 9:5; Daniel 9:7.

padre Adán.⁴⁴ Todos nos hemos vuelto inmundos, pero no podemos limpiarnos a nosotros mismos, ni limpiarnos unos a otros.⁴⁵ Somos por naturaleza hijos de la ira de Dios, pero no podemos hacernos hijos y herederos de la gloria de Dios.⁴⁶ Somos ovejas que se descarrían, pero no podemos por nuestro propio poder volver al redil, tan grande es nuestra imperfección y debilidad.⁴⁷ En nosotros mismos, pues, no podemos gloriarnos, ya que de nosotros mismos no somos sino pecadores; ni podemos regocijarnos en ninguna obra que hagamos, pues todas son tan imperfectas e impuras que no pueden mantenerse en pie ante el tribunal del justo juicio de Dios. Como dice el santo profeta David: «No entres en juicio con tu siervo, oh Señor, porque no se justificará delante de ti ningún viviente».⁴⁸ A Dios, pues, debemos acudir, o de lo contrario nunca hallaremos paz, reposo y quietud de conciencia en nuestros corazones. Porque él es el Padre de misericordias y Dios de toda consolación.⁴⁹ Él es el Señor con quien hay abundante redención;⁵⁰ él es el Dios que por su propia misericordia nos salva,⁵¹ y despliega su caridad y su desbordante amor hacia nosotros, en que, por su propia bondad voluntaria, cuando estábamos perdidos, nos salvó y nos proveyó de un reino eterno. Y todos estos tesoros celestiales se nos dan, no por nuestros propios merecimientos, méritos ni buenas obras —de los que de nosotros mismos no tenemos ninguno—, sino por su pura misericordia, gratuitamente. ¿Y por amor de quién? En verdad, por amor de Jesucristo, ese Cordero puro e inmaculado de Dios.⁵² Él es ese Hijo amadísimo por cuyo amor Dios

⁴⁴ 2 Corintios 3:5.

⁴⁵ Salmos 51:1-10.

⁴⁶ Efesios 2:3.

⁴⁷ 1 Pedro 2:25.

⁴⁸ Salmos 143:2.

⁴⁹ 2 Corintios 1:3.

⁵⁰ Salmos 130:7.

⁵¹ Tito 3:5; Romanos 5:8.

⁵² 1 Pedro 1:19.

está plenamente aplacado, satisfecho y reconciliado con el hombre. Él es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo,⁵³ de quien solo puede decirse con verdad que hizo todas las cosas bien, y en cuya boca no se halló astucia ni sutileza.⁵⁴ Ninguno sino él solo puede decir: «El príncipe del mundo vino, y en mí no tiene nada».⁵⁵ Y solo él puede decir también: «¿Quién de vosotros me redarguirá de falta alguna?».⁵⁶ Él es ese sumo y eterno sacerdote que se ofreció a sí mismo una vez para siempre en el altar de la cruz, y con esa única oblación hizo perfectos para siempre a los santificados.⁵⁷ Él es el único mediador entre Dios y los hombres,⁵⁸ que pagó nuestro rescate a Dios con su propia sangre,⁵⁹ y con ella nos limpió de todo pecado.⁶⁰ Él es el médico que sana todas nuestras dolencias.⁶¹ Él es ese Salvador que salva a su pueblo de todos sus pecados.⁶² En resumen, él es esa fuente que mana, abundantísima, de cuya plenitud todos hemos recibido.⁶³ Porque solo en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento de Dios.⁶⁴ Y en él, y por él, tenemos de Dios Padre todas las cosas buenas que pertenecen tanto al cuerpo como al alma.⁶⁵ ¡Oh, cuán obligados estamos para con este nuestro Padre celestial por sus grandes misericordias, que tan abundantemente nos ha manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador! ¿Qué agradecimiento digno y suficiente podemos darle? Prorrumpamos todos a

⁵³ Juan 1:29.

⁵⁴ Marcos 7:37; 1 Pedro 2:22, citando Isaías 53:9.

⁵⁵ Juan 14:30.

⁵⁶ Juan 8:46.

⁵⁷ Hebreos 7:24-27; Hebreos 10:14.

⁵⁸ 1 Timoteo 2:5-6.

⁵⁹ Apocalipsis 1:5; Apocalipsis 5:9.

⁶⁰ 1 Juan 1:7.

⁶¹ Salmos 103:3.

⁶² Mateo 1:21.

⁶³ Juan 1:16.

⁶⁴ Colosenses 2:3.

⁶⁵ Romanos 8:32.

una con voces gozosas, alabando y magnificando siempre a este Señor de misericordia por su tierna bondad mostrada hacia nosotros en su amadísimo Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Hasta aquí hemos oído lo que somos de nosotros mismos: muy pecadores, miserables y condenables. De nuevo, hemos oído cómo de nosotros mismos y por nosotros mismos no somos capaces ni de pensar un buen pensamiento ni de obrar una buena obra, de modo que no podemos hallar en nosotros mismos esperanza alguna de salvación, sino más bien cuanto conduce a nuestra destrucción. De nuevo, hemos oído la tierna bondad y la gran misericordia de Dios Padre hacia nosotros, y cuán benéfico es para nosotros por amor de Cristo, sin nuestros méritos ni merecimientos, por su pura misericordia y tierna bondad. Ahora bien, cómo se obtienen estas inmensas misericordias de Dios, manifestadas para nosotros en Cristo Jesús, y cómo somos librados del cautiverio del pecado, la muerte y el infierno, se declarará más por extenso, con la ayuda de Dios, en el próximo sermón. Entretanto —sí, y en todo tiempo—, aprendamos a conocernos a nosotros mismos, nuestra fragilidad y debilidad, sin fanfarronear ni jactarnos de nuestras propias buenas obras y méritos. Reconozcamos también la inmensa misericordia de Dios hacia nosotros, y confesemos que, así como de nosotros mismos proviene todo mal y condenación, así también de él proviene todo bien y salvación. Como dice Dios mismo por el profeta Oseas: «Oh Israel, tu destrucción viene de ti mismo, mas solo en mí está tu ayuda y tu consuelo».⁶⁶ Si así nos sometemos humildemente ante la vista de Dios, podemos estar seguros de que, en el tiempo de su visitación, él nos levantará al reino de su amadísimo Hijo, Cristo Jesús nuestro Señor; a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por siempre. Amén.

⁶⁶ Oseas 13:9.

HOMILÍA III

Un sermón sobre la salvación del género humano solo por Cristo nuestro Salvador, del pecado y de la muerte eterna



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

Porque todos los hombres son pecadores y ofensores contra Dios, e infractores de su ley y sus mandamientos, por eso ningún hombre puede, por sus propios actos, obras y hechos, por muy buenos que parezcan, ser justificado y hecho justo ante Dios; sino que todo hombre, por necesidad, se ve constreñido a buscar otra justicia de justificación, que ha de recibir de las manos mismas de Dios, esto es, el perdón de sus pecados y transgresiones en aquello en que ha ofendido. Y esta justificación o justicia, que así recibimos de la misericordia de Dios y de los méritos de Cristo, abrazada por la fe, es tomada, aceptada y aprobada por Dios como nuestra justificación perfecta y plena.

Para una comprensión más plena de esto, es nuestra parte y deber recordar siempre la gran misericordia de Dios: cómo, estando todo el mundo envuelto en el pecado por la violación de la ley, Dios envió a su

único Hijo, nuestro Salvador Cristo, a este mundo, para cumplir la ley por nosotros, y, mediante el derramamiento de su preciosísima sangre, hacer un sacrificio y satisfacción o (como puede llamarse) reparación a su Padre por nuestros pecados, para aplacar su ira e indignación concebidas contra nosotros por ellos. Hasta tal punto que los niños que son bautizados y mueren en su infancia son por este sacrificio lavados de sus pecados, llevados al favor de Dios, y hechos hijos suyos y herederos de su reino de los cielos. Y los que pecan de acto o de obra después de su bautismo, cuando se vuelven de nuevo a Dios sin fingimiento, son igualmente lavados de sus pecados por este sacrificio, de tal suerte que no queda mancha alguna de pecado que se les impute para su condenación. Esta es aquella justificación o justicia de la que habla san Pablo cuando dice: «Nadie es justificado por las obras de la ley, sino gratuitamente por la fe en Jesucristo».¹ Y de nuevo dice: «Creemos en Cristo Jesús, para que seamos justificados gratuitamente por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley, porque nadie será justificado por las obras de la ley».²

Y aunque esta justificación es gratuita para nosotros, no nos llega tan gratuitamente que no se haya pagado por ella ningún rescate en absoluto.

Pero aquí el hombre puede asombrarse al razonar de esta manera: si se paga un rescate por nuestra redención, entonces no se nos da gratuitamente; porque un prisionero que paga su rescate no queda libre de balde, pues si quedara libre de balde, saldría sin rescate; porque ¿qué otra cosa es salir libre de balde sino ser puesto en libertad sin pago de rescate?

Esta razón queda satisfecha por la gran sabiduría de Dios en este misterio de nuestra redención, quien de tal modo templó juntas su justicia y su misericordia que no quiso ni condenarnos por su justicia

¹ Romanos 3:20; Romanos 3:22; Romanos 3:24.

² Gálatas 2:16.

al cautiverio eterno del diablo y a su prisión del infierno, sin remedio para siempre y sin misericordia, ni librarnos por su misericordia sin más, sin justicia ni pago de un rescate justo; sino que a su misericordia sin fin unió su justicia rectísima e igual. Su gran misericordia nos mostró al librarnos de nuestro antiguo cautiverio sin exigir que se pagara rescate alguno ni que se hiciera reparación por nuestra parte, cosa que nos habría sido imposible de hacer. Y puesto que no estaba en nuestra mano hacerlo, nos proveyó de un rescate: el preciosísimo cuerpo y sangre de su muy querido y amadísimo Hijo Jesucristo, quien, además de este rescate, cumplió la ley por nosotros perfectamente. Y así la justicia de Dios y su misericordia se abrazaron y cumplieron el misterio de nuestra redención.

Y de esta justicia y misericordia de Dios unidas habla san Pablo en el capítulo tercero a los Romanos: «Todos han ofendido y tienen necesidad de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Jesucristo, a quien Dios nos ha presentado como reconciliador y pacificador, por la fe en su sangre, para mostrar su justicia».³ Y en el capítulo décimo: «Cristo es el fin de la ley para justicia, a todo aquel que cree».⁴ Y en el capítulo octavo: «Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, por el pecado condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley fuera cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu».⁵

En los pasajes ya mencionados, el apóstol toca especialmente tres cosas que deben ir juntas en nuestra justificación: por parte de Dios, su gran misericordia y gracia; por parte de Cristo, la justicia, esto es, la satisfacción de la justicia de Dios, o el precio de nuestra redención mediante la ofrenda de su cuerpo y el derramamiento de su sangre,

³ Romanos 3:23-25.

⁴ Romanos 10:4.

⁵ Romanos 8:3-4.

con el cumplimiento de la ley de manera perfecta y cabal; y por nuestra parte, la fe verdadera y viva en los méritos de Jesucristo, que, con todo, no es nuestra, sino por la obra de Dios en nosotros. De modo que en nuestra justificación no solo están la misericordia y la gracia de Dios, sino también su justicia, a la que el apóstol llama «la justicia de Dios»;⁶ y consiste en el pago de nuestro rescate y en el cumplimiento de la ley. Y así la gracia de Dios no excluye la justicia de Dios en nuestra justificación, sino que solo excluye la justicia del hombre, es decir, la justicia de nuestras obras, en cuanto a ser méritos para merecer nuestra justificación. Y por eso san Pablo no declara aquí nada de parte del hombre respecto de su justificación, sino solo una fe verdadera y viva, que, con todo, es «el don de Dios»,⁷ y no obra del hombre a solas, sin Dios. Y, sin embargo, esa fe no excluye el arrepentimiento, la esperanza, el amor, el temor y el miedo de Dios, que se han de unir a la fe en todo hombre que es justificado, sino que los excluye del oficio de justificar. De modo que, aunque estén todos presentes juntos en el que es justificado, no justifican todos juntos. Tampoco excluye esa fe la justicia de nuestras buenas obras, que necesariamente han de hacerse después por deber para con Dios (pues estamos grandemente obligados a servir a Dios haciendo las buenas obras que él nos manda en su Sagrada Escritura todos los días de nuestra vida); pero las excluye de suerte que no las hagamos con esta intención: la de ser hechos buenos por hacerlas. Porque todas las buenas obras que podemos hacer son imperfectas y, por tanto, incapaces de merecer nuestra justificación; sino que nuestra justificación viene gratuitamente por la pura misericordia de Dios, y de una misericordia tan grande y gratuita que, no pudiendo el mundo entero pagar por sí mismo parte alguna de su rescate, plugo a nuestro Padre celestial, por su infinita misericordia, sin merecimiento ni mérito

⁶ Romanos 3:21-22; Romanos 3:25-26.

⁷ Efesios 2:8.

alguno de nuestra parte, prepararnos las preciosísimas joyas del cuerpo y la sangre de Cristo, con las que nuestro rescate quedara plenamente pagado, la ley cumplida y su justicia plenamente satisfecha. De modo que Cristo es ahora la justicia de todos los que verdaderamente creen en él. Él pagó por ellos su rescate con su muerte. Él cumplió por ellos la ley con su vida. De modo que ahora, en él y por él, todo verdadero cristiano puede ser llamado cumplidor de la ley, por cuanto lo que su flaqueza no alcanza lo ha suplido la justicia de Cristo.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Han oído de quién deben todos los hombres buscar su justificación y su justicia, y cómo esta justicia llega a los hombres por la muerte y los méritos de Cristo. Oyeron también que tres cosas se requieren para obtener nuestra justicia, a saber: la misericordia de Dios, la justicia de Cristo y una fe verdadera y viva, de la cual fe brotan las buenas obras. También antes se declaró ampliamente que ningún hombre puede ser justificado por sus propias buenas obras, que ningún hombre cumple la ley según la exigencia plena de la ley. Y san Pablo, en su epístola a los Gálatas, prueba lo mismo, diciendo así: «Si se hubiera dado alguna ley que pudiera justificar, ciertamente la justicia habría sido por la ley».⁸ Y de nuevo dice: «Si la justicia es por la ley, entonces por demás murió Cristo».⁹ Y de nuevo dice: «Vosotros que sois justificados por la ley, de la gracia habéis caído».¹⁰ Y además escribe a los Efesios de esta manera: «Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros mismos, pues es don de Dios, y no por obras, para que nadie se gloríe».¹¹ Y, para ser breves, la suma de toda la argumentación de Pablo es esta: que si la justicia viene de las obras, entonces no viene de

⁸ Gálatas 3:21.

⁹ Gálatas 2:21.

¹⁰ Gálatas 5:4.

¹¹ Efesios 2:8-9.

la gracia; y si viene de la gracia, entonces no viene de las obras.¹² Y a este fin tienden todos los profetas, como dice san Pedro en el capítulo décimo de los Hechos: «De Cristo —dice san Pedro— dan testimonio todos los profetas, de que por su nombre todos los que creen en Él recibirán el perdón de los pecados».¹³

Y de este modo, que se es justificado solo por esta fe verdadera y viva en Cristo, hablan todos los viejos y antiguos autores, tanto griegos como latinos. De quienes citaré especialmente a tres: Hilario, Basilio y Ambrosio. San Hilario dice claramente estas palabras en el noveno canon sobre Mateo: «La sola fe justifica».¹⁴ Y san Basilio, autor griego, escribe así: «Este es un gozo perfecto y cabal en Dios, cuando el hombre no se jacta de su propia justicia, sino que se reconoce carente de verdadera justicia, y justificado por la sola fe en Cristo. Y Pablo —dice él— se gloría en el desprecio de su propia justicia, y en que busca la justicia de Dios por la fe».¹⁵ Estas son las mismísimas palabras de san Basilio. Y san Ambrosio, autor latino, dice estas palabras: «Esta es la ordenanza de Dios: que quien cree en Cristo sea salvo sin obras, solo por la fe, recibiendo gratuitamente la remisión de sus pecados».¹⁶ Consideren diligentemente estas palabras: sin obras, solo por la fe, recibimos gratuitamente la remisión de nuestros pecados. ¿Qué se puede decir con más claridad que afirmar que, gratuitamente, sin obras, solo por la fe, obtenemos la remisión de nuestros pecados?

Estas y otras sentencias semejantes, que somos justificados solo por la fe y sin obras, las leemos muchas veces en los mejores y más antiguos escritores. Pues, además de Hilario, Basilio y san Ambrosio,

¹² Romanos 11:6.

¹³ Hechos 10:43.

¹⁴ Hilario de Poitiers, *Comentario al Evangelio de Mateo*, 8.6: «Pues la fe sola justifica».

¹⁵ Basilio de Cesarea, *Homilía sobre la humildad*, 3. La alusión bíblica es a Filipenses 3:9.

¹⁶ Hilario el Diácono (el Ambrosiáster), *Comentario a las Cartas a los Corintios*, sobre 1 Corintios 1:4; transmitido entre las obras de Ambrosio.

ya mencionados, leemos lo mismo en Orígenes,¹⁷ san Juan Crisóstomo,¹⁸ san Cipriano,¹⁹ san Agustín,²⁰ Próspero,²¹ Ecumenio,²² Focio,²³ Bernardo,²⁴ Anselmo²⁵ y muchos otros autores, griegos y latinos. Sin embargo, esta sentencia, que somos justificados solo por la fe, no la entienden ellos en el sentido de que dicha fe justificadora esté sola en el hombre, sin verdadero arrepentimiento, esperanza, caridad, temor y miedo de Dios en ningún momento ni ocasión. Tampoco, cuando dicen que somos justificados gratuitamente, quieren decir que después debamos o podamos estar ociosos, y que nada se requiera de nuestra parte en adelante; ni tampoco quieren decir que seamos justificados sin nuestras buenas obras de modo que no hagamos ninguna buena obra en absoluto, como más ampliamente se expresará en adelante. Pero este dicho, que somos justificados solo por la fe, gratuitamente y sin obras, se dice para quitar claramente todo mérito de nuestras obras, como incapaces de merecer nuestra justificación de las manos de Dios; y así expresar con la mayor claridad la debilidad del hombre y la bondad de Dios, la gran flaqueza de nosotros mismos y la fuerza y el poder de Dios, la imperfección de nuestras propias obras y la abundantísima gracia de nuestro Salvador Cristo; y así atribuir por entero el mérito y el merecimiento de nuestra justificación solo a Cristo y a su preciosísimo derramamiento de sangre.

Esta fe nos la enseña la Sagrada Escritura; esta es la roca fuerte y el fundamento de la religión cristiana; esta doctrina la aprueban

¹⁷ Orígenes, *Comm. in Rom.*, 3.

¹⁸ Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Carta a los Romanos*, 7.3-4.

¹⁹ Cipriano de Cartago, *Cartas*, 63 (a Cecilio).

²⁰ Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 31.6; *La fe y las obras*, 21; *El espíritu y la letra*, 11, 16, 45.

²¹ Próspero de Aquitania, *Carta a Rufino sobre la gracia y el libre albedrío*, 8, 10.

²² Ecumenio, *Comm. in Rom.*, sobre Romanos 4:16, cap. 5.

²³ Cf. Ecumenio, *Comm. in Rom.*, sobre Romanos 5:2, cap. 6.

²⁴ Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 68.10.

²⁵ Herveo de Déols, *Ep. ad Rom.*, sobre Romanos 3:28 y 4:1-3; transmitido entre las obras de Anselmo.

todos los viejos y antiguos autores de la Iglesia de Cristo; esta doctrina promueve y expone la verdadera gloria de Cristo y abate la vanagloria del hombre; a esta, quienquiera que la niegue no ha de ser tenido por cristiano, ni por promotor de la gloria de Cristo, sino por adversario de Cristo y de su evangelio, y por promotor de la vanagloria de los hombres.

Y por muy verdadera que sea esta doctrina —como en verdad lo es en grado sumo—, que somos justificados gratuitamente sin mérito alguno de nuestras propias buenas obras (como lo expresa san Pablo) y gratuitamente por esta fe viva y perfecta solo en Cristo (como suelen decirlo los antiguos autores), con todo, esta doctrina verdadera debe también entenderse con verdad y declararse con la mayor claridad, no sea que los hombres carnales tomen injustamente de ella ocasión para vivir carnalmente según el apetito y la voluntad del mundo, la carne y el diablo. Y para que ningún hombre yerre por entender mal esta doctrina, declararé clara y brevemente el recto entendimiento de la misma, de modo que ningún hombre pueda pensar con justicia que por ella cabe tomar ocasión alguna de libertad carnal para seguir los deseos de la carne, o que por ello se haya de cometer algún género de pecado o se haya de usar más la vida impía.

En primer lugar, han de entender que en nuestra justificación por Cristo no son una misma cosa el oficio de Dios para con el hombre y el oficio del hombre para con Dios. La justificación no es oficio del hombre, sino de Dios. Porque el hombre no puede hacerse justo por sus propias obras, ni en parte ni en el todo, pues esa sería la mayor arrogancia y presunción del hombre que el anticristo pudiera levantar contra Dios: afirmar que un hombre pudiera, por sus propias obras, quitar y purgar sus propios pecados, y así justificarse a sí mismo. Pero la justificación es oficio de Dios solamente, y no es algo que le rendimos a él, sino que recibimos de él; no que le damos, sino que tomamos de él, por su libre misericordia y por los solos méritos de su amadísimo Hijo, nuestro único Redentor, Salvador y Justificador,

Jesucristo. De modo que el verdadero entendimiento de esta doctrina —somos justificados gratuitamente por la fe sin obras, o que somos justificados por la fe solo en Cristo— no es que este acto nuestro, el creer en Cristo, o esta fe nuestra en Cristo, que está dentro de nosotros, nos justifique y nos merezca nuestra justificación; pues eso sería tenernos por justificados por algún acto o virtud que está dentro de nosotros mismos. Sino que el verdadero entendimiento y sentido de ello es que, aunque oigamos la Palabra de Dios y la creamos, aunque tengamos fe, esperanza, caridad, arrepentimiento, temor y miedo de Dios dentro de nosotros, y hagamos por ello cuantas buenas obras se quiera, con todo, debemos renunciar al mérito de todas nuestras dichas virtudes de fe, esperanza y caridad, y de todas nuestras demás virtudes y buenas obras que hayamos hecho, hagamos o podamos hacer, como cosas demasiado débiles, insuficientes e imperfectas para merecer la remisión de nuestros pecados y nuestra justificación; y, por tanto, debemos confiar solo en la misericordia de Dios y en aquel sacrificio que nuestro sumo sacerdote y Salvador Cristo Jesús, el Hijo de Dios, ofreció una vez por nosotros en la cruz, para obtener por él la gracia de Dios y la remisión, tanto de nuestro pecado original en el bautismo como de todo pecado actual cometido por nosotros después de nuestro bautismo, si de veras nos arrepentimos y nos volvemos a él sin fingimiento. De modo que, así como san Juan el Bautista, aunque fue hombre virtuoso y piadoso como ninguno, sin embargo, en este asunto del perdón del pecado apartó de sí al pueblo y lo remitió a Cristo, diciéndoles así: «Mirad, allí está el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo»,²⁶ así también, por grande y piadosa virtud que sea la fe viva, aparta de sí y nos remite o nos envía a Cristo, para tener solo por él la remisión de nuestros pecados o la justificación. De modo que nuestra fe en Cristo, por así decirlo, nos dice así: «No soy yo quien quita sus pecados, sino que es Cristo solamente; y solo a él

²⁶ Juan 1:29.

los envió para ese fin, abandonando en ello todas las buenas virtudes, palabras, pensamientos y obras de ustedes, y poniendo su confianza solo en Cristo».

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

Se les ha declarado manifestamente que ningún hombre puede cumplir la ley de Dios, y que, por tanto, por la ley todos los hombres son condenados; de lo cual se siguió necesariamente que se requiriese para nuestra salvación alguna otra cosa que la ley, y esa es una fe verdadera y viva en Cristo, que produce buenas obras y una vida conforme a los mandamientos de Dios. Y también oyeron el parecer de los antiguos autores sobre este dicho —la fe solo en Cristo justifica al hombre— tan claramente declarado que ven que el verdadero sentido de esta proposición (o dicho), somos justificados por la fe solo en Cristo, según el sentido de los viejos y antiguos autores, es este: ponemos nuestra fe en Cristo, para que seamos justificados solo por él, para que seamos justificados por la libre misericordia de Dios y por los méritos de nuestro Salvador Cristo solamente, y por ninguna virtud ni buenas obras nuestras que estén en nosotros, o que podamos tener o hacer, para merecer lo mismo; siendo Cristo mismo solamente la causa meritoria de ello.

Aquí perciben que se emplean muchas palabras para evitar la contienda de palabras con quienes se deleitan en reñir sobre palabras, y también para mostrar el verdadero sentido, a fin de evitar la mala interpretación y el malentendido; y, sin embargo, quizá nada de ello baste con los que son contenciosos, sino que los contendientes siempre forjarán materia de contienda, aun cuando no tengan ocasión para ello. No obstante, a tales personas menos ha de atenderse, para que los demás se beneficien, quienes estarán más deseosos de conocer la verdad que de contender sobre ella cuando ya es bastante clara, y de oscurecerla y ofuscarla con contenciosas y capciosas cavilaciones.

Verdad es que nuestras propias obras no nos justifican, para hablar con propiedad de nuestra justificación; es decir, nuestras obras no merecen ni ganan la remisión de nuestros pecados, ni nos hacen, de injustos, justos ante Dios; sino que Dios, por su pura misericordia, mediante los solos méritos y merecimientos de su Hijo Jesucristo, nos justifica. Sin embargo, porque la fe nos envía directamente a Cristo para la remisión de nuestros pecados, y porque por la fe que Dios nos da abrazamos la promesa de la misericordia de Dios y de la remisión de nuestros pecados —cosa que ninguna otra de nuestras virtudes u obras hace propiamente—, por eso la Escritura suele decir que la fe sin obras justifica. Y por cuanto es en efecto una misma sentencia decir «la fe sin obras» y «solo la fe nos justifica», por eso los viejos y antiguos padres de la Iglesia de tiempo en tiempo han expresado nuestra justificación con este dicho: «Solo la fe nos justifica», no queriendo decir otra cosa que la que quiso decir san Pablo cuando dijo: «La fe sin obras nos justifica». Y porque todo esto se realiza por los solos méritos y merecimientos de nuestro Salvador Cristo, y no por nuestros méritos ni por el mérito de virtud alguna que tengamos dentro de nosotros, ni de obra alguna que proceda de nosotros, por eso, en ese respecto del mérito y el merecimiento, abandonamos, por así decirlo, de nuevo por completo la fe, las obras y todas las demás virtudes. Porque nuestra propia imperfección es tan grande, por la corrupción del pecado original, que todo cuanto hay dentro de nosotros es imperfecto: la fe, la caridad, la esperanza, el temor, los pensamientos, las palabras y las obras; y, por tanto, no es apto para merecer ni ganar parte alguna de nuestra justificación por nosotros. Y esta forma de hablar la usamos para humillarnos ante Dios y para dar toda la gloria a nuestro Salvador Cristo, que es el más digno de tenerla.

Aquí han oído el oficio de Dios en nuestra justificación, y cómo lo recibimos de él gratuitamente, por su misericordia, sin merecimiento nuestro, mediante la fe verdadera y viva. Ahora oirán el oficio y el

deber del hombre cristiano para con Dios: lo que, por nuestra parte, debemos rendir a Dios a cambio, por su gran misericordia y bondad. Nuestro oficio no es pasar el tiempo de esta vida presente infructuosa y ociosamente después de ser bautizados o justificados, sin cuidarnos de cuán pocas buenas obras hacemos para gloria de Dios y provecho de nuestros prójimos; mucho menos es nuestro oficio, una vez hechos miembros de Cristo, vivir de manera contraria a ello, haciéndonos miembros del diablo, andando tras sus incitaciones y tras las sugerencias del mundo y de la carne; por lo cual sabemos que servimos al mundo y al diablo, y no a Dios.

Porque la fe que produce, sin arrepentimiento, o bien obras malas o bien ninguna buena obra no es una fe recta, pura y viva, sino una fe muerta, diabólica, falsa y fingida, como la llaman san Pablo²⁷ y Santiago.²⁸ Porque hasta los demonios saben y creen que Cristo nació de una virgen, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber, que obró toda clase de milagros, declarándose verdadero Dios. Creen también que Cristo, por amor a nosotros, padeció la muerte más dolorosa para redimirnos de la muerte eterna, y que resucitó de la muerte al tercer día; creen que ascendió al cielo, y que está sentado a la diestra del Padre, y que al fin último de este mundo vendrá de nuevo y juzgará a los vivos y a los muertos. Estos artículos de nuestra fe los creen los demonios, y así creen que son verdaderas todas las cosas que están escritas en el Nuevo y el Antiguo Testamento; y, sin embargo, a pesar de toda esta fe, no son sino demonios, permaneciendo todavía en su condición condenable, faltos de la verdadera fe cristiana. Porque la recta y verdadera fe cristiana no es solo creer que la Sagrada Escritura y todos los dichos artículos de nuestra fe son verdaderos, sino también tener una firme confianza y seguridad en las misericordiosas promesas

²⁷ 2 Timoteo 3:5; Tito 1:16.

²⁸ Santiago 2:17-20; Santiago 2:26.

de Dios de ser salvos de la condenación eterna por Cristo; de lo cual se sigue un corazón amoroso para obedecer sus mandamientos.

Y esta verdadera fe cristiana no la tiene ningún diablo, ni tampoco hombre alguno que, en la profesión externa de su boca y en su recepción externa de los sacramentos, al venir a la iglesia y en todas las demás apariencias externas, parece ser cristiano y, sin embargo, en su vida y en sus obras muestra lo contrario. Pues ¿cómo puede un hombre tener esta verdadera fe, esta firme confianza y seguridad en Dios, de que por los méritos de Cristo se le perdonan sus pecados y queda reconciliado con el favor de Dios, y de ser partícipe del reino de los cielos por Cristo, cuando vive impiamente y niega a Cristo en sus obras? Ciertamente, ningún hombre impío de esa clase puede tener esta fe y confianza en Dios. Porque, así como saben que Cristo es el único Salvador del mundo, así saben también que los malvados no gozarán del reino de Dios. Saben que Dios aborrece la injusticia, que destruirá a todos los que hablan mentira,²⁹ que los que han hecho buenas obras —que no pueden hacerse sin una fe viva en Cristo— saldrán a la resurrección de vida, y los que han hecho el mal vendrán a la resurrección de juicio.³⁰ Y muy bien saben también que a los que son contenciosos y a los que no quieren obedecer a la verdad, sino que obedecen a la injusticia, les vendrá indignación, ira y tribulación, etc.³¹

Por tanto, para concluir, al considerar los infinitos beneficios de Dios, mostrados y dados a nosotros misericordiosamente sin merecimiento nuestro —quien no solo nos ha creado de la nada y, de un pedazo de vil arcilla, por su infinita bondad nos ha exaltado, en cuanto a nuestra alma, a su propia similitud y semejanza, sino que también, estando nosotros condenados al infierno y a la muerte eterna, dio a su propio Hijo natural (siendo Dios eterno, inmortal e igual a él en poder

²⁹ Salmos 5:5-6.

³⁰ Juan 5:29.

³¹ Romanos 2:8-9.

y gloria) para que se encarnara y tomara sobre sí nuestra naturaleza mortal con las flaquezas de la misma, y en esa misma naturaleza padeciera la muerte más vergonzosa y dolorosa por nuestras ofensas, con el fin de justificarnos y restaurarnos a la vida eterna, haciéndonos así también sus queridos hijos, hermanos de su único Hijo, nuestro Salvador Cristo,³² y herederos para siempre con él de su eterno reino de los cielos—: estos grandes y misericordiosos beneficios de Dios, si se consideran bien, no nos dan ocasión de estar ociosos y de vivir sin hacer ninguna buena obra, ni tampoco nos incitan en modo alguno a hacer cosas malas; sino que, por el contrario, si no somos personas desesperadas y nuestros corazones no son más duros que las piedras, nos mueven a entregarnos por completo a Dios con toda nuestra voluntad, corazón, fuerza y poder, para servirle en todas las buenas obras, obedeciendo sus mandamientos durante nuestra vida; a buscar en todas las cosas su gloria y su honra, no nuestros placeres sensuales ni la vanagloria; temiendo siempre ofender voluntariamente a un Dios tan misericordioso y a tan amoroso Redentor de palabra, pensamiento u obra.

Y los dichos beneficios de Dios, considerados con profundidad, nos mueven también, por amor a él, a estar siempre dispuestos a entregarnos a nuestros prójimos y, en cuanto está en nosotros, a esforzarnos con todo nuestro empeño en hacer bien a todo hombre. Estos son los frutos de la verdadera fe: hacer el bien, en cuanto está en nosotros, a todo hombre; y, sobre todas las cosas y en todas las cosas, promover la gloria de Dios, de quien solo tenemos nuestra santificación, justificación, salvación y redención. A quien sea siempre gloria, alabanza y honra, por los siglos de los siglos. Amén.

³² Hebreos 2:11.

HOMILÍA IV

Una breve declaración de la fe verdadera, viva y cristiana



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

El primer acercamiento a Dios, buen pueblo cristiano, es por la fe, por la que —como se declaró en el sermón anterior— somos justificados ante Dios. Y para que nadie se engañe por falta de recta comprensión de esto, hay que notar con diligencia que la fe se toma en la Escritura de dos maneras.

Hay una fe que en la Escritura se llama fe muerta, que no produce ninguna obra buena, sino que es ociosa, estéril y sin fruto. Y esta fe, el santo apóstol Santiago la compara con la fe de los demonios, que creen que Dios es verdadero y justo, y tiemblan de miedo, pero no hacen nada bueno, sino todo mal.¹ Y tal manera de fe tiene el pueblo cristiano malvado y perverso, que «confiesa a Dios —como dice san Pablo— con la boca, pero lo niega con sus hechos, siendo abominable y sin la fe recta, y reprobable para toda buena obra».² Y esta fe es una persuasión y una creencia en el corazón del hombre, por la que sabe

¹ Santiago 2:17-19.

² Tito 1:16.

que hay un Dios y asiente a toda la verdad de la santísima Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. De modo que solo consiste en creer que la Palabra de Dios es verdadera. Y esto no se llama propiamente fe. Pero, así como el que lee los Comentarios de César, creyendo que son verdaderos, adquiere con ello un conocimiento de la vida y de los hechos notables de César, porque cree en la historia de César, y, sin embargo, no se dice propiamente que crea en César, de quien no espera ayuda ni beneficio; del mismo modo, quien cree que todo lo que se dice de Dios en la Biblia es verdad, y, sin embargo, vive tan impíamente que no puede aspirar a gozar de las promesas y beneficios de Dios, aunque pueda decirse que tal hombre tiene fe y creencia en las palabras de Dios, no se dice propiamente que crea en Dios, ni que tenga tal fe y confianza en Dios por la que pueda esperar con seguridad la gracia, la misericordia y la vida eterna de la mano de Dios, sino más bien la indignación y el castigo, según los méritos de su vida perversa. Pues, como está escrito en un libro atribuido a Dídimo de Alejandría: «Puesto que la fe sin obras es muerta, ya no es fe, como un hombre muerto no es un hombre».³ Por lo tanto, esta fe muerta no es la fe segura y sustancial que salva a los pecadores. Hay otra fe en la Escritura que no es, como la fe ya dicha, ociosa, infructífera y muerta, sino que «obra por la caridad», como declara san Pablo;⁴ así como la otra fe vana se llama fe muerta, así esta puede llamarse una fe viva y llena de vida. Y esta no es solo la creencia común en los artículos de nuestra fe, sino también una verdadera confianza y seguridad en la misericordia de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, y una esperanza firme de todos los bienes que hemos de recibir de la mano de Dios; y que, aunque nosotros, por flaqueza o por la tentación de nuestro enemigo espiritual, caigamos de él por el pecado, sin embargo, si volvemos a él por verdadero arrepentimiento,

³ Dídimo de Alejandría, *Comm. in Jacobum*, cap. 2.

⁴ Gálatas 5:6.

él perdonará y olvidará nuestras ofensas por amor de su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, y nos hará herederos con él de su reino eterno; y que, entretanto, hasta que ese reino venga, él será nuestro protector y defensor en todos los peligros y riesgos, cualesquiera que sobrevengan; y que, aunque a veces nos envíe dura adversidad, con todo, siempre será para nosotros un Padre amoroso, que nos corrige por nuestro pecado, pero no nos retira finalmente su misericordia, si confiamos en él y nos encomendamos enteramente a él, nos aferramos solo a él y le invocamos, prestos a obedecerle y servirle. Esta es la fe cristiana verdadera, viva y no fingida, y no está solo en la boca y en la profesión externa, sino que vive y se agita interiormente en el corazón. Y esta fe no carece de esperanza y confianza en Dios, ni del amor de Dios y del prójimo, ni del temor de Dios, ni del deseo de oír la Palabra de Dios y de seguirla, evitando el mal y haciendo con gusto todas las buenas obras. Esta fe, como la describe san Pablo, es la base segura y el fundamento de los bienes que debemos esperar y confiar en recibir de Dios,⁵ garantía y firme espera de ellos, aunque todavía no se nos muestren de modo perceptible. Y después dice: «El que viene a Dios ha de creer que él existe y que mira con misericordia a los que obran bien».⁶ Y nada encomienda tanto a los hombres buenos ante Dios como esta fe y confianza segura en él. De esta fe hay que notar especialmente tres cosas: primero, que esta fe no yace muerta en el corazón, sino que es viva y fructífera en producir buenas obras; segundo, que sin ella no puede hacerse ninguna buena obra que sea aceptable y agradable a Dios; tercero, qué clase de buenas obras son las que esta fe produce. En cuanto a lo primero: así como la luz no puede ocultarse, sino que se manifiesta en un lugar o en otro, así una fe verdadera no puede mantenerse en secreto, sino que, cuando se ofrece la ocasión, prorrumpe y se muestra con buenas obras. Y así como el

⁵ Hebreos 11:1.

⁶ Hebreos 11:6.

cuerpo vivo de un hombre ejercita siempre las cosas que corresponden a un cuerpo natural y vivo, para su alimento y preservación, según tiene necesidad, oportunidad y ocasión, así también el alma que tiene en sí una fe viva estará siempre haciendo alguna buena obra que declarará que está viva, y no permanecerá ociosa.

Por lo tanto, cuando los hombres oyen en las Escrituras tan altos elogios de la fe —que nos hace agradar a Dios, vivir con Dios y ser hijos de Dios—, si entonces se imaginan que quedan libres de hacer toda buena obra y que pueden vivir a su antojo, se burlan de Dios y se engañan a sí mismos. Y es señal manifiesta de que están lejos de tener la fe verdadera y viva, y también lejos de conocer lo que significa la fe verdadera. Porque la fe cristiana muy segura y viva no es solo creer todas las cosas de Dios que se contienen en la Sagrada Escritura, sino que es también una fervorosa confianza y seguridad en Dios de que él nos atiende y de que es solícito por nosotros, como el padre lo es por el hijo al que ama, y que será misericordioso con nosotros por amor de su único Hijo, y que tenemos a nuestro Salvador Cristo, nuestro perpetuo abogado y sacerdote, en cuyos solos méritos, oblación y padecimiento confiamos que nuestras ofensas sean continuamente lavadas y purgadas, cuando, arrepintiéndonos de verdad, volvemos a él con todo nuestro corazón, determinando con firmeza en nosotros mismos, por su gracia, obedecerle y servirle guardando sus mandamientos, y nunca volver a caer en el pecado. Tal es la verdadera fe que la Escritura tanto elogia; la cual, cuando ve y considera lo que Dios ha hecho por nosotros, es movida también, por la continua asistencia del Espíritu de Dios, a servirle y agradecerle, a conservar su favor, a temer su desagrado, a permanecer como sus hijos obedientes, mostrando de nuevo gratitud al observar (o guardar) sus mandamientos; y eso libremente, sobre todo por verdadero amor y no por temor al castigo ni por amor a la recompensa temporal, considerando cuán claramente, sin merecimiento nuestro, hemos recibido su misericordia y su perdón de manera gratuita.

Esta verdadera fe se mostrará por sí misma y no puede permanecer ociosa por mucho tiempo. Pues, como está escrito: «El justo vive por su fe»;⁷ no duerme ni está ocioso cuando debería velar y estar bien ocupado. Y Dios, por medio de su profeta Jeremías, dice que «es hombre feliz y bendito el que tiene fe y confianza en Dios, porque es como un árbol plantado junto a la corriente de agua, que extiende sus raíces hacia la humedad, y no teme el calor cuando llega; su hoja estará verde y no dejará de dar su fruto».⁸ Del mismo modo, los hombres fieles, apartando todo temor a la adversidad, mostrarán el fruto de sus buenas obras cuando se les ofrezca ocasión de hacerlas.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Han oído en la primera parte de este sermón que hay dos clases de fe: una fe muerta e infructífera, y una fe viva «que obra por la caridad»;⁹ la primera, inútil; la segunda, necesaria para alcanzar nuestra salvación; y esta fe tiene siempre unida a sí la caridad, y es fructífera, pues produce todas las buenas obras. Ahora, en cuanto al mismo asunto, oirán lo que sigue. El sabio dice: «El que cree en Dios escuchará sus mandamientos».¹⁰ Porque si no nos mostramos fieles en nuestra conducta, la fe que pretendemos tener no es sino una fe fingida, pues la verdadera fe cristiana se muestra manifestamente por la buena vida, y no solo por las palabras, como dice san Agustín: «La buena vida no puede separarse de la fe verdadera, que obra por el amor».¹¹ Y san Crisóstomo dice: «La fe de por sí está llena de buenas obras; tan pronto como un hombre cree, queda adornado con

⁷ Habacuc 2:4, citado en Romanos 1:17.

⁸ Jeremías 17:7-8.

⁹ Gálatas 5:6.

¹⁰ Eclesiástico 32:24.

¹¹ Agustín, *La fe y las obras*, 42. La cita proviene de Juan 5:29.

ellas». ¹² Cuán llena de buenas obras está esta fe, y cómo hace que la obra de un hombre sea más aceptable a Dios que la de otro, lo enseña ampliamente san Pablo en el capítulo undécimo de la epístola a los hebreos, al decir que la fe hizo mejor la ofrenda de Abel que la ofrenda de Caín. ¹³ Esto hizo que Noé construyera el arca. ¹⁴ Esto hizo que Abraham abandonara su país y a todos sus amigos, y se fuera a un país lejano, para habitar allí entre extraños. ¹⁵ Lo mismo hicieron también Isaac y Jacob, dependiendo (o pendiendo) solo de la ayuda y la confianza que tenían en Dios. ¹⁶ Y cuando llegaron al país que Dios les había prometido, no quisieron edificar ciudades, ni villas, ni casas, sino que vivieron como extranjeros en tiendas que cada día podían trasladarse. Su confianza en Dios era tan grande que tenían en poco cualquier cosa mundana, porque Dios les había preparado mejores moradas en el cielo, de su propio fundamento y edificación. Esta fe hizo que Abraham estuviera dispuesto, por mandato de Dios, a ofrecer a su propio hijo y heredero Isaac, al que tanto amaba, y por quien se le había prometido que tendría innumerable descendencia, entre la que habría de nacer uno en quien todas las naciones serían bendecidas; confiando tanto en Dios que, aunque fuera muerto, Dios era poderoso, por su poder omnipotente, para resucitarlo de la muerte y cumplir su promesa. No desconfió de la promesa de Dios, aunque a su razón todo le parecía contrario. Creyó de veras que Dios no lo abandonaría en la carestía y el hambre que había en el país. Y en todos los demás peligros a los que fue llevado, confió siempre en que Dios sería su Dios, y su protector y defensor, por más que viera lo contrario.

Esta fe obró de tal manera en el corazón de Moisés que «rehusó ser tenido por hijo de la hija del rey Faraón» y tener una gran herencia

¹² *Serm. de fide et lege naturali*, transmitido entre las obras de Crisóstomo; autor desconocido.

¹³ Hebreos 11:4, aludiendo a Génesis 4:4-5.

¹⁴ Hebreos 11:7, aludiendo a Génesis 6:22; cf. también Eclesiástico 44:17.

¹⁵ Hebreos 11:8-10, aludiendo a Génesis 11:31; 12:1-5.

¹⁶ Hebreos 11:9, aludiendo a Génesis 13:3, 18; 18:1, 9.

en Egipto, «juzgando mejor padecer aflicción» y dolor con el pueblo de Dios que «vivir en el pecado agradablemente por un tiempo» con hombres perversos. «Por la fe no hizo caso de la amenaza del rey Faraón», porque su confianza estaba tan puesta en Dios que no se cuidó de la felicidad de este mundo, sino que esperó la recompensa venidera en el cielo, poniendo su corazón en «el Dios invisible, como si lo viera siempre presente» ante sus ojos.¹⁷

«Por la fe los hijos de Israel pasaron por el mar Rojo».¹⁸ «Por la fe cayeron los muros de Jericó»¹⁹ sin golpe, y se han obrado muchos otros milagros maravillosos. En todos los hombres buenos que hasta ahora han existido, la fe ha producido sus buenas obras y ha obtenido las promesas de Dios. La fe «tapó bocas de leones»; la fe «apagó el ímpetu del fuego»; la fe «escapó del filo de la espada»; la fe dio fuerza a los hombres débiles, victoria en la batalla, «derribó los ejércitos de los infieles», resucitó a los muertos.²⁰ La fe hizo que los hombres buenos tomaran la adversidad de buen grado. «Algunos fueron burlados y azotados, atados y echados en prisión»; algunos perdieron todos sus bienes y vivieron en gran pobreza; «algunos anduvieron errantes por montañas, collados y desiertos»; algunos fueron atormentados, algunos muertos, «algunos apedreados, algunos aserrados», algunos despedazados, algunos decapitados, algunos quemados sin misericordia, y no quisieron ser librados, porque esperaban resucitar a un estado mejor.

Todos estos padres, mártires y otros hombres santos, de los que san Pablo habló, tenían su fe firmemente fijada en Dios cuando todo el mundo estaba contra ellos. No solo conocían a Dios como el Señor, hacedor y gobernador de todos los hombres del mundo, sino que también tenían una especial confianza y seguridad de que él era y sería

¹⁷ Hebreos 11:24-27, aludiendo a Éxodo 2:11.

¹⁸ Hebreos 11:29, aludiendo a Éxodo 14:22.

¹⁹ Hebreos 11:30, aludiendo a Josué 6:20.

²⁰ Hebreos 11:33-35, aludiendo a Daniel 3:13-28; 6:16-23.

su Dios, su consolador, auxiliador, ayudador, sustentador y defensor. Esta es la fe cristiana que estos santos hombres tenían, y que también nosotros debemos tener. Y aunque a ellos no se les llamaba hombres cristianos, con todo, era fe cristiana la que tenían; porque esperaban todos los beneficios de Dios Padre por los méritos de su Hijo Jesucristo, como ahora los esperamos nosotros. Esta diferencia hay entre ellos y nosotros: que ellos esperaban el tiempo en que Cristo había de venir, y nosotros estamos en el tiempo en que ya ha venido. Por eso dice san Agustín: «El tiempo se altera y cambia, pero no la fe; porque ambos tenemos una misma fe en un mismo Cristo».²¹ El mismo Espíritu Santo que nosotros tenemos, lo tuvieron también ellos, dice san Pablo.²² Porque así como el Espíritu Santo nos enseña a confiar en Dios y a invocarlo como Padre nuestro, así también les enseñó a ellos a decir, como está escrito: «Tú, Señor, eres nuestro Padre y redentor, y tu nombre es sin principio y eterno».²³ Dios les dio la gracia de ser sus hijos, como nos la da ahora a nosotros. Pero ahora, por la venida de nuestro Salvador Cristo, hemos recibido más abundantemente el Espíritu de Dios en nuestros corazones, por lo que podemos concebir una fe mayor y una confianza más segura que la que muchos de ellos tenían. Pero, en efecto, ellos y nosotros somos todos uno: tenemos la misma fe que ellos tuvieron en Dios, y ellos la misma que nosotros tenemos. Y san Pablo ensalza tanto su fe porque no nos entreguemos menos, sino más, enteramente a Cristo, tanto en la profesión como en la vida, ahora que Cristo ha venido, que se entregaron los antiguos padres antes de su venida. Y por toda la declaración de san Pablo es evidente que la fe verdadera, viva y cristiana no es cosa muerta, vana ni infructuosa, sino cosa de perfecta eficacia, de maravillosa operación (u obra) y fuerza, que produce todos los buenos impulsos y las buenas obras. Toda la Sagrada Escritura atestigua de manera concorde que

²¹ Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 45, 9.

²² 2 Corintios 4:13.

²³ Isaías 63:16.

una fe verdadera y viva en Cristo produce buenas obras; por lo tanto, todo hombre debe examinarse y probarse con diligencia, para saber si tiene o no en su corazón, sin fingimiento, esa misma fe verdadera y viva, lo cual conocerá por sus frutos. Muchos que profesaban la fe de Cristo estaban en este error: pensaban que conocían a Dios y creían en él, cuando en su vida declaraban lo contrario. Al refutar este error, san Juan escribe así en su primera epístola: «En esto tenemos certeza de que lo conocemos: si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él».²⁴ Y de nuevo dice: «Todo aquel que peca no ve a Dios ni lo conoce. Nadie os engañe, hijos amados».²⁵ Y además dice: «En esto conocemos que somos de la verdad, y así aseguraremos nuestros corazones delante de él; porque si nuestro corazón nos reprende, mayor es Dios que nuestro corazón, y conoce todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios, y recibiremos de él cuanto le pidamos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que le agradan».²⁶ Y todavía añade: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios»,²⁷ y «sabemos que todo aquel que es nacido de Dios no peca, sino que la generación de Dios lo purifica, y el diablo no lo toca».²⁸ Y finalmente concluye, mostrando la causa por la que escribió esta epístola: «Por esta causa os he escrito, para que sepáis que tenéis vida eterna los que creéis en el Hijo de Dios».²⁹ Y en su tercera epístola confirma todo el asunto de la fe y las obras en pocas palabras, diciendo: «El que hace lo bueno es de Dios; el que hace lo malo no conoce a Dios».³⁰ Y así como san Juan dice que el conocimiento vivo y la fe de Dios producen buenas

²⁴ 1 Juan 2:3-4.

²⁵ 1 Juan 3:6-7.

²⁶ 1 Juan 3:19-22.

²⁷ 1 Juan 5:1.

²⁸ 1 Juan 5:18.

²⁹ 1 Juan 5:13.

³⁰ 3 Juan 1:11.

obras, así dice también de la esperanza y la caridad que no pueden subsistir con la mala vida. De la esperanza escribe así: «Sabemos que, cuando Dios apareciere, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es; y todo aquel que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, así como Dios es puro».³¹ Y de la caridad dice estas palabras: «El que guarda la Palabra de Dios» o mandamiento, «en él está verdaderamente el perfecto amor de Dios».³² Y de nuevo dice: «Este es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos».³³

Y san Juan no escribió esto como una frase sutil ideada por su propia fantasía, sino como una verdad muy cierta y necesaria, enseñada por el mismo Cristo, la verdad eterna e infalible, que en muchos lugares afirma muy claramente que la fe, la esperanza y la caridad no pueden consistir (o subsistir) sin obras buenas y piadosas. De la fe dice: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que no cree en el Hijo no verá esa vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él».³⁴ Y lo mismo confirma con un doble juramento, diciendo: «De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí tiene vida eterna».³⁵ Ahora bien, puesto que el que cree en Cristo tiene vida eterna, se sigue necesariamente que el que tiene esta fe debe tener también buenas obras y ser diligente en guardar obedientemente los mandamientos de Dios. Porque a los que tienen obras malas y llevan su vida en la desobediencia y la transgresión (o quebrantamiento) de los mandamientos de Dios, sin arrepentimiento, no les pertenece la vida eterna, sino la muerte eterna, como dice el mismo Cristo: «Los que hacen el bien irán a la vida eterna, pero los que hacen el mal irán al fuego eterno».³⁶ Y otra vez dice: «Yo soy la primera letra y la última, el

³¹ 1 Juan 3:2-3.

³² 1 Juan 2:5.

³³ 1 Juan 5:3.

³⁴ Juan 3:36.

³⁵ Juan 6:47.

³⁶ Mateo 25:46; Juan 5:29.

principio y el fin. Al que tiene sed le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere tendrá todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo; pero los temerosos, los que desconfían de Dios y carecen de fe, la gente maldita y los homicidas, los fornicarios y los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos, tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda».³⁷ Y así como Cristo afirma indudablemente que la verdadera fe produce buenas obras, así dice también lo mismo de la caridad: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama».³⁸ Y después dice: «El que me ama guardará mi palabra», y «el que no me ama no guarda mis palabras».³⁹ Y así como el amor de Dios se prueba por las buenas obras, así también el temor de Dios, como dice el sabio: «El temor de Dios aparta el pecado».⁴⁰ Y también dice: «El que teme a Dios hará buenas obras».⁴¹

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

Han oído en la segunda parte de este sermón que nadie debe pensar que tiene esa fe viva que la Escritura ordena cuando no vive obedientemente a las leyes de Dios, porque todas las buenas obras brotan de esa fe. Y también se les ha declarado con ejemplos que la fe hace a los hombres firmes, sosegados y pacientes en toda aflicción. Ahora, en cuanto al mismo asunto, oirán lo que sigue. Un hombre puede fácilmente engañarse a sí mismo e imaginar en su propia fantasía que por la fe conoce a Dios, le ama, le teme y le pertenece, cuando en realidad nada de eso hace. Porque la prueba de todas estas cosas es una vida muy piadosa y cristiana. El que siente su corazón dispuesto a buscar el

³⁷ Apocalipsis 21:6-8.

³⁸ Juan 14:21.

³⁹ Juan 14:23-24.

⁴⁰ Eclesiástico 1:21 (según la Vulgata).

⁴¹ Eclesiástico 15:1.

honor de Dios, y se aplica a conocer la voluntad y los mandamientos de Dios y a conformarse a ellos, y no lleva su vida según el deseo de su propia carne, para servir al diablo por el pecado, sino que dispone su mente a servir a Dios por amor del mismo Dios, y por amor de él a amar también a todos sus prójimos, sean amigos o adversarios, haciendo bien a cada uno según la ocasión lo permite, y sin dañar de grado a nadie; tal hombre bien puede alegrarse en Dios, percibiendo por el curso de su vida que tiene sin fingimiento el recto conocimiento de Dios, una fe viva, una esperanza firme, un amor verdadero y no fingido, y el temor de Dios. Pero el que se sacude del cuello el yugo de los mandamientos de Dios y se entrega a vivir sin verdadero arrepentimiento, según su propia mente y placer sensuales, sin cuidarse de conocer la Palabra de Dios, y mucho menos de vivir conforme a ella; tal hombre claramente se engaña a sí mismo y no ve su propio corazón si piensa que conoce a Dios, le ama, le teme o confía en él. Algunos, acaso, se imaginan en su interior que pertenecen a Dios, aunque viven en el pecado, y así vienen a la iglesia, y se muestran como hijos amados de Dios. Pero san Juan dice claramente: «Si decimos que tenemos alguna comunión con Dios y andamos en tinieblas, mentimos».⁴² Otros piensan vanamente que conocen y aman a Dios, aunque no hacen caso de sus mandamientos. Pero san Juan dice claramente: «El que dice: Yo conozco a Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso».⁴³ Algunos se persuaden falsamente de que aman a Dios cuando odian a su prójimo. Pero san Juan dice manifestamente: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, todavía está en tinieblas. El que ama a su hermano permanece en la luz; pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos».⁴⁴ Y además dice:

⁴² 1 Juan 1:6.

⁴³ 1 Juan 2:4.

⁴⁴ 1 Juan 4:20; 1 Juan 2:9-11.

«En esto conocemos manifiestamente a los hijos de Dios y a los hijos del diablo: el que no obra rectamente no es hijo de Dios, ni tampoco el que aborrece a su hermano».⁴⁵

No se engañen, pues, a ustedes mismos pensando que tienen fe en Dios, o que aman a Dios, o que confían en él, o que le temen, cuando viven en el pecado; porque entonces su vida impía y pecaminosa declara lo contrario, por más que digan o piensen. Pertenecer al hombre cristiano tener esta verdadera fe cristiana, y probarse a sí mismo si la tiene o no, y saber lo que le pertenece y cómo obra en él. No es el mundo aquello en que podemos confiar; el mundo y todo lo que en él hay no es sino vanidad. Es Dios quien debe ser nuestra defensa y protección contra toda tentación de maldad y pecado, errores, superstición, idolatría y todo mal. Si todo el mundo estuviera de nuestra parte y Dios contra nosotros, ¿de qué nos aprovecharía el mundo? Por lo tanto, pongamos toda nuestra fe y confianza en Dios, y ni el mundo, ni el diablo, ni todo el poder de ellos prevalecerá contra nosotros.

Por lo tanto, buen pueblo cristiano, probemos y examinemos nuestra fe, qué es. No nos halaguemos a nosotros mismos, sino que miremos nuestras obras y juzguemos así nuestra fe, qué es. Cristo mismo habla de este asunto y dice: «Por el fruto es conocido el árbol».⁴⁶ Por lo tanto, hagamos buenas obras y declaremos así que nuestra fe es la fe cristiana viva. Mostremos, por las virtudes que deben brotar de la fe, que nuestra elección es firme y estable, como enseña san Pedro: «Esforzaos por hacer firme vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras».⁴⁷ Y también dice: «Ministrad» o mostrad «en vuestra fe, virtud; en la virtud, conocimiento; en el conocimiento, templanza; en la templanza, paciencia; en la paciencia, piedad; en la

⁴⁵ 1 Juan 3:10.

⁴⁶ Mateo 12:33.

⁴⁷ 2 Pedro 1:10.

piedad, caridad fraternal; en la caridad fraternal, amor».⁴⁸ Así mostraremos de veras que tenemos la fe cristiana muy viva, y podremos tanto certificar mejor nuestra conciencia de que estamos en la fe recta, como también por estos medios confirmar a otros hombres. Si estos frutos no siguen, no hacemos sino burlarnos de Dios, engañarnos a nosotros mismos y también a otros hombres. Bien podemos llevar el nombre de hombres cristianos, pero carecemos de la verdadera fe que le corresponde. Porque la verdadera fe siempre produce buenas obras, como dice Santiago: «Muéstrame tu fe por tus obras».⁴⁹ Tus hechos y obras deben ser un testimonio abierto de tu fe; de lo contrario, tu fe, al estar sin buenas obras, no es sino la fe de los demonios, la fe de los malvados, una fantasía de fe, y no una verdadera fe cristiana. Y así como los diablos y las personas malvadas en nada se benefician de su fe fingida, sino que les es más bien causa de mayor condenación, así los que están bautizados y han recibido el conocimiento de Dios y de los méritos de Cristo, y, sin embargo, de propósito deliberado viven ociosamente, sin buenas obras, pensando que el nombre de una fe desnuda les basta, o bien, poniendo su mente en los vanos placeres de este mundo, viven en el pecado sin arrepentimiento, sin dar los frutos que pertenecen a tan alta profesión; sobre tales personas presuntuosas y pecadores voluntarios ha de recaer necesariamente la gran venganza de Dios y el castigo eterno en el infierno, preparado para los injustos y para los que viven en la maldad. Por lo tanto, como profesan el nombre de Cristo, buen pueblo cristiano, no dejen que tal fantasía e imaginación de fe los engañe en ningún momento, sino estén seguros de su fe; pruébenla por su vida; miren los frutos que de ella provienen; noten el aumento del amor y la caridad que por ella crece hacia Dios y su prójimo; y así percibirán que es una fe verdadera y viva. Si sienten y perciben tal fe en ustedes, regocíjense en ella y sean diligentes en

⁴⁸ 2 Pedro 1:5-7.

⁴⁹ Santiago 2:18.

mantenerla y conservarla todavía en ustedes; dejen que aumente de día en día, más y más, obrando bien; y así estarán seguros de que agradarán a Dios por esta fe, y al fin, como otros hombres fieles han hecho antes, así vendrán a él, cuando sea su voluntad, y recibirán el fin y la recompensa de la fe de ustedes, como la llama san Pedro: «la salvación de vuestras almas».⁵⁰ Lo cual nos conceda Dios, que lo ha prometido a sus fieles; a quien sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

⁵⁰ 1 Pedro 1:9.

HOMILÍA V

Un sermón sobre las buenas obras anexas a la fe



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

En el último sermón se les declaró qué es la fe viva y verdadera de un cristiano: que no hace al hombre ocioso, sino que lo ocupa en producir buenas obras, según lo pide la ocasión. Ahora, por la gracia de Dios, se declarará la segunda cosa que antes se señaló acerca de la fe: que sin ella no puede hacerse ninguna buena obra aceptable y agradable a Dios. Porque «como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo —dice nuestro Salvador Cristo— si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid y vosotros los pámpanos. El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer».¹ Y san Pablo prueba que Enoc tenía fe, porque agradó a Dios; pues sin fe, dice, «es imposible agradar a Dios».² Y de nuevo, a los romanos, dice: «Toda obra que se hace sin fe es pecado».³

¹ Juan 15:4-5.

² Hebreos 11:5-6, aludiendo a Génesis 5:21-24.

³ Romanos 14:23.

La fe da vida al alma; y están tan muertos para Dios los que carecen de fe como lo están para el mundo aquellos cuyos cuerpos carecen de alma. Sin fe, todo cuanto hacemos no es sino algo muerto ante Dios, por más vistosa y gloriosa que la obra parezca ante el hombre. Así como la imagen esculpida o pintada no es sino una representación muerta de la cosa misma, y carece de vida y de todo movimiento, así son las obras de todas las personas sin fe ante Dios. Parecen ser obras vivas, y en realidad no son sino obras muertas, que no aprovechan para la vida eterna. No son sino sombras y apariencias de cosas vivas y buenas, y no cosas buenas y vivas en realidad. Porque la verdadera fe da vida a las obras, y de tal fe proceden buenas obras que son de veras muy buenas; y sin fe ninguna obra es buena ante Dios.

Como dice san Agustín: «No debemos anteponer ninguna buena obra a la fe, ni pensar que antes de la fe pueda el hombre hacer alguna buena obra. Pues tales obras, aunque a los hombres les parezcan dignas de alabanza, en realidad no son sino vanas», y no se admiten ante Dios. «Son como la carrera de un caballo que corre fuera del camino, la cual cuesta gran fatiga, pero sin provecho alguno. Por tanto, que ningún hombre —dice— cuente con sus buenas obras antes que con su fe: donde no hubo fe, no hubo buenas obras. La intención —dice— hace las buenas obras, pero la fe debe guiar y ordenar la intención del hombre».⁴ Y Cristo dice: «Si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará lleno de tinieblas».⁵ «El ojo significa la intención —dice san Agustín— con que el hombre hace una cosa».⁶ De modo que quien no hace sus buenas obras con intención piadosa y una verdadera «fe que obra por el amor»,⁷ en él todo el cuerpo restante (es decir, todo el conjunto de sus obras) está en tinieblas, y no hay luz en ellas. Porque las buenas obras no se miden por los hechos mismos, y de ese modo se

⁴ Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 31.2.4.

⁵ Mateo 6:23.

⁶ Agustín, *Réplica a Juliano*, 4.33. Véase también *El sermón del Señor en el monte*, 2.45.

⁷ Gálatas 5:6.

distinguen de los vicios, sino por los fines e intenciones por los que se hacen.⁸ Si un pagano viste al desnudo, alimenta al hambriento y hace otras obras semejantes, sin embargo, porque no las hace en fe para la honra y el amor de Dios, no son para él sino obras muertas, vanas e infructuosas.⁹ La fe es la que encomienda la obra a Dios; pues, como dice san Agustín: «Quieras o no, la obra que no procede de la fe es nada».¹⁰ Donde la fe de Cristo no es el fundamento, no hay ninguna buena obra, por más que edifiquemos. Hay una sola obra en la que están todas las buenas obras, esto es, la «fe que obra por la caridad».¹¹ Si la tienes, tienes el fundamento de todas las buenas obras; porque las virtudes de la fortaleza, la sabiduría, la templanza y la justicia se refieren todas a esta misma fe.¹² Sin esta fe no las tenemos, sino solo los nombres y las sombras de ellas; como dice san Agustín: «Toda la vida de quienes carecen de la verdadera fe es pecado, y nada es bueno sin aquel que es el autor de la bondad; donde él no está, no hay sino virtud fingida, aunque sea en las mejores obras».¹³ Y san Agustín, exponiendo este versículo del salmo: «La tórtola ha hallado un nido donde poner sus polluelos»,¹⁴ dice que los judíos, herejes y paganos hacen buenas obras: visten al desnudo, alimentan al pobre y hacen otras obras de misericordia; pero, porque no se hacen en la verdadera fe, por eso las aves se pierden.¹⁵ Pero si permanecen en la fe, entonces la fe es el nido y la salvaguarda de sus aves, es decir, la salvaguarda de sus buenas obras, para que la recompensa de ellas no se pierda del todo.

⁸ Cf. Agustín, *Réplica a Juliano*, 4.21.

⁹ Agustín, *Réplica a Juliano*, 4.30-33.

¹⁰ Agustín, *Réplica a Juliano*, 4.32, aludiendo a Romanos 14:23.

¹¹ Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 89.17, aludiendo a Gálatas 5:6.

¹² Agustín, *Réplica a Juliano*, 4.19, aludiendo a Romanos 1:17.

¹³ Próspero de Aquitania, *Sentencias tomadas de Agustín*, 106.

¹⁴ Salmos 84:3.

¹⁵ Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 83.7.

Y este asunto, que san Agustín debate largamente en muchos libros, san Ambrosio lo concluye en pocas palabras, diciendo: «Aquel que por naturaleza quisiera resistir al vicio, ya sea por voluntad natural o por razón, en vano engalana el tiempo de esta vida y no alcanza las verdaderas virtudes; porque, sin la adoración del Dios verdadero, aquello que parece ser virtud es vicio».¹⁶

Y todavía con la mayor claridad, a este propósito, escribe san Juan Crisóstomo de esta manera: «Hallaréis a muchos que no tienen la verdadera fe y que no son del rebaño de Cristo y que, sin embargo, según parece, florecen en buenas obras de misericordia. Los hallaréis llenos de piedad y compasión, y dados a la justicia; y, con todo eso, no tienen fruto de sus obras, porque falta la obra principal». «Pues cuando los judíos preguntaron a Cristo qué debían hacer para obrar buenas obras, él respondió: “Esta es la obra de Dios: creer en aquel que él ha enviado”; de modo que llamó a la fe la obra de Dios. Y tan pronto como el hombre tiene fe, en seguida florecerá en buenas obras; porque la fe de suyo está llena de buenas obras, y nada es bueno sin fe».¹⁷ Y por vía de semejanza dice que «quienes relucen y brillan en buenas obras sin fe en Dios son como los hombres muertos, que tienen tumbas hermosas y preciosas, y, sin embargo, de nada les aprovecha».¹⁸ «La fe no puede estar desnuda sin buenas obras, porque entonces no es verdadera fe; y cuando se une a las obras, con todo, está por encima de las obras. Porque, así como los hombres que son verdaderamente hombres primero tienen vida y después son alimentados, así también nuestra fe en Cristo debe ir primero y después ser alimentada con buenas obras. Y la vida puede darse sin alimento, pero el alimento no puede darse sin vida».¹⁹ «El hombre necesariamente ha

¹⁶ *La vocación de todos los pueblos*, 1.7; atribuida a Próspero de Aquitania o al papa León I Magno.

¹⁷ *Serm. de fide et lege naturali*, transmitido entre las obras de Crisóstomo; autor desconocido.

¹⁸ *Serm. de fide et lege naturali*.

¹⁹ *Serm. de fide et lege naturali*.

de ser alimentado con buenas obras, pero primero ha de tener fe. El que hace buenas obras, pero sin fe, no tiene vida. Puedo mostrar a un hombre que por la fe, sin obras, vivió y llegó al cielo; pero sin fe jamás hombre alguno tuvo vida. El ladrón que fue colgado cuando Cristo padeció solo creyó, y el Dios misericordiosísimo lo justificó. Y para que nadie replique que le faltó tiempo para hacer buenas obras, pues de otro modo las habría hecho, verdad es, y no contenderé en ello; pero esto sí afirmaré con seguridad: que solo la fe lo salvó. Si hubiera vivido y no hubiera atendido a la fe y a las obras de ella, habría perdido de nuevo su salvación. Pero este es el sentido de lo que digo: que la fe por sí sola lo salvó, pero las obras por sí solas nunca justificaron a hombre alguno».²⁰ Aquí han oído el parecer de san Crisóstomo, por donde pueden percibir que ni la fe está sin obras, cuando hay ocasión para ellas, ni las obras pueden aprovechar para la vida eterna sin la fe.

CATECISMO REFORMADO

Una Fe, un Señor, un Bautismo

De las tres cosas que en el sermón anterior se señalaron especialmente acerca de la fe viva, dos se les han declarado. La primera fue que la fe nunca está ociosa, sin buenas obras, cuando la ocasión lo pide; la segunda, que las buenas obras aceptables a Dios no pueden hacerse sin fe. Pasemos ahora a la tercera parte, que en el sermón anterior se señaló acerca de la fe, esto es, qué clase de obras son las que brotan de la verdadera fe y conducen a los hombres fieles a la vida eterna.

Esto no puede conocerse tan bien como por nuestro Salvador Cristo mismo, a quien cierto gran hombre hizo esta misma pregunta. «¿Qué obras he de hacer —dijo un príncipe— para alcanzar la vida eterna?». A lo cual Jesús respondió: «Si quieres llegar a la vida eterna, guarda los mandamientos».²¹ Pero el príncipe, no satisfecho con esto,

²⁰ *Serm. de fide et lege naturali.*

²¹ Mateo 19:16-19.

preguntó además: «¿Cuáles mandamientos?». Los escribas y fariseos habían hecho tantas leyes y tradiciones propias para llevar a los hombres al cielo, aparte de los mandamientos de Dios, que este hombre dudaba si debía llegar al cielo por aquellas leyes y tradiciones o por las leyes de Dios; y por eso preguntó a Cristo a qué mandamientos se refería. A lo cual Cristo le dio una respuesta clara, recitando los mandamientos de Dios, diciendo: «No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre», y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Con estas palabras declaró Cristo que las leyes de Dios son el camino mismo que conduce a la vida eterna, y no las tradiciones y leyes de los hombres. De modo que ha de tenerse por lección verdaderísima, enseñada por la propia boca de Cristo, que las obras de los mandamientos morales de Dios son las verdaderas obras de la fe que conducen a la bienaventurada vida venidera.

Pero la ceguera y la malicia del hombre, desde el principio mismo, siempre han estado prontas a apartarse de los mandamientos de Dios. Como Adán, el primer hombre, que teniendo un solo mandamiento —que no comiese del fruto prohibido—, a pesar del mandamiento de Dios, dio crédito a la mujer, seducida por la sutil persuasión de la serpiente, y así siguió su propia voluntad y abandonó el mandamiento de Dios. Y desde aquel tiempo, todos los que descienden de él han quedado tan cegados por el pecado original que siempre han estado prontos a apartarse de Dios y de su ley, y a inventar un nuevo camino hacia la salvación por obras de su propia invención; tanto que casi todo el mundo, abandonando la verdadera honra del único Dios eterno y viviente, anduvo errante en sus propias fantasías, adorando unos al sol, la luna y las estrellas; otros a Júpiter, Juno, Diana, Saturno, Apolo, Neptuno, Ceres, Baco y a otros hombres y mujeres muertos. Algunos, no contentos con esto, adoraron diversas clases de bestias, pájaros, peces, aves y serpientes; estando en cierto modo dividido cada país, ciudad y casa, y erigiendo imágenes de las cosas que les placían,

y adorándolas. Tal era la rudeza del pueblo, después de que cayeron en sus propias fantasías y dejaron al Dios eterno y viviente y sus mandamientos, que idearon innumerables imágenes y dioses. En cuyo error y ceguera permanecieron hasta que Dios todopoderoso, compadeciéndose de la ceguera del hombre, envió a su verdadero profeta Moisés al mundo para reprobado y reprender esta locura extrema, y para enseñar al pueblo a conocer al único Dios viviente y su verdadera honra y adoración.

Pero la inclinación corrupta del hombre estaba tan entregada a seguir sus propias fantasías y (como si dijéramos) a favorecer al ave que él mismo había criado, que todas las amonestaciones, exhortaciones, beneficios y amenazas de Dios no pudieron apartarlo de tales invenciones suyas. Pues a pesar de todos los beneficios de Dios mostrados al pueblo de Israel, cuando Moisés subió al monte para hablar con Dios todopoderoso, no había permanecido allí sino unos pocos días cuando el pueblo comenzó a inventar nuevos dioses; y, según se les venía a la cabeza, hicieron un becerro de oro, se arrodillaron y lo adoraron.²² Y después de eso siguieron a los moabitas y adoraron a Baal-peor, el dios de los moabitas.²³ Lean el libro de los Jueces, los libros de los Reyes²⁴ y los profetas, y allí hallarán cuán inconstante era el pueblo, cuán lleno de invenciones y más pronto a correr tras sus propias fantasías que tras los santísimos mandamientos de Dios. Allí leerán de Baal,²⁵ Moloc,²⁶ Camós,²⁷ Milcom,²⁸ Baal-peor,²⁹ Astarot,³⁰ Bel, el Dragón,³¹ Príapo,³² la serpiente de bronce,³³ los

²² Éxodo 32:1-6.

²³ Números 25:1-3.

²⁴ Estos incluyen 1 y 2 Samuel, así como 1 y 2 Reyes.

²⁵ Jueces 2:13.

²⁶ 1 Reyes 11:7.

²⁷ 1 Reyes 11:7; 1 Reyes 11:33; 2 Reyes 23:13.

²⁸ 1 Reyes 11:5; 1 Reyes 11:33; 2 Reyes 23:13.

²⁹ Números 25:1-3; Oseas 9:10.

³⁰ O Astarté, cf. Jueces 2:13; 1 Reyes 11:5, 33; 2 Reyes 23:13.

³¹ Bel y el Dragón figuran en las adiciones griegas (deuterocanónicas) de Daniel.

doce signos³⁴ y muchos otros,³⁵ a cuyas imágenes el pueblo, con gran devoción, inventaba peregrinaciones, engalanándolas e incensándolas preciosamente, arrodillándose y ofreciéndoles ofrendas, pensando que eso era un alto mérito ante Dios y que debía estimarse por encima de los preceptos y mandamientos de Dios. Y siendo que en aquel tiempo Dios no mandaba hacer sacrificio sino solo en Jerusalén, ellos hicieron todo lo contrario, levantando altares y sacrificios por todas partes, en collados, en bosques y en casas, y no atendiendo a los mandamientos de Dios, sino estimando sus propias fantasías y devoción como mejores que ellos. Y este error se difundió tan ampliamente que no solo el pueblo iletrado, sino también los sacerdotes y maestros del pueblo, en parte por vanagloria y codicia, se corrompieron, y en parte por ignorancia fueron ciegamente engañados con las mismas abominaciones; tanto que, teniendo el rey Acab solo a Elías por verdadero maestro y ministro de Dios, había ochocientos cincuenta sacerdotes que lo persuadían a honrar a Baal y a hacer sacrificio en los bosques o arboledas.³⁶ Y así continuó aquel horrible error hasta que los tres nobles reyes, a saber, Josafat, Ezequías y Josías, ministros escogidos por Dios, lo destruyeron por completo y volvieron a traer al pueblo de tales invenciones fingidas suyas a los mandamientos mismos de Dios; por lo cual su recompensa y gloria inmortal permanece y permanecerá con Dios para siempre.³⁷

Y además de las invenciones antedichas, la inclinación del hombre a tener sus propias devociones santas ideó nuevas sectas y órdenes

³² Se encuentra únicamente en 1 Reyes 15:13 y 2 Crónicas 15:16 (según la Vulgata).

³³ Hecha originalmente por Moisés para sanar a los israelitas que habían sido mordidos por serpientes (Números 21:4-9; Juan 3:14), pero convertida después en objeto de culto y destruida por el rey Ezequías (2 Reyes 18:4).

³⁴ Del zodiaco. La astrología se condenó en Deuteronomio 18:10-11, pero se practicó de tanto en tanto (cf. Isaías 47:9; Jeremías 27:9; Daniel 2).

³⁵ Cf. p. ej. 2 Reyes 18:4; Amós 5:26.

³⁶ 1 Reyes 18:19, 22.

³⁷ 2 Crónicas 17:3-6; 2 Crónicas 30:14; 2 Crónicas 31:1; 2 Crónicas 34:2-7.

religiosas,³⁸ llamadas fariseos, saduceos y escribas, con muchas tradiciones y ordenanzas santas y piadosas —según parecía por la apariencia externa y el hermoso brillo de las obras—, pero en realidad todas tendentes a la idolatría, la superstición y la hipocresía; estando sus corazones por dentro llenos de malicia, orgullo, codicia y toda maldad. Contra estas sectas y su fingida santidad clamó Cristo con más vehemencia que contra ninguna otra clase de personas, diciendo y repitiendo a menudo estas palabras: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis el vaso por fuera, pero por dentro estáis llenos de rapiña e inmundicia. Fariseo ciego» e hipócrita, «limpia primero lo de dentro».³⁹ Pues, a pesar de todas las hermosas tradiciones y la muestra externa de buenas obras ideadas por su propia imaginación, por las que aparecían ante el mundo como los más religiosos y santos de todos los hombres, sin embargo, Cristo, que veía sus corazones, sabía que por dentro eran, a los ojos de Dios, los más impíos, los más abominables y los más alejados de Dios de todos los hombres. Por eso les dijo: «Hipócritas, el profeta Isaías habló con toda verdad de vosotros cuando dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres”. Porque dejáis los mandamientos de Dios por guardar vuestras propias tradiciones».⁴⁰

Y aunque Cristo dijo que adoran a Dios en vano los que enseñan doctrinas y mandamientos de hombres, no quiso con ello derribar todos los mandamientos de los hombres, pues él mismo fue siempre obediente a los príncipes y a sus leyes, hechas para el buen orden y gobierno del pueblo; pero reprobó las leyes y tradiciones hechas por los escribas y fariseos, que no fueron hechas solamente para el buen orden del pueblo (como lo eran las leyes civiles), sino que fueron

³⁸ La palabra «religión» probablemente se entiende aquí en el sentido (hoy en gran parte obsoleto) de «orden religiosa».

³⁹ Mateo 23:25-26.

⁴⁰ Mateo 15:7-9, citando Isaías 29:13-14; Marcos 7:8-9.

puestas tan en alto que se las hizo un culto recto y puro a Dios, como si fueran iguales a las leyes de Dios o superiores a ellas; porque muchas de las leyes de Dios no podían guardarse, sino que hubieron de ceder el lugar a aquellas. Esta arrogancia detestó Dios: que el hombre ensalzara así sus leyes hasta igualarlas con las leyes de Dios —en las que consiste el verdadero honrar y el recto adorar a Dios— y dispusiera sus propias leyes de modo que aquellas quedaran abandonadas. Dios ha establecido sus leyes, por las que quiere ser honrado. Es también su voluntad que todas las leyes humanas, no siendo contrarias a sus leyes, se obedezcan y se guarden como buenas y necesarias para toda república, pero no como cosas en las que principalmente reside su honra. Y todas las leyes civiles y humanas o están hechas, o debieran hacerse, para inducir a los hombres a guardar mejor las leyes de Dios, de modo que, por consiguiente (o consecuentemente), Dios sea mejor honrado por ellas. Sin embargo, los escribas y fariseos no se contentaban con que sus leyes no fueran estimadas en más que otras leyes positivas y civiles, ni querían que se las llamara con el nombre de otras leyes temporales, sino que las llamaban tradiciones santas y piadosas, y querían que se las estimara no solo como un culto recto y verdadero a Dios (como lo son en verdad las leyes de Dios), sino también como el más alto honrar a Dios, al cual debían ceder el lugar los mandamientos de Dios.

Y por esta causa habló Cristo tan vehementemente contra ellos, diciendo: «Vuestras tradiciones, que los hombres estiman tan altas, son abominación delante de Dios».⁴¹

Porque comúnmente de tales tradiciones se sigue la transgresión (o quebrantamiento) de los mandamientos de Dios y una mayor devoción en guardar tales cosas, y una mayor conciencia en quebrantarlas que en los mandamientos de Dios. Como los escribas y fariseos guardaban el sábado tan supersticiosa y escrupulosamente que se ofendían con Cristo porque sanaba a los enfermos, y con sus apóstoles porque, teniendo mucha hambre, recogían las espigas de trigo para comer en aquel día.⁴² Y porque sus discípulos no se lavaban las manos tan a menudo como lo exigían las tradiciones, los escribas y fariseos disputaron con Cristo, diciendo: «¿Por qué tus discípulos quebrantan las tradiciones de los ancianos?».⁴³ Pero Cristo les imputó que ellos, por guardar sus propias tradiciones, enseñaban a los hombres a quebrantar los mandamientos mismos de Dios. Pues enseñaban al pueblo tal devoción que ofrecían sus bienes en la casa del tesoro del templo, so pretexto de la honra de Dios, dejando desamparados a sus padres y madres (a quienes principalmente estaban obligados); y así «quebrantaban los mandamientos de Dios por guardar sus propias tradiciones».⁴⁴ Estimaban más un juramento hecho por el oro o por la ofrenda del templo que un juramento hecho en el nombre de Dios mismo o del templo.⁴⁵ Eran más diligentes en pagar sus diezmos de las cosas pequeñas que en hacer las cosas mayores mandadas por Dios, como las obras de misericordia, o en hacer justicia o en tratar sincera, recta y fielmente con Dios y con los hombres. «Esto —dice Cristo—

⁴¹ Lucas 16:15.

⁴² Mateo 12:1-14.

⁴³ Mateo 15:1-6.

⁴⁴ Marcos 7:9.

⁴⁵ Mateo 23:16-22.

era necesario hacer, y no dejar aquello».⁴⁶ Y en resumen, eran de juicio tan ciego que tropezaban en una paja y saltaban por encima de un tronco; querían, por así decirlo, sacar melindrosamente una mosca de su copa y se tragaban un camello entero. Y por eso Cristo los llamó guías ciegos, advirtiéndolo de tiempo en tiempo a sus discípulos que evitaran su doctrina.⁴⁷ Pues, aunque al mundo le parecían hombres perfectísimos, tanto en el vivir como en el enseñar, con todo, su vida no era sino hipocresía, y su doctrina no era sino levadura agria mezclada con superstición, idolatría y juicio torcido, poniendo sus tradiciones y ordenanzas de hombre en lugar de los mandamientos de Dios.

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

Para que todos los hombres puedan juzgar rectamente de las buenas obras, se ha declarado en la segunda parte de este sermón qué clase de buenas obras son aquellas en las que Dios quiere que su pueblo ande, a saber, las que él ha mandado en su Sagrada Escritura, y no las obras que los hombres han ideado de su propia cabeza, por un celo y una devoción ciegos, sin la Palabra de Dios. Y al equivocarse la naturaleza de las buenas obras, el hombre ha desagradado en sumo grado a Dios y se ha apartado de su voluntad y su mandamiento. De modo que así han oído cuánto el mundo, desde el principio hasta el tiempo de Cristo, estuvo siempre pronto a apartarse de los mandamientos de Dios y a buscar otros medios para honrarlo y servirlo según una devoción hallada en sus propias cabezas, y cómo pusieron sus propias tradiciones tan altas como los mandamientos de Dios o por encima de ellos. Lo cual ha sucedido también en nuestros tiempos (tanto más es de lamentar) no menos que entre los judíos, y ello por la corrupción,

⁴⁶ Mateo 23:23.

⁴⁷ Mateo 23:24.

o al menos por la negligencia, de aquellos que principalmente debían haber preservado la pura y celestial doctrina dejada por Cristo.

¿Qué hombre que tenga algún juicio o instrucción, unido a un verdadero celo por Dios, no ve y lamenta que hayan entrado en la religión de Cristo tal falsa doctrina, superstición, idolatría, hipocresía y otras enormidades y abusos, de suerte que, poco a poco, por la levadura agria de ellos, el dulce pan de la santa Palabra de Dios ha sido muy estorbado y arrinconado? Nunca tuvieron los judíos, en su mayor ceguera, tantas peregrinaciones a las imágenes, ni usaron tanto arrodillarse, besarlas e incensarlas como se ha usado en nuestro tiempo. Las sectas y las órdenes religiosas fingidas no eran ni la cuadragésima parte de numerosas entre los judíos, ni se abusaba de ellas más supersticiosa e impíamente que en los últimos tiempos entre nosotros. Estas sectas y órdenes religiosas tenían tantas obras hipócritas y fingidas en su estado de religión (como arrogantemente lo llamaban) que sus lámparas, según decían, siempre rebosaban, capaces de satisfacer no solo por sus propios pecados, sino también por todos los demás: sus bienhechores, hermanos y hermanas de religión, como muy impía y astutamente habían persuadido a la multitud de gente ignorante; manteniendo en diversos lugares una especie de ferias o mercados de méritos, llenos de sus santas reliquias, imágenes, santuarios y obras de rebotante abundancia listas para venderse. Y todas las cosas que tenían se llamaban santas: capuchas santas, cíngulos santos, «cuentas indulgenciadas» santas,⁴⁸ zapatos santos, reglas santas, y todo lleno de santidad. ¿Y qué cosa puede ser más necia, más supersticiosa o más impía que el que hombres, mujeres y niños lleven un hábito de fraile para librarse de las fiebres o de la peste, o que, cuando mueren o cuando son enterrados, hagan que se lo echen encima con la esperanza de salvarse por ello? Superstición que, aunque —gracias a Dios—

⁴⁸ Eran cuentas de rosario que llevaban aparejada una indulgencia asegurada a todo el que las usara.

poco se ha usado en este reino, sin embargo, en otros diversos reinos se ha usado y aún se usa entre muchos, tanto doctos como indoctos.

Pero, para pasar por alto las innumerables supersticiones que ha habido en la extraña vestimenta, en el silencio, en el dormitorio, en el claustro, en el capítulo, en la elección de comidas y bebidas, y en cosas semejantes, consideremos qué enormidades y abusos ha habido en los tres puntos principales, que ellos llamaban los tres esenciales (o los tres fundamentos principales) de la religión, es decir, la obediencia, la castidad y la pobreza voluntaria. Primero, so pretexto (o color) de obediencia a su padre en religión (obediencia que ellos mismos inventaron), quedaban eximidos por sus reglas y cánones de la obediencia de su padre y madre naturales, y de la obediencia al emperador y al rey y a todo poder temporal, a quienes por estricto deber, según las leyes de Dios, estaban obligados a obedecer. Y así, la profesión de su obediencia no debida era un abandono de su obediencia debida. Y en cuanto a cómo era su profesión de castidad, es más decoroso pasarlo en silencio y dejar que el mundo juzgue lo que es bien sabido, que ofender oídos castos y piadosos con palabras impúdicas que expresen su vida impúdica. Y en cuanto a su pobreza voluntaria, era tal que, siendo en posesiones, joyas, vajilla y riquezas iguales o superiores a mercaderes, hidalgos, barones, condes y duques, sin embargo, mediante este sutil término sofisticado «*proprium in communi*», es decir, «propio en común», se burlaban del mundo, persuadiendo de que, a pesar de todas sus posesiones y riquezas, guardaban su voto y estaban en pobreza voluntaria. Pero, con todas sus riquezas, jamás podían ayudar a su padre ni a su madre, ni a otros que en verdad eran muy necesitados y pobres, sin la licencia de su padre abad, prior o guardián. Y, sin embargo, podían recibir de todo hombre, pero no podían dar nada a nadie; no, ni siquiera a aquellos a quienes las leyes de Dios los obligaban a ayudar. Y así, por sus tradiciones y reglas, las leyes de Dios no podían tener ningún imperio sobre ellos; y por eso podía decirse de ellos con toda verdad lo que Cristo dijo a los fariseos: «Quebrantáis

los mandamientos de Dios por vuestras tradiciones. Honráis a Dios con los labios, pero vuestros corazones están lejos de él». ⁴⁹ Y cuanto más largas eran las oraciones que hacían de día y de noche, so pretexto (o color) de tal santidad, para ganarse el favor de las viudas y de otras gentes sencillas, a fin de poder cantar treintenarios ⁵⁰ y oficios por sus maridos y amigos, y admitirlos (o recibirlos) en sus oraciones, tanto más verdaderamente se cumple en ellos el dicho de Cristo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devoráis las casas de las viudas so color de largas oraciones; por eso vuestra condenación será mayor. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis el mar y la tierra para hacer más novicios y nuevos hermanos, y cuando son admitidos o recibidos en vuestra secta, los hacéis hijos del infierno, peores que vosotros mismos». ⁵¹

Honra sea a Dios, que puso luz en el corazón de su fiel y verdadero ministro de famosísima memoria, el rey Enrique VIII, y le dio el conocimiento de su Palabra y un ferviente afecto para buscar su gloria, y para apartar todas esas supersticiones y actos farisaicos inventados por el anticristo y erigidos contra la verdadera Palabra de Dios y la gloria de su santísimo nombre, así como dio el mismo espíritu a los muy nobles y famosos príncipes Josafat, Josías y Ezequías. Dios nos conceda a todos nosotros, fieles y verdaderos súbditos de su majestad el rey, alimentarnos del dulce y sabroso pan de la propia Palabra de Dios, y, como Cristo mandó, evitar toda nuestra levadura farisaica y papista de la religión fingida del hombre. ⁵² Esta levadura, aunque ante Dios era muy abominable y contraria a los mandamientos de Dios y a la pura religión de Cristo, sin embargo, se alababa como una vida piadosísima y el más alto estado de perfección, como si un hombre pudiera ser más piadoso y más perfecto guardando las reglas,

⁴⁹ Mateo 15:3; Mateo 15:8.

⁵⁰ Un treintanario era una serie de treinta misas cantadas por un difunto.

⁵¹ Mateo 23:14-15.

⁵² Mateo 16:6; Mateo 16:12; Lucas 12:1.

tradiciones y profesiones de los hombres que guardando los santos mandamientos de Dios.

Y, para pasar brevemente por alto las impías y falsas órdenes religiosas, repasemos algunas otras clases de supersticiones y abusos papistas, como las cuentas, los salterios de Nuestra Señora⁵³ y los rosarios, las quince Oes,⁵⁴ los versos de san Bernardo,⁵⁵ las cartas de santa Águeda,⁵⁶ el purgatorio, las misas satisfactorias, las estaciones⁵⁷ y los jubileos, las reliquias fingidas, las cuentas, campanas, pan, agua, palmas, velas y fuego benditos, y otras cosas semejantes, los ayunos supersticiosos, las cofradías (o hermandades), las indulgencias, con otras mercancías semejantes; los cuales eran tan estimados y de tal modo se abusaba de ellos, en gran perjuicio de la gloria y los mandamientos de Dios, que se los hacía cosas altísimas y santísimas, por las que alcanzar la vida eterna o la remisión de los pecados. Más aún, las vanas invenciones, las ceremonias infructuosas y las impías leyes, decretos y concilios de Roma eran de tal modo ensalzados que nada se juzgaba comparable a ellos en autoridad, sabiduría, saber y piedad; de suerte que las leyes de Roma, según decían, habían de ser recibidas por todos los hombres como los cuatro evangelistas, y a ellas debían ceder el lugar todas las leyes de los príncipes; y las leyes de Dios también en

⁵³ El salterio de Nuestra Señora, en honor de la Virgen María, consiste en 150 avemarías, divididas en quince grupos de diez, separados por un padrenuestro, con el credo de los apóstoles añadido después de cada cincuenta avemarías.

⁵⁴ Oraciones dirigidas a Jesús, cada una de las cuales comienza con «O Iesu» u «O Domine Iesu». Cada serie de quince debe ir seguida del padrenuestro y el avemaría, con el credo de los apóstoles al final. El origen de esta práctica se atribuye a santa Brígida de Suecia.

⁵⁵ Versículos del salterio, ocho o doce según las tradiciones, cuya recitación pretende preservar de la muerte súbita a quien ora y permitirle saber exactamente cuándo morirá. Se originan en una leyenda según la cual el diablo reveló este conocimiento a san Bernardo de Claraval.

⁵⁶ Se dice que santa Águeda sufrió el martirio en Catania hacia el año 252. Una leyenda cuenta que, en el primer aniversario de su muerte, la ciudad fue protegida de una erupción del monte Etna por su velo, o mortaja. Las letras eran, al parecer, amuletos destinados a proteger las casas contra el peligro del fuego.

⁵⁷ Las llamadas catorce estaciones del vía crucis.

parte se abandonaban y se estimaban en menos, para que dichas leyes, decretos y concilios, con sus tradiciones y ceremonias, se guardaran más debidamente y se tuvieran en mayor reverencia. Así, el pueblo, por ignorancia, quedó tan cegado con la hermosa muestra y apariencia de aquellas cosas que pensaba que guardarlas era una mayor santidad, un servicio y honra a Dios más perfectos, y más agradable a Dios que guardar los mandamientos de Dios.

Tal ha sido la inclinación corrupta del hombre, siempre supersticiosamente dado a inventar de su propia cabeza un nuevo modo de honrar a Dios, y a tener luego más afecto y devoción por guardar aquello que por escudriñar los santos mandamientos de Dios y guardarlos; y, además, a tener los mandamientos de Dios por mandamientos de los hombres, y los mandamientos de los hombres por mandamientos de Dios, sí, y por los más altos, perfectos y santos de todos los mandamientos de Dios. Y de tal modo se confundió todo que apenas los hombres bien instruidos —y solo un pequeño número de ellos— sabían (o al menos querían saber) y osaban afirmar la verdad, para separar (o apartar) los mandamientos de Dios de los mandamientos de los hombres; de donde creció mucho error, superstición, idolatría, religión vana, juicio torcido, gran contienda, con todo vivir impío.

Por lo cual, en la medida en que tengan algún celo por el recto y puro honrar a Dios, en la medida en que tengan algún cuidado de sus propias almas y de la vida venidera, que es sin dolor y sin fin, aplíquense principalmente, sobre todas las cosas, a leer y a oír la Palabra de Dios; noten en ella diligentemente cuál es su voluntad de lo que han de hacer, y con todo el empeño de ustedes aplíquense a seguirla. Primero, han de tener una fe segura en Dios y entregarse por entero a él, amarlo en la prosperidad y en la adversidad, y temer ofenderlo siempre. Luego, por amor a él, amen a todos los hombres, amigos y enemigos, porque son creación e imagen suya, y redimidos por Cristo, como ustedes lo son. Consideren en su mente cómo pueden hacer bien a todos los hombres según sus fuerzas, y no dañar a nadie.

Obedezcan a todos sus superiores y gobernantes; sirvan a sus amos fiel y diligentemente, tanto en su ausencia como en su presencia, no solo por temor al castigo, sino por causa de la conciencia, sabiendo que están obligados a hacerlo así por los mandamientos de Dios.

No desobedezcan a sus padres y madres, sino hónrenlos, ayúdenlos y complázcanlos según su poder. No opriman, no maten, no golpeen, no calumnien ni odien a nadie, sino amen a todos los hombres, hablen bien de todos los hombres, ayuden y socorran a cada hombre como puedan, sí, aun a sus enemigos que los odian, que hablan mal de ustedes y que les hacen daño. No tomen los bienes de ningún hombre ni codicien injustamente los bienes de su prójimo, sino conténtense con lo que obtengan honradamente, y repartan también sus propios bienes caritativamente, según lo pidan la necesidad y la ocasión. Huyan de toda idolatría, hechicería y perjurio. No cometan ninguna clase de adulterio, fornicación ni otra impureza, ni en la voluntad ni en el acto, con la mujer, la viuda o la doncella de otro hombre, ni de ningún otro modo. Y afanándose así continuamente, durante su vida, en guardar los mandamientos de Dios —en los que consiste la pura, principal y recta honra de Dios, y los que, obrados en fe, Dios ha ordenado que sean la verdadera senda y camino al cielo—, no dejarán, como Cristo ha prometido, de llegar a aquella bienaventurada y eterna vida donde vivirán en gloria y gozo con Dios para siempre. A quien sea la alabanza, la honra y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VI

Un sermón sobre el amor cristiano y la caridad



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

De todas las cosas buenas que pueden enseñarse al pueblo cristiano, no hay ninguna de la que sea más necesario hablar y que más deba inculcarse a diario que la caridad; tanto porque en ella se contiene toda clase de obras de justicia, como porque su decadencia es la ruina (o caída) del mundo, el destierro de la virtud y la causa de todo vicio. Y por cuanto casi todo hombre se forja y se amolda una caridad a su propio apetito, y por muy detestable que sea su vida, tanto para Dios como para los hombres, aun así, se persuade de que tiene caridad, por eso oirán ahora una descripción verdadera y sencilla (o exposición) de la caridad, no según la imaginación de los hombres, sino según las mismas palabras y el ejemplo de nuestro Salvador Jesucristo. En esta descripción (o exposición), cada hombre, como si fuera en un espejo, puede considerarse a sí mismo y ver claramente, sin error, si está en la verdadera caridad o no.

La caridad es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra vida y con todas nuestras potencias y fuerza. Con todo

nuestro corazón, es decir, que la mente y el afán de nuestro corazón se dispongan a creer su Palabra, a confiar en él y a amarlo por encima de todas las demás cosas que más amamos en el cielo o en la tierra. Con toda nuestra vida, es decir, que nuestro principal gozo y deleite estén puestos en él y en su honor, y que toda nuestra vida se entregue a su servicio por encima de todas las cosas, para vivir y morir con él y para dejar todas las demás cosas antes que a él; porque, dice Cristo, «el que ama a su padre o a su madre, a su hijo o a su hija», su casa o su tierra, «más que a mí, no es digno de tenerme».¹ Con todas nuestras potencias, es decir, que con nuestras manos y pies, con nuestros ojos y oídos, nuestras bocas y lenguas, y con todos nuestros miembros y potencias, tanto del cuerpo como del alma, hemos de entregarnos a guardar y cumplir sus mandamientos. Esta es la primera y principal parte de la caridad, pero no es toda ella; porque la caridad es también amar a todo hombre, bueno y malo, amigo y enemigo, y cualquiera que sea el motivo que se dé en contra, no obstante, tener buena voluntad y buen corazón para con todo hombre, y comportarnos bien con ellos, tanto en palabras y semblante como en todos nuestros actos y hechos externos. Porque así lo enseñó Cristo mismo, y así también lo cumplió de hecho. Del amor de Dios enseñó de esta manera a un doctor de la ley que le preguntó cuál era el grande y principal mandamiento de la ley: «Ama a tu Señor Dios», dijo Cristo, «con todo tu corazón, con toda tu vida y con toda tu mente».² Y acerca del amor que debemos tenernos los unos a los otros, nos enseña así: «Habéis oído que se enseñaba en tiempos pasados: Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo; pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, hablad bien de los que os difaman y hablan mal de vosotros, haced bien a los que os odian, orad por los que os molestan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en el cielo. Porque Él

¹ Mateo 10:37; Mateo 16:24-27; Mateo 19:29.

² Mateo 22:37.

hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y envía lluvia a justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si solo habláis bien de los que son vuestros hermanos y amigos muy queridos, ¿qué cosa tan grande es esa? ¿No hacen lo mismo también los paganos?». ³ Estas son las mismas palabras de nuestro Salvador Cristo, tocantes al amor de nuestro prójimo. Y por cuanto los fariseos, con sus tradiciones tan pestilentes y sus falsas interpretaciones y glosas, habían corrompido y casi por completo cegado este puro pozo de la Palabra viva de Dios, enseñando que este amor y esta caridad pertenecían solo a los amigos del hombre, y que le bastaba al hombre amar a los que lo aman y odiar a sus enemigos, por eso Cristo abrió de nuevo este pozo, lo purificó y lo limpió, dando a su piadosa ley de la caridad una interpretación verdadera y clara, que es esta: que debemos amar a todo hombre, tanto al amigo como al enemigo; añadiendo a ello qué provecho tendremos por ello y qué perjuicio por hacer lo contrario. ¿Qué cosa podemos desear tan buena para nosotros como que el eterno Padre celestial nos cuente y nos tome por hijos suyos? Y de esto estaremos seguros, dice Cristo, si amamos a todo hombre sin excepción. Y si hacemos de otro modo, dice él, no somos mejores que los fariseos, los publicanos y los paganos, y tendremos nuestra recompensa con ellos, esto es, ser excluidos del número de los hijos escogidos de Dios y de su herencia eterna en el cielo. Así, de la verdadera caridad enseñó Cristo que todo hombre está obligado a amar a Dios sobre todas las cosas y a amar a todo hombre, amigo y enemigo. Y así también obró él mismo, exhortando a sus adversarios, reprendiendo las faltas de sus adversarios, y, cuando no podía enmendarlos, aun así, oraba por ellos. En primer lugar, amó a Dios su Padre sobre todas las cosas, tanto que no buscó su propia gloria y voluntad, sino la gloria y la voluntad de su Padre. «No busco», dijo, «mi propia voluntad, sino la voluntad

³ Mateo 5:43-47.

del que me envió». ⁴ Ni rehusó morir para satisfacer la voluntad de su Padre, diciendo: «Si es posible, pase de mí esta copa de muerte; si no, hágase tu voluntad y no la mía». ⁵ Amó también no solo a sus amigos, sino también a sus enemigos, quienes en su corazón le tenían un odio grandísimo, y con la lengua hablaban toda suerte de mal de él, y en sus actos y hechos lo perseguían con todo su poder y fuerza, aun hasta la muerte. Sin embargo, a pesar de todo esto, no les retiró su favor, sino que aún los amó, les predicó, por amor reprendió su falsa doctrina y su vida impía, y les hizo el bien, soportando con paciencia todo lo que decían o hacían contra él. Cuando le daban malas palabras, no las devolvía; cuando lo golpeaban, no devolvía el golpe; y cuando padeció la muerte, no los mató ni los amenazó, sino que oró por ellos y lo puso todo en la voluntad de su Padre. Y como oveja que es llevada al matadero para ser degollada, y como cordero que es esquilado de su vellón no hacen ruido ni resistencia, así fue él a su muerte sin repugnancia alguna, ni abrir la boca para decir mal alguno. ⁶

Así les he expuesto lo que es la caridad, tanto por la doctrina como por el ejemplo del mismo Cristo. Por lo cual también cada hombre puede conocerse sin error a sí mismo, en qué estado y condición se halla, si está en caridad —y así es hijo del Padre que está en el cielo— o no. Porque, aunque casi todo hombre se persuade de estar en caridad, que no examine a ningún otro hombre, sino su propio corazón, su vida y su conducta, y no será engañado, sino que discernirá y juzgará con verdad si está en caridad perfecta o no. Porque el que no sigue su propio apetito y voluntad, sino que se entrega de veras a Dios para cumplir toda su voluntad y sus mandamientos, puede estar seguro de que ama a Dios sobre todas las cosas; y de lo contrario, seguramente no lo ama, pretenda lo que pretenda. Como dijo Cristo: «Si

⁴ Juan 5:30.

⁵ Mateo 26:39; Mateo 26:42.

⁶ Isaías 53:7; Hechos 8:32.

me amáis, guardad mis mandamientos», porque «el que conoce mis mandamientos y los guarda, aquel es —dice Cristo— el que me ama». Y otra vez dice: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y ambos vendremos a él y haremos morada con él; y el que no me ama no guardará mis palabras».⁷ Y, asimismo, el que tiene buen corazón y buena mente, y usa bien la lengua y las obras para con todo hombre, amigo y enemigo, puede conocer por ello que tiene caridad. Y entonces está seguro también de que Dios todopoderoso lo tiene por su hijo muy amado, como dice san Juan: «Por esto se conocen manifestamente los hijos de Dios y los hijos del diablo, porque todo aquel que no ama a su hermano no es de Dios».⁸

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Han oído una exposición clara y fructífera de la caridad, y de cuán provechosa y necesaria cosa es la caridad; de cómo la caridad se extiende tanto a Dios como al hombre, al amigo y al enemigo, y ello por la doctrina y el ejemplo de Cristo; y también de quién puede certificarse a sí mismo si está en caridad perfecta o no. Ahora bien, en cuanto al mismo asunto, prosigue.

La naturaleza perversa del hombre, corrompida por el pecado y desprovista de la Palabra y la gracia de Dios, considera contrario a toda razón que un hombre ame a su enemigo, y tiene muchos razonamientos que lo llevan a lo contrario. A todas estas razones debemos oponer tanto la enseñanza como la vida de nuestro Salvador Cristo, quien, amándonos cuando éramos sus enemigos, nos enseña a amar a nuestros enemigos. Él soportó con paciencia por nosotros muchos reproches, sufrió golpes y la más cruel muerte. Por lo tanto, no somos miembros suyos si no lo seguimos. «Cristo», dice san Pedro, «padeció

⁷ Juan 14:15; Juan 14:21; Juan 14:23-24.

⁸ 1 Juan 3:10.

por nosotros, dejándonos un ejemplo para que lo sigamos».⁹ Además, debemos considerar que amar a nuestros amigos no es más que lo que hacen los ladrones, los adúlteros, los homicidas y todas las personas malvadas; hasta tal punto que los judíos, los turcos, los infieles y todas las bestias brutas aman a los que son sus amigos, de quienes reciben su sustento o cualquier otro beneficio; pero amar a los enemigos es la condición propia únicamente de los que son hijos de Dios, los discípulos y seguidores de Cristo. Con todo, la naturaleza díscola y corrupta del hombre sopesa muchas veces con excesiva hondura la ofensa y el disgusto que los enemigos le causan, y considera una carga intolerable estar obligado a amar a los que le odian. Pero la carga sería bastante llevadera si, por otra parte, cada hombre considerara qué disgusto ha causado él, a su vez, a su enemigo, y qué favor ha recibido de su enemigo. Y si no hallamos recompensa igual (o pareja), ni en recibir favores de nuestro enemigo ni en devolverle disgustos, ponderemos entonces los disgustos que hemos causado contra Dios todopoderoso, cuán a menudo y cuán gravemente le hemos ofendido; de lo cual, si queremos alcanzar de Dios el perdón, no hay otro remedio sino perdonar las ofensas que se nos han hecho, que son muy pequeñas en comparación con nuestras ofensas hechas contra Dios. Y si consideramos que el que nos ha ofendido no merece ser perdonado por nosotros, consideremos también que nosotros mucho menos merecemos ser perdonados por Dios. Y aunque nuestro enemigo no merezca ser perdonado por su propia causa, debemos, sin embargo, perdonarlo por amor de Dios, considerando cuán grandes y cuántos beneficios hemos recibido de él sin merecerlo, y que Cristo ha merecido de nosotros que, por su causa, perdonemos a nuestros enemigos las ofensas cometidas contra nosotros. Pero aquí puede surgir una cuestión necesaria de resolver: si la caridad exige pensar, hablar y hacer el bien a todo hombre, tanto bueno como malo, ¿cómo pueden los

⁹ 1 Pedro 2:21.

magistrados administrar justicia a los malhechores (o malvados) con caridad? ¿Cómo pueden encarcelar a los hombres malos, quitarles sus bienes y a veces sus vidas, conforme a las leyes, si la caridad no les permite hacerlo?

He aquí una respuesta clara y breve: que las plagas y los castigos no son malos en sí mismos, si son bien recibidos por los inofensivos; y para el hombre malo son buenos y necesarios, y pueden ejecutarse conforme a la caridad, y con caridad deben ejecutarse.

Para declaración de lo cual, entenderán que la caridad tiene dos oficios, el uno contrario al otro, y, sin embargo, ambos necesarios de ejercerse sobre hombres de índole y disposición contrarias. El un oficio de la caridad es cuidar a los hombres buenos e inofensivos, no oprimirlos con falsas acusaciones, sino alentarlos con recompensas a obrar bien y a perseverar en el bien obrar, defendiéndolos con la espada frente a sus adversarios. Y el oficio de los obispos y pastores es alabar a los hombres buenos por su buen obrar, para que perseveren en él, y reprender y corregir por la Palabra de Dios las ofensas y los crímenes de todas las personas mal dispuestas. El otro oficio de la caridad es reprender, corregir y castigar el vicio sin acepción de personas, y ha de usarse solo contra los que son hombres malos y malhechores (o malvados). Y que tanto es oficio de la caridad reprender, castigar y corregir a los que son malos, como cuidar y recompensar a los que son buenos e inofensivos, lo declara san Pablo (escribiendo a los romanos) al decir que «las potestades superiores están ordenadas por Dios»,¹⁰ no para ser temibles a los que hacen el bien, sino a los malhechores, para empuñar la espada «y tomar venganza del que comete el pecado».¹¹ Y san Pablo manda a Timoteo reprender el pecado con firmeza y ahínco por la Palabra de Dios. De modo que ambos oficios deben ejecutarse con diligencia, para combatir el reino del diablo: el predicador con

¹⁰ Romanos 13:1-4.

¹¹ 1 Timoteo 5:20.

la Palabra y el gobernante con la espada; de lo contrario, no aman ni a Dios ni a aquellos a quienes gobiernan, si, por falta de corrección, permiten de propósito que Dios sea ofendido y que aquellos a quienes gobiernan perezcan.

Porque así como todo padre amoroso corrige a su hijo natural cuando obra mal —o de lo contrario no lo ama—, así todos los gobernantes de reinos, países, ciudades y casas deben corregir con amor a los que son infractores bajo su gobierno, y cuidar a los que viven inocentemente, si tienen algún respeto a Dios y a su cargo, o amor a aquellos a quienes gobiernan. Y tales reprensiones y castigos de los que ofenden deben hacerse a su debido tiempo, no sea que por la demora los infractores caigan de cabeza en toda clase de maldad, y no solo sean malos ellos mismos, sino que también hagan daño a muchos hombres, atrayendo a otros con su mal ejemplo a pecar y a desmandarse tras ellos; así como un solo ladrón puede robar a muchos y también hacer muchos ladrones, y una sola persona sediciosa puede seducir a muchos y perturbar a toda una ciudad o país. Y a tales personas malvadas, que son tan grandes ofensoras de Dios y de la república, la caridad exige que sean cortadas del cuerpo de la república, para que no corrompan a otras personas buenas y honradas; como un buen cirujano corta un miembro podrido y supurado por el amor que tiene a todo el cuerpo, para que no infecte a los otros miembros contiguos a él. Así se les declara lo que es la verdadera caridad o amor cristiano, tan claramente que nadie tiene por qué engañarse. Este amor —quienquiera que lo guarde, no solo para con Dios, a quien está obligado a amar sobre todas las cosas, sino también para con su prójimo, tanto amigo como enemigo— ciertamente lo guardará de toda ofensa a Dios y de todo justo agravio de los hombres. Por tanto, retengan bien esta breve lección: que por la verdadera caridad cristiana ha de amarse a Dios, y a los buenos y a los malos, a los amigos y a los enemigos; y a todos ellos debemos, en la medida en que podamos, hacerles bien: a los que son buenos, por amor, alentarlos y cuidarlos, porque son buenos;

y a los que son malos, por amor, procurar y buscar su corrección y debido castigo, para que por ello, o bien sean llevados a la bondad, o al menos Dios y la república sean menos dañados y ofendidos. Y si así dirigimos nuestra vida por el amor y la caridad cristianos, entonces Cristo nos promete y asegura que nos ama, que somos hijos de nuestro Padre celestial, reconciliados con su favor, verdaderos miembros de Cristo, y que, tras este breve tiempo de esta vida presente y mortal, tendremos con él la vida eterna en su eterno reino del cielo. Por tanto, a él, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, ahora y siempre. Amén.

HOMILÍA VII

Contra el jurar en vano y el perjurio



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

Dios todopoderoso, con el fin de que su santísimo nombre se tenga en honra y el pueblo lo engrandezca siempre, ordena que ningún hombre tome en vano su nombre en la boca, y amenaza con castigo a quien irreverentemente abusa de él jurando, perjurando y blasfemando. Por tanto, para que este mandamiento se conozca y se guarde mejor, se les declarará cómo es lícito que los cristianos juren, y también qué peligro y riesgo hay en jurar en vano o en ser perjuro.

En primer lugar, cuando los jueces requieren juramentos del pueblo para la declaración (o revelación) de la verdad o para la ejecución de la justicia, esta manera de jurar es lícita. También cuando los hombres hacen promesas fieles, invocando como testigo el nombre de Dios, para guardar pactos, promesas honestas, estatutos, leyes y buenas costumbres —como hacen los príncipes cristianos en sus tratados de paz para el mantenimiento de las repúblicas—, y cuando los particulares prometen su fidelidad en el matrimonio, o el uno al otro en honesta y verdadera amistad; y todos los hombres cuando juran guardar las leyes comunes o los estatutos locales y las buenas

costumbres, para que el debido orden se tenga y se conserve entre los hombres; cuando los súbditos juran ser veraces y fieles a su rey y señor soberano, y cuando los jueces, magistrados y funcionarios juran ejecutar con verdad sus cargos; y cuando un hombre quiere afirmar la verdad para el establecimiento de la gloria de Dios, para la salvación del pueblo, en la predicación abierta del evangelio, o al dar buen consejo en privado para la salud de sus almas: todas estas maneras de jurar, por causas necesarias y honestas, son lícitas. Pero cuando los hombres juran por costumbre, al razonar, al comprar y vender, o en otro trato cotidiano, como lo son muchos, juradores habituales y grandes juradores, tal clase de jurar es impía, ilícita y prohibida por el mandamiento de Dios; porque tal jurar no es otra cosa que tomar en vano el santo nombre de Dios.

Y aquí ha de notarse que el jurar lícito no está prohibido, sino ordenado, por Dios todopoderoso. Porque tenemos ejemplos de Cristo y de hombres piadosos en la Sagrada Escritura que juraron ellos mismos y asimismo requirieron juramentos de otros. Y el mandamiento de Dios es: «Temerás a tu Señor Dios, y por su nombre jurarás».¹ Y Dios todopoderoso, por medio de su profeta David, dice: «Será alabado todo el que por él jura».² Así juró nuestro Salvador Cristo varias veces, diciendo: «De cierto, de cierto».³ Y san Pablo jura así: «Invoco a Dios por testigo».⁴ Y Abraham, haciéndose viejo, exigió a su siervo un juramento de que procuraría una esposa para su hijo Isaac, que viniera de su propia parentela; y el siervo juró que cumpliría la voluntad de su amo.⁵ También Abraham, siéndole requerido, juró a Abimelec, rey de Gerar, que no le haría daño a él ni a su descendencia, y del mismo

¹ Deuteronomio 6:13.

² Salmos 63:11.

³ Juan 3:3; Juan 3:11.

⁴ 2 Corintios 1:23.

⁵ Génesis 24:1-9.

modo Abimelec juró a Abraham.⁶ Y David juró ser y continuar siendo un amigo fiel de Jonatán, y Jonatán juró llegar a ser un amigo fiel de David.⁷ Asimismo, Dios ordenó una vez que, si se daba algo en prenda a un hombre o se le dejaba para que lo guardara, si esa misma cosa se robaba o se perdía, el que la guardaba fuese juramentado ante los jueces de que no la había sustraído ni había usado engaño alguno haciendo que se la llevaran con su consentimiento o conocimiento.⁸ Y san Pablo dice que, en todo asunto de controversia entre dos personas, en que uno dice sí y el otro no, de modo que no pueda tenerse la debida prueba de la verdad, el fin de toda controversia semejante ha de ser un juramento administrado por un juez.⁹ Y, además, Dios, por medio del profeta Jeremías, dice: «Jurarás: Vive el Señor, en verdad, en juicio y en justicia».¹⁰ De modo que todo el que jura cuando un juez se lo requiere, esté seguro en su conciencia de que su juramento tenga estas tres condiciones, y nunca tendrá que temer el perjurio. Primera: el que jura debe jurar con verdad, esto es, debe, dejando aparte todo favor y afecto a las partes, tener solo la verdad ante sus ojos y, por amor a ella, decir y hablar lo que sabe que es verdad, y nada más. La segunda es que el que presta un juramento debe hacerlo con juicio, no temeraria ni imprudentemente, sino con sobriedad, considerando lo que es un juramento. La tercera es que el que jura debe jurar en justicia, esto es, por el mismo celo y amor que tiene a la defensa de la inocencia, al mantenimiento de la verdad y a la justicia del asunto o de la causa, dejando aparte todo provecho, todo perjuicio, todo amor y favor a la persona por amistad o parentesco. Así, un juramento, si tiene consigo estas tres condiciones, es parte de la gloria de Dios que estamos obligados por su mandamiento a darle; porque él quiere

⁶ Génesis 21:22-31.

⁷ 1 Samuel 18:3; 1 Samuel 20:12-17; 1 Samuel 20:42.

⁸ Éxodo 22:7-11.

⁹ Hebreos 6:16.

¹⁰ Jeremías 4:2.

que juremos solo por su nombre. No porque tenga placer en nuestros juramentos, sino que, así como ordenó a los judíos que le ofrecieran sacrificios, no por deleite alguno que tuviera en ellos, sino para apartar a los judíos de cometer idolatría, así también, al ordenarnos jurar por su santo nombre, no nos enseña que se deleite en el jurar, sino que con ello prohíbe a todos los hombres dar su gloria a criatura alguna en el cielo, la tierra o el agua.¹¹

Hasta aquí ven que los juramentos lícitos son ordenados por Dios, usados por los patriarcas y los profetas, por Cristo mismo y por su apóstol Pablo. Por tanto, el pueblo cristiano debe tener los juramentos lícitos por piadosos y necesarios. Porque, mediante promesas y pactos lícitos, confirmados con juramentos, los príncipes y sus países quedan confirmados en la tranquilidad y la paz comunes. Por santas promesas, invocando como testigo el nombre de Dios, somos hechos miembros vivos de Cristo cuando profesamos su religión al recibir el sacramento del bautismo. Por semejante santa promesa, el sacramento del matrimonio une al hombre y a la mujer en amor perpetuo, de modo que no desean separarse por ningún disgusto o adversidad que después sobrevenga. Por los juramentos lícitos que juran los reyes, príncipes, jueces y magistrados, las leyes comunes se mantienen inviolables, la justicia se administra con imparcialidad, y las personas inofensivas, los huérfanos de padre, las viudas y los pobres son defendidos de asesinos, opresores y ladrones, para que no padezcan agravio ni reciban daño alguno. Por los juramentos lícitos, la sociedad mutua, la amistad y el buen orden se mantienen de continuo en todas las comunidades, como distritos, ciudades, villas y aldeas. Y por los juramentos lícitos los malhechores son descubiertos, los que obran mal son castigados, y los que padecen agravio son restituidos a su derecho. Por tanto, el jurar lícito no puede ser malo, pues nos aporta tantos provechos piadosos, buenos y necesarios.

¹¹ Isaías 42:8; Salmos 150:6.

Por lo cual, cuando Cristo prohibió tan seriamente el jurar, no ha de entenderse como si prohibiera toda clase de juramentos, sino que prohíbe todo jurar vano y todo perjurio, tanto por Dios como por sus criaturas, como el uso común de jurar en la compra, la venta y en nuestro trato cotidiano; con el fin de que la palabra de todo hombre cristiano sea tan bien considerada en tales asuntos como si confirmara su plática con un juramento. Porque «la palabra de todo hombre cristiano —dice san Jerónimo— debe ser tan verdadera que se la tenga por un juramento».¹² Y Crisóstomo, atestiguando lo mismo, dice: «No es oportuno jurar; porque ¿qué necesidad tenemos de jurar, cuando no es lícito que uno de nosotros mienta a otro?».¹³ Quizá alguno dirá: «Estoy obligado a jurar, pues de otro modo los hombres que tratan conmigo o que compren y venden conmigo no me creerán». A esto responde san Crisóstomo que quien así habla se muestra persona injusta y engañosa; porque, si fuera hombre digno de confianza y sus obras se tuvieran por concordes con sus palabras, no necesitaría jurar en absoluto.¹⁴ Porque el que usa verdad y llaneza en su negociar y trato no tendrá necesidad, por tal jurar vano, de ganarse crédito ante sus vecinos, ni sus vecinos desconfiarán de sus dichos. Y si su crédito está de veras tan perdido que piensa que nadie le creerá si no jura, entonces bien puede pensar que su crédito se ha ido del todo. Porque verdad es, como escribe Teofilacto, que «nadie es menos digno de confianza que el que acostumbra jurar mucho».¹⁵ Y Dios todopoderoso, por medio del sabio, dice: «El hombre que jura mucho se llenará de pecado, y el azote de Dios no se apartará de su casa».¹⁶ Pero aquí algunos hombres dirán, para excusar sus muchos juramentos en

¹² Jerónimo, *Comentario al Evangelio de Mateo*, sobre 5:34-37.

¹³ Cromacio de Aquileya, *Comentario al Evangelio de Mateo*, 9.11. La homilía lo cita como Crisóstomo por una antigua confusión entre ambos nombres.

¹⁴ Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Carta a los Efesios*, 2. Véanse también sus *Homilías sobre las estatuas*, 7, y *Homilías sobre los Hechos de los Apóstoles*, 9.

¹⁵ Teofilacto de Ojrida, *Comentario al Evangelio de Mateo*, sobre 5:37.

¹⁶ Eclesiástico 23:11.

su hablar cotidiano: «¿Por qué no he de jurar, si juro con verdad?». A tales hombres se les puede decir que, aunque juren con verdad, sin embargo, al jurar a menudo, imprudentemente, por nimiedades, sin necesidad y cuando no deberían jurar, no están sin culpa, sino que toman en vano el santísimo nombre de Dios. Mucho más impíos e insensatos son los hombres que abusan del santísimo nombre de Dios, no solo comprando y vendiendo diariamente pequeñas cosas en todos los lugares, sino también comiendo, bebiendo, jugando, en su trato y razonamientos; como si ninguna de estas cosas pudiera hacerse sin que, al hacerlas, el santísimo nombre de Dios sea comúnmente usado y abusado, vana e irreverentemente nombrado, y por él se jure y se perjure, para quebrantamiento del mandamiento de Dios y provocación de su indignación.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Se les ha enseñado en la primera parte de este sermón contra el jurar y el perjurio cuán gran peligro es usar en vano el nombre de Dios, y que no toda clase de jurar es ilícita ni contraria al mandamiento de Dios, y que hay tres cosas que se requieren en un juramento lícito: primera, que se haga para el mantenimiento de la verdad; segunda, que se haga con juicio, no temeraria ni imprudentemente; tercera, por el celo y el amor de la justicia. Oyeron también qué provechos vienen de los juramentos lícitos y qué peligro viene de los juramentos temerarios e ilícitos. Ahora, en cuanto al resto del mismo asunto, entenderán que tan en vano usan el nombre de Dios los que por un juramento hacen promesas lícitas de cosas buenas y honestas y no las cumplen, como los que prometen cosas malas e ilícitas y las cumplen.

De tales hombres que no respetan sus promesas piadosas ligadas por un juramento, sino que a sabiendas y de propósito las quebrantan, leemos en la Sagrada Escritura dos castigos notables. En primer lugar, Josué y el pueblo de Israel hicieron una alianza y promesa fiel de

amistad perpetua con los gabaonitas; no obstante, más tarde, en los días del malvado Saúl, muchos de estos gabaonitas fueron asesinados, en contra de la dicha promesa fiel hecha.¹⁷ Por lo cual Dios todopoderoso se disgustó tanto que envió un hambre general sobre todo el país, que se prolongó por espacio de tres años; y Dios no quiso retirar su castigo hasta que la dicha ofensa fue vengada con la muerte de siete hijos o parientes cercanos del rey Saúl. Asimismo, habiendo Sedequías, rey de Jerusalén, prometido fidelidad al rey de Caldea, después, cuando Sedequías, en contra de su juramento y lealtad, se rebeló contra el rey Nabucodonosor, este rey pagano, por permisión y consentimiento de Dios, invadiendo la tierra de Judea y sitiando la ciudad de Jerusalén, obligó al dicho rey Sedequías a huir y, al huir, lo tomó prisionero, mató a sus hijos delante de su rostro y le sacó ambos ojos, y, atándolo con cadenas, lo llevó prisionero miserablemente a Babilonia.¹⁸ Así muestra Dios claramente cuánto aborrece a los que quebrantan las promesas honestas ligadas por un juramento hecho en su nombre.

Y de los que hacen promesas perversas por un juramento y las cumplen, tenemos ejemplo en la Escritura, principalmente de Herodes, de los judíos perversos y de Jefté. Herodes prometió con juramento a la joven que danzaba ante él darle todo lo que pidiera, cuando su malvada madre la había instruido de antemano para que pidiese la cabeza de san Juan Bautista. Herodes, así como hizo un juramento perverso, así lo cumplió más perversamente aún, y mató cruelmente al santísimo profeta.¹⁹ Del mismo modo, los judíos maliciosos hicieron un juramento, maldiciéndose a sí mismos si comían o bebían hasta haber dado muerte a san Pablo.²⁰ Y Jefté, cuando Dios le había dado la victoria sobre los hijos de Amón, prometió, por una

¹⁷ Josué 9:3-15; 2 Samuel 21:1-14.

¹⁸ 2 Reyes 24:17 y 25:7.

¹⁹ Mateo 14:6-11.

²⁰ Hechos 23:12.

devoción insensata, ofrecer a Dios en sacrificio a aquella persona de su propia casa que primero saliera a su encuentro tras su regreso al hogar. Por la fuerza de este necio e imprudente juramento, mató a su propia y única hija, que salió de su casa con regocijo y alegría para darle la bienvenida.²¹ Así, la promesa que hizo muy neciamente a Dios, contra la voluntad eterna de Dios y la ley de la naturaleza, la cumplió muy cruelmente, cometiendo así contra Dios doble ofensa. Por tanto, todo el que haga alguna promesa obligándose a ella por un juramento, provea que la cosa que promete sea buena, honesta y no contraria al mandamiento de Dios, y que esté en su propio poder cumplirla justamente; y tales buenas promesas todos los hombres deben guardarlas siempre con toda seguridad. Pero si un hombre en algún momento, ya por ignorancia, ya por malicia, promete y jura hacer algo que sea o contrario a la ley de Dios todopoderoso o que no esté en su poder cumplir, téngalo por un juramento ilícito e impío.

Ahora, algo hemos de decir del perjurio. Con el fin de que sepan cuán grande y grave ofensa contra Dios es este perjurio voluntario, les mostraré lo que es prestar un juramento ante un juez sobre el libro. En primer lugar, cuando quienes prestan el juramento, poniendo las manos sobre el libro de los Evangelios, juran verdaderamente inquirir y hacer una presentación verdadera de las cosas de que se les encarga, y no dejar de decir la verdad y obrar con verdad por favor, amor, temor o malicia de persona alguna, así como Dios y el santo contenido de aquel libro puedan ayudarles: deben considerar que en aquel libro está contenida la verdad eterna de Dios, su santísima y eterna Palabra, por la que tenemos el perdón de nuestros pecados y somos hechos herederos del cielo, para vivir por siempre con los ángeles de Dios y sus santos en gozo y alegría. En el libro de los Evangelios están contenidas también las terribles amenazas de Dios contra los pecadores obstinados que no quieren enmendar sus vidas ni creer la verdad de Dios,

²¹ Jueces 11:30-39.

su santa Palabra, y la pena eterna preparada en el infierno para los idólatras, los hipócritas, los que juran en falso y en vano, los perjuros, los que dan falso testimonio, los que falsamente condenan a hombres inocentes y sin culpa, y los que por favor ocultan los crímenes de los malhechores para que no se les castigue. De modo que todo el que voluntariamente se perjura sobre el santo evangelio de Cristo, abandona por completo la misericordia, la bondad y la verdad de Dios, los méritos de la natividad, la vida, la pasión, la muerte, la resurrección y la ascensión de nuestro Salvador Cristo; rechaza el perdón de los pecados prometido a todos los pecadores penitentes, los gozos del cielo, la compañía de los ángeles y los santos para siempre; todos estos beneficios y consuelos se prometen a los verdaderos cristianos en el evangelio. Y así, perjurados sobre el evangelio, se entregan al servicio del diablo, el maestro de toda mentira, falsedad, engaño y perjurio, provocando contra sí la gran indignación y maldición de Dios en esta vida, y la terrible ira y el juicio de nuestro Salvador Cristo en el gran día del juicio final, cuando juzgará justamente a los vivos y a los muertos según sus obras. Porque todo el que abandona la verdad por amor o desagrado de algún hombre, o por lucro y provecho propio, abandona a Cristo y con Judas lo traiciona. Y, aunque la falsedad de tales hombres perjuros se mantenga ahora en secreto, sin embargo, se manifestará en el último día, cuando los secretos de los corazones de todos los hombres queden patentes a todo el mundo; y entonces la verdad aparecerá y los acusará, y su propia conciencia, con toda la bienaventurada compañía del cielo, testificará verdaderamente contra ellos; y Cristo, el justo juez, los condenará entonces justamente a vergüenza y muerte eternas.

Este pecado de perjurio, Dios todopoderoso, por medio del profeta Malaquías, amenaza con castigarlo severamente, diciendo a los judíos: «Vendré a vosotros en juicio, y seré testigo presuroso» y juez

severo «contra los hechiceros, los adúlteros y los perjueros».²² Lo cual Dios declara al profeta Zacarías en una visión, en la que el profeta vio un libro que volaba, que tenía veinte codos de largo y diez codos de ancho, diciéndole entonces Dios: «Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de la tierra por la falsedad, el jurar en falso y el perjurio; y esta maldición entrará en la casa del hombre falso y en la casa del hombre perjuero, y permanecerá en medio de su casa y lo consumirá a él, con la madera y las piedras de su casa».²³ Así ven cuánto odia Dios el perjurio y qué castigo ha preparado Dios para los que juran en falso y para los perjueros.

Así han oído cómo y en qué causas es lícito a un hombre cristiano jurar; han oído qué propiedades y condiciones debe tener un juramento lícito, y también cómo tales juramentos lícitos son piadosos y necesarios de observar; han oído que no es lícito jurar en vano, esto es, de otra manera que en tales causas y según el modo que se ha declarado; y, finalmente, han oído cuán condenable cosa es perjurarnos o mantener un juramento ilícito e imprudente. Por lo cual, pidamos con insistencia la gracia de que, dejando aparte todo jurar vano y todo perjurio, usemos únicamente los juramentos que sean lícitos y piadosos, y de que los guardemos verdaderamente, sin fraude alguno, conforme a la voluntad y el beneplácito de Dios. A quien, con el Hijo y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria. Amén.

²² Malaquías 3:5.

²³ Zacarías 5:1-4.

HOMILÍA VIII

Un sermón sobre cuán peligrosa cosa es apartarse de Dios



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

De nuestro apartarnos de Dios dice el sabio que la soberbia fue el primer comienzo, pues por ella el corazón del hombre se apartó de Dios, su Creador. «Porque la soberbia —dice él— es la fuente de todo pecado; el que la tiene estará lleno de maldiciones, y al final ella lo derribará».¹ Y así como por la soberbia y el pecado nos apartamos de Dios, así se apartarán de nosotros Dios y toda bondad con él. Y el profeta Oseas afirma claramente que quienes de continuo se apartan de Dios con una vida viciosa, y, con todo, pretenden aplacar por otros medios mediante sacrificios y así ganarse su favor, trabajan en vano; porque, a pesar de todos sus sacrificios, él sigue apartándose de ellos. Por cuanto —dice el profeta— «no aplican su mente a volverse a Dios; aunque anden con rebaños enteros y manadas buscando al Señor, no lo hallarán, porque se ha apartado de ellos».²

¹ Eclesiástico 10:12-13.

² Oseas 5:4; Oseas 5:6.

Pero, en cuanto a nuestro volvernos a Dios o apartarnos de él, entenderán que puede hacerse de diversas maneras. A veces directamente por la idolatría, como hicieron entonces Israel y Judá.³ A veces los hombres se apartan de Dios por falta de fe y por desconfiar de Dios, de lo cual habla Isaías de esta manera: «Ay de los que descienden a Egipto en busca de ayuda, confiando en los caballos y poniendo su confianza en el número de carros y en la potencia (o poder) de los jinetes; no tienen confianza en el santo Dios de Israel, ni buscan al Señor». Pero ¿qué sigue? «El Señor dejará caer la mano sobre ellos, y caerán tanto el que ayuda como el que es ayudado; todos juntos serán destruidos».⁴

A veces los hombres se apartan de Dios por descuidar sus mandamientos respecto al prójimo, que les ordenan mostrar amor sincero hacia todo hombre, como dijo Zacarías al pueblo de parte de Dios: «Juzgad juicio verdadero, mostrad misericordia y compasión cada cual con su hermano; no traméis engaño contra las viudas ni contra los huérfanos de padre y madre, ni contra el extranjero o el pobre; que nadie forje maldad en su corazón contra su hermano. Pero de estas cosas no hicieron caso; volvieron las espaldas y siguieron su camino, taparon sus oídos para no oír, endurecieron su corazón como piedra de diamante para no escuchar la ley ni las palabras que el Señor había enviado por su Espíritu Santo mediante sus antiguos profetas. Por lo cual el Señor mostró su gran indignación contra ellos. Sucedió —dijo el profeta— tal como yo les había dicho: como no quisieron oír, así, cuando clamaron, no fueron oídos, sino que fueron dispersados por todos los reinos que nunca conocieron, y su tierra quedó desolada».⁵

Y, para resumir, todos los que no soportan la Palabra de Dios, sino que, siguiendo las persuasiones y la obstinación de su propio corazón,

³ Oseas 4:12; Oseas 5:5.

⁴ Isaías 31:1; Isaías 31:3.

⁵ Zacarías 7:9-14.

«van hacia atrás y no hacia adelante» (como se dice en Jeremías), esos se apartan y se alejan de Dios.⁶

Hasta tal punto que Orígenes dice: «Aquel que con la mente, con el estudio, con las obras, con el pensamiento y con el cuidado se aplica y se entrega a la Palabra de Dios, y medita en sus leyes de día y de noche, se entrega por entero a Dios, y se ejercita en sus mandamientos y preceptos: este es el que se ha vuelto a Dios».⁷

Y, por otra parte, dice: «Cualquiera que se ocupa de fábulas y cuentos cuando se recita la Palabra de Dios, se aparta de Dios. Cualquiera que, al tiempo de leer la Palabra de Dios, está afanado en su mente por los negocios mundanos, por el dinero o por el lucro, se aparta de Dios. Cualquiera que se enreda en los afanes de las posesiones, lleno de codicia de riquezas, y cualquiera que se afana por la gloria y el honor de este mundo, se aparta de Dios».⁸ De modo que, según su parecer, quien no pone especial atención en aquello que Dios manda o enseña, quien no lo escucha, ni lo abraza e imprime en su corazón, a fin de conformar debidamente su vida a ello, está claramente apartado de Dios, aunque haga otras cosas por su propia devoción y parecer, que a él le parecen mejores y de mayor honra para Dios.

Lo cual, para probar que es verdad, se nos enseña y amonesta en la Sagrada Escritura con el ejemplo del rey Saúl, a quien Dios, por medio de Samuel, mandó que matara a todos los amalecitas y los destruyera por completo con sus bienes y pertenencias; y, sin embargo, él, movido en parte por la piedad y en parte (según pensaba) por devoción a Dios, salvó a Agag, su rey, y a todo lo principal de su ganado, para hacer con ello sacrificio a Dios. Por lo cual Dios, sumamente disgustado, dijo al profeta Samuel: «Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl, porque me ha abandonado y no ha seguido mis palabras»; y así mandó a Samuel que se lo declarara. Y cuando Samuel le preguntó

⁶ Jeremías 7:24.

⁷ Orígenes, *Homilías sobre el Éxodo*, 12.2.

⁸ *Ibíd.*

por qué, contra la Palabra de Dios, había salvado el ganado, se excusó en parte por miedo, diciendo que no se había atrevido a hacer otra cosa porque el pueblo así lo quería; y en parte, por ser buenas reses, pensó que Dios quedaría satisfecho, viendo que se hacía con buena intención y devoción, para honrar a Dios con el sacrificio de ellas. Pero Samuel, reprobando todos esos intentos y devociones (por mucho que parezcan redundar en honra de Dios) si no concuerdan con su Palabra, por la que podemos estar seguros de su agrado, habló de esta manera: «¿Querrá Dios sacrificios y ofrendas, o más bien que se obedezca su Palabra? Obedecerle es mejor que las ofrendas, y escucharle es mejor que ofrecer el sebo de los carneros. Más aún, rebelarse contra su voz es tan malo como el pecado de la adivinación, y no acceder a ella es como la abominable idolatría. Y ahora, por cuanto has desechado la Palabra del Señor, él te ha desechado a ti, para que no seas rey».⁹

Por todos estos ejemplos de la Sagrada Escritura podemos saber que, así como nosotros abandonamos a Dios, así él nos abandonará siempre. Y qué estado tan miserable se sigue de ello consecuente y necesariamente, fácilmente puede advertirlo el hombre por las terribles amenazas de Dios. Y, aunque no llegue a ponderar toda esa miseria hasta el fondo —siendo tan grande que sobrepasa la capacidad de cualquier hombre para considerarla suficientemente en esta vida—, con todo, pronto percibirá tanto de ella que, si su corazón no es más que pétreo o más duro que el diamante, temerá, temblará y se estremecerá al traerla a su memoria.

En primer lugar, el desagrado de Dios hacia nosotros se representa comúnmente en la Escritura por estas dos cosas: al mostrar sobre nosotros su rostro temible, y al volver su rostro o esconderlo de nosotros. Al mostrar su rostro terrible se significa su gran ira; pero al volver su rostro u ocultarlo se significa muchas veces algo más, es decir, que nos abandona del todo y nos entrega por completo. Estos significados

⁹ 1 Samuel 15:1-24.

se toman de las propiedades del comportamiento de los hombres. Porque los hombres, hacia aquellos a quienes favorecen, comúnmente muestran un rostro bueno, alegre y amoroso; de modo que por la cara o el semblante de un hombre suele advertirse la voluntad o disposición que tiene hacia los demás. Así, cuando Dios muestra hacia nosotros su rostro terrible —es decir, envía sobre nosotros terribles plagas de espada, hambre o peste—, se advierte que está muy airado con nosotros. Pero cuando nos retira su Palabra, la recta doctrina de Cristo, su bondadosa asistencia y ayuda, que siempre está unida a su Palabra, y nos deja a nuestro propio ingenio, a nuestra propia voluntad y fuerza, declara entonces que comienza a abandonarnos. Porque, así como Dios ha mostrado a todos los que verdaderamente creen su evangelio su rostro de misericordia en Jesucristo —que de tal modo ilumina sus corazones que, si lo contemplan como deben, los transforma a su imagen, los hace partícipes de la luz celestial y de su Espíritu Santo, y los conforma a él en toda la bondad que se requiere de los hijos de Dios—, así también, si después descuidan lo mismo, si le son ingratos, si no ordenan su vida conforme a su ejemplo y doctrina y a la exaltación de su gloria, él les quitará su reino, su santa Palabra, por la que había de reinar en ellos, porque no dan el fruto que él espera.

Sin embargo, es tan misericordioso y de tan larga paciencia que no descarga sobre nosotros esa gran ira de repente. Pero cuando comenzamos a rehuir su Palabra, sin creerla ni expresarla en nuestra vida, primero envía a sus mensajeros, los verdaderos predicadores de su Palabra, para amonestarnos y advertirnos de nuestro deber: que así como él, por su parte, por el gran amor que nos tuvo, entregó a su propio Hijo para que sufriera la muerte, a fin de que nosotros, por su muerte, fuéramos librados de la muerte y restaurados a la vida eterna, para morar siempre con él y ser partícipes y herederos con él de su gloria eterna y del reino de los cielos, así también nosotros, por nuestra parte, debemos andar en una vida piadosa, como corres-

ponde hacer a sus hijos. Y si esto no sirve, sino que seguimos siendo desobedientes a su Palabra y a su voluntad —sin conocerle, sin amarle, sin temerle, sin poner en él toda nuestra fe y confianza; y, por otro lado, comportándonos con nuestro prójimo de manera poco caritativa, con desdén, envidia o malicia, o cometiendo homicidio, robo, adulterio, gula, engaño, mentira, juramentos u otras obras detestables semejantes y conducta impía—, entonces nos amenaza con terribles conminaciones, jurando con gran ira que «cualquiera que haga estas obras nunca entrará en su reposo», que es el reino de los cielos.¹⁰

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

En la primera parte de este sermón han aprendido de cuántas maneras se apartan los hombres de Dios: unos por idolatría, otros por falta de fe, otros por descuidar al prójimo, otros por no escuchar la Palabra de Dios, otros por el placer que hallan en las vanidades de las cosas mundanas. También han aprendido en qué miseria se encuentra el hombre que se ha apartado de Dios, y cómo Dios, con todo, por su infinita bondad, para volver a llamar al hombre de esa su miseria, se sirve primero de suaves amonestaciones por medio de sus predicadores, y después descarga terribles amenazas.

Ahora bien, si esta suave amonestación y la amenaza juntas no sirven, entonces Dios mostrará sobre nosotros su terrible rostro, derramará plagas intolerables sobre nuestras cabezas, y después nos quitará toda su ayuda y asistencia, con la que antes nos defendía de toda suerte de calamidad.

Como nos enseña el profeta evangélico Isaías, en concordancia con la parábola de Cristo, diciendo que Dios había hecho una hermosa viña para sus amados hijos: la cercó con un seto, la amuralló alrededor, la plantó de vides escogidas e hizo una torre en medio de ella, y

¹⁰ Hebreos 4:1-13; Gálatas 5:21; Salmos 95:11.

también en ella un lagar; y cuando esperaba que le diese buenas uvas, dio uvas silvestres. Y después sigue: «Ahora os mostraré —dice Dios— lo que haré con mi viña: arrancaré los setos para que perezca; derribaré los muros para que sea pisoteada; la dejaré yerma; no será podada ni cavada, sino que las zarzas y los espinos crecerán sobre ella, y mandaré a las nubes que no lluevan más sobre ella».¹¹

Con estas amenazas se nos amonesta y advierte que si nosotros, que somos la viña elegida de Dios, no damos buenas uvas —es decir, buenas obras que sean deleitables y agradables a sus ojos cuando él las busque, cuando envíe a sus mensajeros a reclamárnoslas—, sino que damos más bien uvas silvestres —es decir, obras agrias, desabridas, insípidas e infructuosas—, entonces arrancará toda defensa y hará caer sobre nosotros graves plagas de hambre y guerra, carestía y muerte; y, por último, si aun esto no sirve, nos dejará yermos, nos abandonará, se apartará de nosotros, no cavará ni ahondará más en torno a nosotros, nos dejará solos y nos permitirá dar el fruto que queramos: dar zarzas, abrojos y espinos, toda maldad y todo vicio, y eso tan abundantemente que del todo nos cubrirán, ahogarán, estrangularán y destruirán por completo.

Pero los que en este mundo no viven según Dios, sino según su propia libertad carnal, no perciben esta gran ira de Dios hacia ellos —que ya no cavará ni ahondará más en torno a ellos, que los deja abandonados a sí mismos—, sino que lo toman por un gran beneficio de Dios: tenerlo todo a su propio arbitrio; y así viven como si la libertad carnal fuera la verdadera libertad del evangelio. Pero no permita Dios, buena gente, que jamás deseemos semejante libertad. Porque, aunque Dios consienta a veces que los malvados tengan su placer en este mundo, con todo, el fin de la vida impía es, a la postre, la destrucción sin fin. Los israelitas murmuradores tuvieron lo que anhelaban: tuvieron codornices en abundancia, sí, hasta hastiarse de

¹¹ Isaías 5:1-6; Mateo 21:33-41.

ellas.¹² Pero ¿cuál fue el fin de ello? Su dulce manjar tuvo agria salsa: «mientras la comida estaba aún en su boca»,¹³ la plaga de Dios cayó sobre ellos, y de repente murieron. Así, si vivimos impiamente y Dios nos permite seguir nuestra propia voluntad, tener nuestros propios deleites y placeres, y no nos corrige con alguna plaga, no hay duda de que está casi del todo disgustado con nosotros.

Y, aunque tarde mucho en golpear, muchas veces, cuando golpea a tales personas, las golpea de una vez y para siempre. De modo que, cuando no nos golpea, cuando deja de afligirnos, de castigarnos o de azotarnos, y nos deja correr de cabeza hacia toda impiedad y hacia los placeres de este mundo en que nos deleitamos, sin castigo ni adversidad, es señal terrible de que ya no nos ama, de que ya no se cuida de nosotros, sino que nos ha entregado a nosotros mismos. Mientras un hombre poda sus vides, cava junto a las raíces y les echa tierra fresca, las atiende, porque percibe algún indicio de fecundidad que aún puede recobrase en ellas; pero cuando ya no quiere gastar en ellas tal esfuerzo y trabajo, es señal de que piensa que nunca serán buenas. Y el padre, mientras ama a su hijo, lo mira con enojo y lo corrige cuando hace algo malo; pero cuando eso no sirve, y a partir de entonces cesa de corregirlo y le permite hacer lo que le plazca, es señal de que se propone desheredarlo y desecharlo para siempre.

Así, en verdad, nada debería traspasar tan hondamente nuestro corazón ni ponernos en tan horrible temor como cuando sabemos en nuestra conciencia que hemos ofendido gravemente a Dios y así continuamos, y que, sin embargo, él no nos golpea, sino que tranquilamente nos consiente en la maldad en que nos deleitamos. Entonces, especialmente, es tiempo de clamar y de clamar de nuevo, como hizo David: «No me echés de tu rostro, y no quites de mí tu santo Espíritu».¹⁴ «Señor, no apartes de mí tu rostro; no deseches con enojo

¹² Números 11:4-6; Números 11:31-33.

¹³ Cf. Salmos 78:30-31.

¹⁴ Salmos 51:11.

a tu siervo». ¹⁵ «No escondas de mí tu rostro, no sea yo semejante a los que descienden al infierno». ¹⁶ Estas lamentables oraciones tuyas, así como nos certifican en qué horrible peligro están aquellos de quienes Dios aparta su rostro —por ese tiempo y mientras así lo hace—, así también deberían movernos y estimularnos a clamar a Dios con todo nuestro corazón, para que no seamos llevados a ese estado, que sin duda es tan doloroso, tan miserable y tan espantoso que ninguna lengua puede expresarlo suficientemente ni ningún corazón puede concebirlo. Porque ¿qué mortal aflicción puede imaginar un hombre que sea estar bajo la ira de Dios, ser abandonado por él, verse arrebatado su Espíritu Santo —el autor de toda bondad—, y ser llevado a condición tan vil que quede apto para ningún fin mejor que ser condenado para siempre al infierno? Porque no solo estos lugares de David muestran que, al apartar Dios su rostro de cualesquiera personas, estas quedarán desnudas de toda bondad y lejos de la esperanza de remedio, sino que también el lugar de Isaías recién referido significa lo mismo, pues muestra que Dios, a la postre, abandona de tal modo su viña infructuosa que no solo permitirá que produzca malezas, abrojos y espinos, sino que, para castigar aún más su infructuosidad, dice que no la podará, no la cavará y «mandará a las nubes que no lluevan sobre ella»; con lo cual se significa la enseñanza de su santa Palabra (que san Pablo de manera semejante expresa por el plantar y el regar), ¹⁷ queriendo decir que se la quitará. De modo que ya no serán de su reino, ya no serán gobernados por su Espíritu Santo, serán apartados de la gracia y los beneficios que tenían y siempre habrían podido gozar por medio de Cristo; serán privados de la luz y la vida celestiales que tenían en Cristo mientras permanecían en él; serán (como lo fueron una vez) como hombres «sin Dios en este mundo», ¹⁸ o más bien en

¹⁵ Salmos 27:9.

¹⁶ Salmos 143:7.

¹⁷ 1 Corintios 3:6-8.

¹⁸ Efesios 2:12.

peor condición; y, para abreviar, serán entregados al poder del diablo, que ejerce el dominio en todos los que son desechados de Dios, como lo hizo en Saúl y en Judas,¹⁹ y en general en todos los que obran según su propia voluntad, «los hijos de la desconfianza y la incredulidad».²⁰

Por lo tanto, tengamos cuidado, buen pueblo cristiano, no sea que, al rechazar (o desechar) la Palabra de Dios —por la que obtenemos y retenemos la verdadera fe en Dios—, seamos a la postre desechados tan lejos que vengamos a ser como hijos de la incredulidad. Estos son de dos clases, muy diversas, más aún, casi del todo contrarias, y, con todo, ambas muy lejos de volver a Dios. Los de una clase, que solo sopesan su vida pecaminosa y detestable con el recto juicio y la rectitud de la justicia de Dios, quedan tan sin consejo y tan sin consuelo (como forzosamente han de quedar todos aquellos de quienes se ha ido «el Espíritu de consejo»²¹ y de consuelo) que no se persuaden en su corazón sino de que, o bien Dios no puede, o bien no querrá volver a tomarlos en su favor y misericordia. Los otros, al oír las amorosas y amplias promesas de la misericordia de Dios, y al no concebir de ellas una fe recta, hacen esas promesas más amplias de lo que Dios jamás las hizo, confiando en que, aunque continúen en su vida pecaminosa y detestable cuanto quiera que sea, con todo, al final de su vida Dios les mostrará su misericordia, y que entonces se volverán. Y ambas clases de hombres están en estado condenable; y, sin embargo, Dios, que «no quiere la muerte del impío»,²² ha mostrado medios por los que unos y otros, si atienden a tiempo, pueden escapar.

Los primeros, así como temen la recta justicia de Dios al castigar a los pecadores (por lo cual quedarían consternados y en verdad desesperarían en cuanto a toda esperanza que pudiera haber en ellos mismos), así también, si creyeran constante (o firmemente) que la

¹⁹ 1 Samuel 15:23-35; 1 Samuel 16:14; Lucas 22:3; Juan 13:2; Juan 13:27.

²⁰ Efesios 2:2; Colosenses 3:6.

²¹ Cf. Isaías 11:2.

²² Ezequiel 18:23; Ezequiel 18:32; Ezequiel 33:11.

misericordia de Dios es el remedio dispuesto contra tal desesperación y desconfianza —no solo para ellos, sino en general para todos los que están apesadumbrados y verdaderamente arrepentidos y con ello se aferran a la misericordia de Dios—, pueden estar seguros de que alcanzarán misericordia y entrarán en el puerto o refugio de salvaguarda; y quienquiera que a él llegue, por muy malvado que antes haya sido, quedará fuera del peligro de la condenación eterna. Como dice Dios por Ezequiel: «Cada vez que el pecador se vuelva y tome arrepentimiento sincero y verdadero, olvidaré toda su maldad».²³

Los otros, así como están prontos para creer las promesas de Dios, así también deberían estar prontos para creer las amenazas de Dios. Tanto deben creer la ley como el evangelio; tanto que hay un infierno y fuego eterno como que hay un cielo y gozo eterno. Tanto deben creer que se amenaza con la condenación a los malvados y malhechores como que se promete la salvación a los fieles de palabra y de obra. Tanto deben creer que Dios es veraz en lo uno como en lo otro. Y los pecadores que continúan en su mala vida deben pensar que las promesas de la misericordia de Dios y del evangelio no les pertenecen mientras están en ese estado, sino solo la ley y aquellas Escrituras que contienen la ira y la indignación de Dios y sus amenazas; lo cual debería certificarles que, así como ellos con excesivo atrevimiento presumen de la misericordia de Dios y viven disolutamente, así Dios les retira cada vez más su misericordia; y de tal modo es provocado con ello a ira, a la postre, que destruye a tales presuntuosos muchas veces de repente. Porque de los tales dijo así san Pablo: «Cuando digan: “Hay paz, no hay peligro”, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina».²⁴ Guardémonos, pues, de tan perverso atrevimiento a pecar. Porque Dios, que ha prometido su misericordia a los que se arrepienten de verdad, aunque sea al fin de sus días, no ha prometido

²³ Ezequiel 33:12; Ezequiel 33:14-16; Ezequiel 33:19.

²⁴ 1 Tesalonicenses 5:3.

al pecador presuntuoso ni que tendrá larga vida ni que tendrá verdadero arrepentimiento en su postrer momento. Antes bien, con ese propósito ha hecho incierta la muerte de cada hombre, para que no ponga su esperanza en el fin y, entretanto, para gran disgusto de Dios, viva impiamente.

Por lo cual sigamos todos el consejo del sabio: «No tardemos en volvernos al Señor», «no lo dejemos de día en día, porque de repente vendrá su ira, y en tiempo de venganza destruirá» a los impíos.²⁵ Volvámonos, pues, a tiempo; y cuando nos volvamos, oremos a Dios como enseña Oseas, diciendo: «Perdona todos nuestros pecados, recíbenos benignamente».²⁶

Y si nos volvemos a él con un corazón humilde y muy penitente, nos recibirá en su favor y gracia por amor de su santo nombre, por amor de su promesa, por amor de su verdad y misericordia, prometida a todos los fieles creyentes en Jesucristo, su único Hijo natural. A él, único Salvador del mundo, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor, gloria y poder, por los siglos de los siglos. Amén.

²⁵ Eclesiástico 5:7.

²⁶ Oseas 14:2.

HOMILÍA IX

Una exhortación contra el miedo a la muerte



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

No es de extrañar que los hombres mundanos teman morir. Porque la muerte les priva de todos los honores, riquezas y posesiones mundanas, en cuya fruición el hombre mundano se considera feliz mientras pueda disfrutar de ellos a su antojo; y, de lo contrario, si es desposeído de los mismos sin esperanza de recuperación, entonces no puede pensar de sí sino que es infeliz, porque ha perdido su alegría y placer mundanos. Ay, piensa este hombre carnal, ¿habré de partir ahora para siempre de todos mis honores, de todos mis tesoros, de mi país, de mis amigos, de mis riquezas, de mis posesiones y de los placeres mundanos, que son mi alegría y el deleite de mi corazón? ¡Ay, que haya de llegar el día en que deba despedirme de todo esto de una vez, para no volver a disfrutar de nada de ello después! Por eso, no sin gran motivo dice el sabio: «Oh muerte, cuán amargo y agrio es tu recuerdo para el hombre que vive en paz y prosperidad en sus bienes, para el hombre que vive con holgura, que lleva su vida a su

propio arbitrio sin contratiempos, y que además está bien regalado y alimentado».¹

Hay otros hombres a los que este mundo no sonríe tanto, sino que más bien los veja y oprime con la pobreza, la enfermedad o alguna otra adversidad; y, sin embargo, temen la muerte, en parte porque la carne aborrece naturalmente su propia y dolorosa disolución, con la que la muerte los amenaza, y en parte a causa de las enfermedades y dolencias penosas, que son los más fuertes tormentos y agonías o batallas en la carne, y suelen sobrevenir a los enfermos antes de la muerte, o al menos la acompañan, cuandoquiera que llega.

Aunque estas dos causas parezcan grandes y de peso para un hombre mundano, por lo que se siente movido a temer la muerte, sin embargo, hay otra causa mucho mayor que cualquiera de las antes mencionadas, por la que en verdad tiene justo motivo para temer la muerte; y es el estado y la condición a que, al fin y al cabo, la muerte lleva a todos los que tienen el corazón fijo o clavado en este mundo, sin arrepentimiento ni enmienda. Este estado y condición se llama «la muerte segunda»,² que a todos los tales sobrevendrá después de esta muerte corporal. Y esta es la muerte que en verdad debe ser objeto de pavor y de temor, porque es la pérdida eterna, sin remedio, de la gracia y el favor de Dios, y de la alegría, el placer y la felicidad eternos.

Y no solo es la pérdida para siempre de todos estos placeres eternos, sino también la condenación del cuerpo y del alma, sin apelación ni esperanza de redención, a penas eternas en el infierno.

A este estado envió la muerte al despiadado e impío hombre rico del que habla Lucas en su evangelio, quien, viviendo en todo bienestar y placer en este mundo, y regalándose cada día con manjares delicados y espléndidas vestiduras, despreció al pobre Lázaro, que yacía lastimosamente a su puerta, miserablemente plagado y lleno de llagas,

¹ Eclesiástico 41:1.

² Apocalipsis 21:8.

y también gravemente consumido por el hambre. Ambos fueron apresados por la muerte, que envió a Lázaro, el pobre y miserable hombre, en seguida, por medio de los ángeles, al seno de Abraham, lugar de descanso, placer y consuelo. Pero el despiadado hombre rico descendió al infierno, y, estando en tormentos, clamó por consuelo, quejándose de la intolerable pena que sufría en aquella llama de fuego; pero era demasiado tarde.³ Así, a este lugar envía la muerte corporal a todos los que en este mundo tienen su alegría y felicidad, a todos los que en este mundo son infieles a Dios y poco caritativos con su prójimo, muriendo así sin arrepentimiento ni esperanza en la misericordia de Dios.

Por lo cual no es de extrañar que el hombre mundano tema la muerte, pues tiene mucho más motivo para ello de lo que él mismo considera.

Así vemos tres causas por las que los hombres mundanos temen la muerte. Una, porque con ella perderán sus honores mundanos, riquezas, posesiones y todos los deseos de su corazón; otra, a causa de las dolorosas enfermedades y los amargos tormentos que comúnmente padecen los hombres, ya sea antes o en el momento de la muerte; pero la causa principal, por encima de todas las demás, es el temor al miserable estado de condenación eterna, tanto del cuerpo como del alma, que temen que les seguirá después de salir de los placeres mundanos de esta vida presente. Por estas causas, todos los hombres mortales que están entregados al amor de este mundo se hallan en temor y en estado de muerte por el pecado, como dice el santo apóstol, mientras vivan aquí en este mundo.⁴

Pero —gracias eternas sean dadas a Dios todopoderoso para siempre— no hay ninguna de estas causas, ni tampoco todas ellas juntas, que pueda hacer que un verdadero hombre cristiano tenga miedo

³ Lucas 16:19-31.

⁴ Hebreos 2:15.

de morir, siendo él mismo verdadero miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo,⁵ hijo de Dios y verdadero heredero del reino eterno de los cielos; sino que, por el contrario, concibe grandes y numerosas causas, fundadas sin duda en la verdad infalible (o indefectible) y eterna de la Palabra de Dios, que le mueven no solo a rechazar el temor a la muerte corporal, sino también, por los múltiples beneficios y singulares ventajas que de ella se derivan para toda persona fiel, a desearla, anhelarla y suspirar por ella de corazón. Porque la muerte no será para él muerte alguna, sino una verdadera liberación de la muerte, de todos los dolores, cuidados y penas, miserias y desdichas de este mundo, y la entrada misma en el descanso, y un comienzo de la alegría eterna, un gusto de los placeres celestiales, tan grandes que ni la lengua es capaz de expresarlos, ni el ojo de verlos,⁶ ni el oído de oírlos, ni tampoco el corazón de ningún hombre terrenal de concebirlos. Tan sumamente grandes son los beneficios que Dios, nuestro Padre celestial, por su pura misericordia y por el amor de su Hijo Jesucristo, ha atesorado y preparado para los que humildemente se someten a la voluntad de Dios y siempre lo aman sin fingimiento desde el fondo de su corazón.

Y debemos creer que la muerte, muerta por Cristo, no puede mantener bajo su tiranía y sujeción eternas a ningún hombre que confíe firmemente en Cristo, sino que este resucitará de la muerte a la gloria en el último día, señalado por Dios todopoderoso, así como Cristo, nuestra cabeza, resucitó, conforme a la disposición de Dios, al tercer día. Porque san Agustín dice: «Yendo la cabeza delante, los miembros confían en seguirla y venir después».⁷ Y san Pablo dice: «Si Cristo ha resucitado de entre los muertos, también nosotros resucitaremos de entre ellos».⁸ Y para consuelo de todos los cristianos en

⁵ 1 Corintios 3:16; 1 Corintios 6:19.

⁶ 1 Corintios 2:9.

⁷ Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos*, 65.1.

⁸ 1 Corintios 15:20-23.

esto, la Sagrada Escritura llama a esta muerte corporal un sueño, en el que los sentidos del hombre le son, por así decirlo, arrebatados por un tiempo, y, sin embargo, cuando despierta, está más fresco que cuando se acostó.⁹ Así, aunque tengamos nuestras almas separadas de nuestros cuerpos por un tiempo, en la resurrección general y el nuevo levantarnos seremos más frescos, hermosos y perfectos que ahora. Porque ahora somos mortales, entonces seremos inmortales; ahora infectados de diversas enfermedades, entonces enteramente libres de todas las enfermedades mortales; ahora estamos sujetos a todos los deseos carnales, entonces seremos del todo espirituales, no deseando nada sino la gloria de Dios y las cosas eternas.

Así, esta muerte corporal es una puerta de entrada a la vida y, por lo tanto, no es tan temible, si rectamente se considera, cuanto consoladora; no es un mal, sino un remedio de todo mal; no un enemigo, sino un amigo; no un tirano cruel, sino un guía apacible, que no nos lleva a la mortalidad, sino a la inmortalidad, no a la tristeza y al dolor, sino a la alegría y al placer, y ello para siempre, si se toma y recibe con gratitud como mensajero de Dios, y la soportamos con paciencia por el amor de Cristo, que sufrió la muerte más dolorosa por amor a nosotros, para redimirnos de la muerte eterna. Conforme a esto dice san Pablo: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; pero cuando nuestra vida se manifieste, entonces también nosotros nos manifestaremos con él en gloria».¹⁰

¿Por qué, pues, hemos de temer la muerte, considerando las múltiples y consoladoras promesas del evangelio y de las Sagradas Escrituras? «Dios el Padre nos ha dado vida eterna —dice san Juan—, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que no tiene al Hijo no tiene la vida». Y: «Esto os escribí —dice san Juan— a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis

⁹ Juan 11:11; Juan 11:13; Hechos 7:60; 1 Tesalonicenses 4:13-18.

¹⁰ Colosenses 3:3-4.

que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios». ¹¹ Y nuestro Salvador Cristo dice: «El que cree en mí tiene vida eterna, y yo lo resucitaré de la muerte a la vida en el día postrero». ¹² San Pablo también dice que «Cristo ha sido constituido y hecho por Dios nuestra justicia, nuestra santidad y redención, a fin de que el que se gloríe, se gloríe en el Señor». ¹³ San Pablo tuvo en poco y despreció «todas las demás cosas, teniéndolas por estiércol, cosas que antes había tenido en muy gran precio, para ser hallado en Cristo», ¹⁴ y tener vida eterna, verdadera santidad, justicia y redención. Finalmente, san Pablo hace un argumento claro de esta manera: «Si nuestro Padre celestial no eximió a su propio Hijo natural, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo puede ser que con él no nos dé todas las cosas?». ¹⁵ Por lo tanto, si tenemos a Cristo, entonces tenemos con él y por él todas las cosas buenas que podamos desear o anhelar en nuestro corazón, como la victoria sobre la muerte, el pecado y el infierno; tenemos el favor de Dios, la paz con él, la santidad, la sabiduría, la justicia, el poder, la vida y la redención; tenemos por él salud eterna, bienestar, alegría y bienaventuranza eterna.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Ya se les ha mostrado antes que hay tres causas por las que los hombres suelen temer la muerte. La primera, la dolorosa partida de los bienes y placeres mundanos; la segunda, el temor a los tormentos y dolores que vienen con la muerte; la última y principal causa es el horrible temor a la miseria extrema y a la condenación perpetua en el tiempo venidero. Y, sin embargo, ninguna de estas tres causas perturba a los

¹¹ 1 Juan 5:11-13.

¹² Juan 6:40; Juan 6:47.

¹³ 1 Corintios 1:30-31.

¹⁴ Filipenses 3:7-11.

¹⁵ Romanos 8:32.

hombres de bien, porque se afirman por la verdadera fe, la perfecta caridad y la segura esperanza del gozo sin fin y la bienaventuranza eterna.

Por lo tanto, todos los que están unidos a Cristo con verdadera fe, esperanza firme y perfecta caridad tienen gran motivo para estar llenos de gozo, y para no temer la muerte ni la condenación eterna. Porque la muerte no puede privarlos de Jesucristo, ni ningún pecado puede condenar a los que están injertados con seguridad en él, que es su única alegría, tesoro y vida.¹⁶ Arrepintámonos de nuestros pecados, enmendemos nuestras vidas, confiemos en su misericordia y satisfacción, y la muerte no podrá apartarlo de nosotros ni a nosotros de él. Porque entonces, como dice san Pablo: «Ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos». Y de nuevo dice: «Cristo murió y resucitó para ser Señor así de los muertos como de los que viven».¹⁷ Entonces, si somos del Señor cuando estamos muertos, forzoso es que se siga que tal muerte temporal no solo no puede dañarnos, sino que además será de mucho provecho para nosotros y nos unirá a Dios más perfectamente. Y de ello puede el corazón cristiano quedar ciertamente certificado por la verdad infalible (o indefectible) de la Sagrada Escritura. «Es Dios —dice san Pablo— quien nos ha preparado para la inmortalidad, y él mismo es quien nos ha dado las arras del Espíritu. Por lo tanto, estemos siempre de buen ánimo, porque sabemos que, mientras estemos en el cuerpo, estamos como lejos de Dios», en un país extraño, sujetos a muchos peligros, «caminando sin» la perfecta «visión» y conocimiento de Dios todopoderoso, viéndolo solo por la fe en las Sagradas Escrituras; «pero tenemos ánimo y deseamos más bien estar en casa con Dios y con nuestro Salvador Cristo, lejos del cuerpo»,¹⁸ donde «podamos contemplar su divinidad tal como es,

¹⁶ Romanos 8:1.

¹⁷ Romanos 14:8-9.

¹⁸ 2 Corintios 5:5-8.

cara a cara», para nuestro consuelo eterno.¹⁹ Estas son, en efecto, las palabras de san Pablo, por las que podemos percibir que la vida en este mundo se asemeja y compara a una peregrinación en un país extraño, lejos de Dios, y que la muerte, al librarnos de nuestros cuerpos, nos envía derecho a casa, a nuestro propio país, y nos hace morar inmediatamente con Dios para siempre, en descanso y quietud eternos. De modo que morir no es pérdida, sino provecho y ganancia, para todo verdadero cristiano.

¿Qué perdió el ladrón que fue colgado en la cruz con Cristo, por su muerte corporal? ¡Más aún, cuánto ganó con ella! ¿No le dijo nuestro Salvador: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»?²⁰ Y a Lázaro, aquel lastimoso hombre que yacía ante la puerta del hombre rico, dolorido por las llagas y consumido por el hambre, ¿no le aprovechó y promovió grandemente la muerte, que por el ministerio de los ángeles lo envió al seno de Abraham, lugar de descanso, alegría y consuelo celestial?²¹ No pensemos otra cosa, buen pueblo cristiano, sino que Cristo ha preparado y dispuesto de antemano el mismo gozo y felicidad para nosotros que preparó para Lázaro y el ladrón. Por lo cual, adhirámonos a su salvación y a su bondadosa redención, creamos su Palabra, sirvámosle de corazón, amémoslo y obedezcámoslo; y de todo lo que hayamos hecho hasta ahora contra su santísima voluntad, arrepintámonos a tiempo, y procuremos en adelante corregir nuestra vida; y no duden de que lo hallaremos tan misericordioso con nosotros como lo fue con Lázaro o con el ladrón, cuyos ejemplos están escritos en la Sagrada Escritura para consuelo de los que son pecadores y están sujetos a penas, miserias y calamidades en este mundo, para que no desesperen de la misericordia de Dios, sino que confíen siempre por ello en tener el perdón de sus pecados y la vida eterna, como los tuvieron Lázaro y el ladrón.

¹⁹ 1 Juan 3:2; 1 Corintios 13:12.

²⁰ Lucas 23:43.

²¹ Lucas 16:20-22.

Por lo tanto, confío en que todo cristiano perciba, por la Palabra infalible (o indefectible) de Dios, que la muerte corporal no puede dañar ni estorbar a los que verdaderamente creen en Cristo, sino que, por el contrario, aprovechará y promoverá a las almas cristianas, que, verdaderamente arrepentidas de sus ofensas, parten de aquí en perfecta caridad y con la segura confianza de que Dios es misericordioso con ellas, perdonándoles sus pecados por los méritos de Jesucristo, su único Hijo natural.

La segunda causa por la que algunos temen la muerte es la enfermedad grave y los dolores agudos, que en parte vienen antes de la muerte y en parte la acompañan (o vienen con ella), cuandoquiera que llega. Este temor es el temor de la carne frágil, y una pasión natural que pertenece a la naturaleza de un hombre mortal. Pero la verdadera fe en las promesas de Dios, y la consideración de las penas y los tormentos que Cristo sufrió en la cruz por nosotros, míseros pecadores, junto con la consideración del gozo y la vida eterna que han de venir en el cielo, mitigarán y aliviarán esos dolores, y moderarán (o reducirán a su justa medida) este temor, de modo que nunca podrá derribar el deseo y la alegría de corazón que tiene el alma cristiana de ser separada de este cuerpo corrupto, para llegar a la bondadosa presencia de nuestro Salvador Jesucristo. Si creemos firmemente la Palabra de Dios, percibiremos que tales enfermedades corporales, los dolores de la muerte o cualesquiera dolores penosos que suframos, ya sea antes o con la muerte, no son otra cosa, en los cristianos, que la vara de nuestro Padre celestial y amoroso, con la que misericordiosamente nos corrige, ya sea para probar y declarar la fe de sus pacientes hijos, a fin de que sean hallados loables, gloriosos y honorables a sus ojos cuando Jesucristo sea mostrado abiertamente como juez de todo el mundo, o bien para castigar y enmendar en ellos todo lo que ofende su paternal y benévola bondad, para que no perezcan eternamente. Y esta su vara correctora es común a todos los hombres que son verdaderamente suyos.

Por lo tanto, «despojémonos de la carga de pecado que pesa demasiado» sobre nuestros cuellos, y volvamos a Dios por medio del verdadero arrepentimiento y la enmienda de nuestras vidas. «Corramos con paciencia esta carrera que nos está señalada», sufriendo por causa de aquel que murió por nuestra salvación todas las penas y dolores de la muerte, y la muerte misma con alegría, cuando Dios nos la envíe, «teniendo nuestros ojos fijos» y firmemente puestos siempre «en la cabeza y capitán de nuestra fe, Jesucristo; quien, considerando el gozo al que había de llegar», no se cuidó ni de la vergüenza ni del dolor de la muerte, sino que, conformando y ajustando voluntariamente su voluntad a la voluntad del Padre, «sufrió con suma paciencia la» más vergonzosa y dolorosa «muerte de la cruz», siendo inocente e inofensivo;²² y por eso ahora está exaltado en el cielo y eternamente «se sienta a la diestra del trono de Dios» Padre.²³ Recordemos, pues, la vida y los gozos del cielo que están reservados para todos los que pacientemente sufren aquí con Cristo, y «consideremos que Cristo sufrió» toda su dolorosa pasión «por pecadores» y para pecadores, y que con paciencia y más fácilmente soportaremos tales penas y dolores cuando vengan. «No tengamos en poco el castigo del Señor», ni le guardemos rencor, «ni nos apartemos de él cuando por él seamos corregidos; porque el Señor ama a los que corrige, y azota a todo aquel a quien toma por hijo. ¿Qué hijo es aquel —dice san Pablo— a quien el padre» ama y «no castiga? Si estáis sin la corrección de Dios, que tienen todos sus amados y verdaderos hijos, entonces no sois sino bastardos», en poco tenidos por Dios, «y no sus verdaderos hijos. Por lo tanto, viendo que, cuando tenemos en la tierra a nuestros padres carnales por correctores, les tememos y con reverencia aceptamos su corrección, ¿no estaremos mucho más sujetos a Dios, nuestro Padre espiritual, por quien tendremos la vida eterna? Y nuestros padres carnales a veces

²² Hebreos 12:1-2.

²³ Filipenses 2:9.

nos corrigen como les place», sin causa, «pero este Padre» nos corrige justamente, ya sea por nuestro pecado, a fin de que nos enmendemos, o «para nuestro provecho y bienestar, para hacernos así partícipes de su santidad. Además, toda corrección» que Dios nos envía «en este tiempo presente parece no tener gozo» ni consuelo, «sino pena» y dolor; mas trae consigo un gusto de la misericordia y bondad de Dios hacia los que así son corregidos, y una segura esperanza de la eterna consolación de Dios en el cielo.

Si, pues, estos dolores, enfermedades y dolencias, y también la muerte misma, no son otra cosa que la vara de nuestro Padre celestial, por la que nos certifica su amor y su bondadoso favor, por la que nos prueba y purifica, por la que nos da la santidad y nos certifica que somos sus hijos, y él nuestro Padre misericordioso, ¿no habremos entonces, con toda humildad, como hijos obedientes y amorosos,²⁴ de besar con alegría la vara de nuestro Padre celestial, y decir siempre en nuestro corazón, con nuestro Salvador Jesucristo: «Padre, si esta» angustia y dolor que siento, y la muerte que veo acercarse, «no pueden pasar», sino que es tu voluntad que los padezca, «hágase tu voluntad»?²⁵

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

En este sermón contra el miedo a la muerte se declararon dos causas que comúnmente mueven a los hombres mundanos a tener mucho miedo de morir; y, sin embargo, esas mismas causas en nada perturban a los fieles y de buena vida cuando llega la muerte, sino que más bien les dan ocasión de regocijarse grandemente, considerando que serán librados de la pena y la miseria de este mundo, y llevados al gran gozo y felicidad de la vida venidera.

²⁴ 1 Pedro 1:14.

²⁵ Mateo 26:42.

Ahora bien, la tercera y especial causa por la que la muerte en verdad ha de ser temida es el estado miserable de las personas mundanas e impías después de su muerte. Pero esta no es en modo alguno causa por la que las personas piadosas y fieles deban temer la muerte, sino que, al contrario, su piadosa conducta en esta vida y su fe en Cristo, que se aferra continuamente a sus méritos, deben hacer que anhelan ardientemente aquella vida que sin duda les queda reservada después de esta muerte corporal. De este estado inmortal, tras esta vida transitoria, donde viviremos para siempre en la presencia de Dios, en gozo y descanso, después de la victoria sobre toda enfermedad, penas, pecado y muerte, hay muchos pasajes claros de la Sagrada Escritura que confirman la conciencia débil contra el temor de todos esos dolores, enfermedades, pecado y muerte corporal, para calmar tan tembloroso e impío temor, y para alentarnos con el consuelo y la esperanza de un estado bendito después de esta vida. San Pablo desea a los efesios «que Dios, el Padre de gloria, les dé el espíritu de sabiduría y de revelación, para que los ojos de sus corazones tengan luz para conocerlo», y para percibir cuán grandes cosas son aquellas a que los ha llamado, y cuán rica herencia ha preparado, después de esta vida, para los que le pertenecen.²⁶ Y el mismo san Pablo declara el deseo de su corazón, que era ser desatado y desprendido de su cuerpo y estar con Cristo, lo cual, según dijo, era «mucho mejor para él, aunque para ellos era más necesario que él viviese», cosa que no rehusó por causa de ellos.²⁷ Así como dijo san Martín: «Buen Señor, si soy necesario para tu pueblo, para hacerle bien, no rehusaré trabajo alguno; pero, de otro modo, por mí mismo, te ruego que tomes mi alma».²⁸

Ahora bien, los santos padres de la antigua ley, y todos los hombres fieles y justos que partieron antes de la ascensión de nuestro Salvador Cristo al cielo, por medio de la muerte se apartaron de las

²⁶ Efesios 1:17-18.

²⁷ Filipenses 1:23-26.

²⁸ Citado por Sulpicio Severo en su carta a Bassula, sobre la muerte de san Martín.

tribulaciones al descanso, de las manos de sus enemigos a las manos de Dios, de las penas y enfermedades al gozoso refrigerio, al seno de Abraham, lugar de todo consuelo y consolación, como claramente lo atestiguan las Escrituras con palabras manifiestas. El libro de la Sabiduría dice «que las almas de los hombres justos están en la mano de Dios, y ningún tormento los tocará. A los ojos de los insensatos parecían morir, y su muerte se tenía por miserable, y su salida de este mundo por desdichada; pero ellos están en reposo».²⁹ Y en otro lugar dice «que los justos vivirán para siempre, y su recompensa está con el Señor, y sus mentes están con Dios, que está por encima de todo; por lo tanto, recibirán un reino glorioso y una hermosa corona de la mano del Señor».³⁰ Y en otro lugar el mismo libro dice: «El justo, aunque le sobrevenga una muerte repentina, con todo, estará allí donde hallará refrigerio».³¹ Sobre el seno de Abraham son tan claras las palabras de Cristo que un cristiano no necesita más prueba de ello.³²

Ahora bien, si este era el estado de los santos padres y de los hombres justos antes de la venida de nuestro Salvador, y antes de que él fuese glorificado, ¿cuánto más debemos tener todos nosotros una fe firme y una esperanza segura de este bendito estado y condición después de nuestra muerte, viendo que nuestro Salvador ha realizado ya toda la obra de nuestra redención y ha ascendido gloriosamente al cielo, para preparar nuestras moradas con él, y dijo a su Padre: «Padre, quiero que donde yo estoy, mis siervos estén conmigo»?³³ Y sabemos que todo cuanto Cristo quiere, su Padre lo quiere igualmente; por lo cual no puede ser sino que, si somos sus fieles siervos, nuestras almas estarán con él después de nuestra partida de esta vida presente.

²⁹ Sabiduría 3:1-3.

³⁰ Sabiduría 5:13-16.

³¹ Sabiduría 4:7 (según la Vulgata).

³² Lucas 16:22-25.

³³ Juan 17:24; cf. Juan 14:2; 12:26.

San Esteban, cuando fue apedreado hasta la muerte, aun en medio de sus tormentos, ¿en qué tenía puesta su mente sobre todo? «Cuando estaba lleno del Espíritu Santo —dice la Sagrada Escritura—, alzados los ojos al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios». Habiendo confesado esta verdad con valentía ante los enemigos de Cristo, «lo sacaron de la ciudad y allí lo apedrearon; y él clamó a Dios, diciendo: Señor Jesucristo, recibe mi espíritu». ³⁴ ¿Y no dice claramente nuestro Salvador en el Evangelio de san Juan: «De cierto, de cierto os digo que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no entra en juicio, sino que pasará de la muerte a la vida»? ³⁵ ¿No pensaremos, entonces, que es preciosa aquella muerte por la que pasamos a la vida? Por lo tanto, es dicho verdadero del profeta: «La muerte de los hombres santos y justos es preciosa a los ojos del Señor». ³⁶ El santo Simeón, después de haber alcanzado el deseo de su corazón al ver a nuestro Salvador, a quien anheló toda su vida, «lo abrazó (o tomó) en sus brazos y dijo: Ahora, Señor, déjame partir en paz, porque mis ojos han visto a ese Salvador que tú has preparado para todas las naciones». ³⁷ Es verdad, por tanto, que la muerte de los justos se llama paz, y beneficio del Señor, como dice la Iglesia en nombre de los justos que han partido de este mundo: «Vuelve, oh alma mía, a tu reposo, porque el Señor te ha hecho bien y te ha recompensado». ³⁸ Y vemos por la Sagrada Escritura, y por otras antiguas historias de mártires, que los santos, fieles y justos, desde la ascensión (o subida) de Cristo, en su muerte no dudaron de que iban a Cristo en espíritu, que es nuestra vida, salud, bienestar y salvación.

Juan, en su santo Apocalipsis, vio a ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes e inocentes, de quienes dijo: «Estos siguen al Cordero»,

³⁴ Hechos 7:55-59.

³⁵ Juan 5:24 (según la Vulgata); el tiempo futuro sigue esa versión.

³⁶ Salmos 116:15.

³⁷ Lucas 2:28-31.

³⁸ Salmos 116:7 (según la Vulgata).

Jesucristo, «por dondequiera que vaya».³⁹ Y poco después, en el mismo lugar, dice: «Oí una voz del cielo que me decía: Escribe: felices y benditos son los muertos que mueren en el Señor; desde ahora, ciertamente, dice el Espíritu, descansarán de sus dolores y trabajos, porque sus obras con ellos siguen».⁴⁰

De modo que entonces cosecharán con alegría y consuelo lo que sembraron con trabajos y dolores. «Los que siembran en el Espíritu, del Espíritu segarán vida eterna. No nos cansemos, pues, nunca de hacer bien, porque cuando el tiempo» de la cosecha o de la recompensa «llegue, cosecharemos sin cansancio alguno» gozo eterno. «Por lo tanto, mientras tengamos tiempo —nos exhorta san Pablo—, hagamos bien a todos los hombres»;⁴¹ y no acumulemos «nuestros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los corrompen»;⁴² este orín, como dice Santiago, «dará testimonio contra nosotros» en el gran día, nos condenará, «y como» ardentísimo «fuego atormentará nuestra carne».⁴³ Por lo tanto, tengamos cuidado, por cuanto velamos por nuestro propio bienestar, de no hallarnos en el número de aquellos hombres miserables, codiciosos y desdichados a quienes Santiago manda llorar y lamentar por su ávida acumulación y su impía retención de bienes.⁴⁴ Seamos sabios a tiempo, y aprendamos a seguir el sabio ejemplo del malvado mayordomo.⁴⁵ Ordenemos tan sabiamente nuestros bienes y posesiones, encomendados aquí a nosotros por Dios por un tiempo, que podamos verdaderamente escuchar y obedecer este mandamiento de nuestro Salvador Cristo: «Os digo —dice él— que os hagáis amigos por medio del inicuo mammon,

³⁹ Apocalipsis 14:1-5.

⁴⁰ Apocalipsis 14:13.

⁴¹ Gálatas 6:8-10.

⁴² Mateo 6:19.

⁴³ Santiago 5:3.

⁴⁴ Santiago 5:1-4.

⁴⁵ Lucas 16:1-9.

para que ellos os reciban en las moradas eternas (o tabernáculos)». ⁴⁶ A las riquezas las llama inicuas porque el mundo abusa de ellas para toda maldad; ellas, por lo demás, son el buen don de Dios y los instrumentos por los que los siervos de Dios le sirven verdaderamente usando de ellas.

Les mandó no hacerse amigos ricos, ni alcanzar altas dignidades y ascensos mundanos, ni dar grandes regalos a los hombres ricos que no tienen necesidad de ellos, sino hacerse amigos de los hombres pobres y miserables, a quienes, todo cuanto den, Cristo lo toma como dado a sí mismo. Y a estos amigos Cristo, en el evangelio, da tan gran honor y preeminencia que dice que ellos recibirán en las casas eternas a los que les hagan el bien; no que los hombres hayan de ser nuestros galardonadores por nuestras buenas obras, sino que Cristo nos recompensará y tomará como hecho a sí mismo todo lo que se haga a tales amigos. Así, haciendo de los pobres desdichados nuestros amigos, hacemos de nuestro Salvador Cristo nuestro amigo, de quien ellos son miembros; y cuya miseria, así como la toma por su propia miseria, así también su alivio, socorro y ayuda los toma por su propio socorro, alivio y ayuda; y tanto nos agradecerá y recompensará por la bondad que les mostremos como si él mismo hubiese recibido semejante beneficio de nuestras manos, según lo atestigua en el evangelio, diciendo: «Todo lo que habéis hecho a cualquiera de estas personas sencillas que creen en mí, eso mismo me lo habéis hecho a mí». ⁴⁷ Por lo tanto, proveamos diligentemente que nuestra fe y esperanza, que hemos concebido en Dios todopoderoso y en nuestro Salvador Cristo, no se debiliten, ni se enfríe el amor que pretendemos tenerle; sino que procuremos diaria y diligentemente mostrarnos verdaderos honradores y amadores de Dios, guardando sus mandamientos, haciendo buenas obras a nuestro prójimo necesitado, aliviando por todos los medios que podamos

⁴⁶ Lucas 16:9.

⁴⁷ Mateo 25:40; Mateo 10:42; Mateo 18:6.

su pobreza con nuestra abundancia y provisión, su ignorancia con nuestra sabiduría y saber, y confortando su debilidad con nuestra fuerza y autoridad, llamando a todos los hombres a dejar de hacer el mal con piadoso consejo y buen ejemplo, perseverando aún en el bien obrar mientras vivamos.

Así, no tendremos que temer la muerte por ninguna de aquellas tres causas antes mencionadas, ni por ninguna otra que pueda imaginarse; sino que, por el contrario, considerando las múltiples enfermedades, problemas y penas de esta vida presente, los peligros de esta peligrosa peregrinación y el gran estorbo que nuestro espíritu padece por esta carne pecaminosa y este cuerpo frágil, sujeto a la muerte; considerando también las múltiples penas y los peligrosos engaños de este mundo por todas partes, el intolerable orgullo, la codicia y la lascivia en tiempo de prosperidad, la impaciente murmuración de los mundanos en tiempo de adversidad, que no cesan de apartarnos y arrancarnos de Dios, de nuestro Salvador Cristo, de nuestra vida, bienestar o gozo y salvación eternos; considerando también los innumerables asaltos de nuestro enemigo espiritual, el diablo, con todos sus ardientes dardos de ambición, orgullo, lascivia, vanagloria, envidia, malicia, detracción (o murmuración), y con otros innumerables engaños, maquinaciones y trampas suyas, con los que anda afanoso por atrapar a todos los hombres bajo su dominio, siempre como león rugiente, buscando por todos los medios a quién devorar;⁴⁸ el hombre cristiano fiel que considera todas estas miserias, peligros y perjuicios a que está sujeto mientras vive aquí sobre la tierra, y por otra parte considera aquel bendito y consolador estado de la vida celestial por venir, y la dulce condición de los que parten en el Señor —cómo son librados de los continuos estorbos de su cuerpo mortal y pecaminoso, de toda la malicia, astucias y engaños de este mundo, de todos los asaltos de su enemigo espiritual, el diablo, para vivir en paz,

⁴⁸ 1 Pedro 5:8.

descanso y quietud sin fin, para vivir en la compañía de innumerables ángeles y con la congregación de los hombres perfectos y justos, como patriarcas, profetas, mártires y confesores, y finalmente en la presencia de Dios todopoderoso y de nuestro Salvador Jesucristo—;⁴⁹ el que considera todas estas cosas y las cree con seguridad, como deben creerse, aun desde el fondo de su corazón, estando establecido en Dios en esta verdadera fe, teniendo una conciencia tranquila en Cristo, una esperanza firme y una confianza segura en la misericordia de Dios, por los méritos de Jesucristo, para obtener esta quietud, descanso y gozo eterno, no solo estará sin temor de la muerte corporal cuando llegue, sino que ciertamente, como lo hizo san Pablo, así también él, con gusto, conforme a la voluntad de Dios, y cuando a Dios le plazca llamarlo a salir de esta vida, lo deseará grandemente en su corazón,⁵⁰ para verse libre de todas estas ocasiones de mal y vivir siempre según el agrado de Dios, en perfecta obediencia a su voluntad, con nuestro Salvador Cristo; a cuya bondadosa presencia nos lleve el Señor, por su infinita misericordia y gracia, para reinar con él en la vida eterna. Al cual, con nuestro Padre celestial y el Espíritu Santo, sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

⁴⁹ Hebreos 12:22-23.

⁵⁰ Filipenses 1:23.

HOMILÍA X

Una exhortación acerca del buen orden y la obediencia a los gobernantes y magistrados



Dios todopoderoso ha creado y dispuesto todas las cosas en el cielo, la tierra y las aguas, en un orden en extremo excelente y perfecto. En el cielo ha dispuesto órdenes y estados distintos (o varios) de arcángeles y ángeles. En la tierra ha asignado y dispuesto reyes y príncipes, con otros gobernantes bajo ellos, todo en buen y necesario orden. El agua de arriba se mantiene y cae en lluvia a su debido tiempo y sazón. El sol, la luna, las estrellas, el arco iris, el trueno, el rayo, las nubes y todas las aves del cielo guardan su orden. La tierra, los árboles, las semillas, las plantas, las hierbas, el trigo, el pasto y toda clase de bestias se mantienen en su orden. Todas las partes de todo el año, como el invierno, el verano, los meses, las noches y los días, continúan en su orden. Todas las clases de peces en el mar, los ríos y las aguas, con todas las fuentes y manantiales, sí, los mares mismos, guardan su hermoso curso y orden. Y el hombre mismo tiene también todas sus partes, tanto por dentro como por fuera, como el alma, el corazón, la mente, la memoria, el entendimiento, la razón, el habla, con todos y cada uno de los miembros corporales de su cuerpo, en un orden provechoso,

necesario y agradable. Cada clase de gente, en su estado, llamamiento y oficio, tiene asignado su deber y su orden. Algunos son de alto grado, otros de bajo; algunos reyes y príncipes, otros inferiores y súbditos; presbíteros y laicos, amos y siervos, padres e hijos, esposos y esposas, ricos y pobres; y cada uno tiene necesidad del otro. De modo que en todas las cosas ha de loarse y alabarse el buen orden de Dios, sin el que ninguna casa, ninguna ciudad, ninguna república puede continuar y perdurar (o durar); porque donde no hay orden recto, reina todo abuso, libertad carnal, desafuero, pecado y confusión babilónica. Quiten a los reyes, príncipes, gobernantes, magistrados, jueces y tales estamentos del orden de Dios: ningún hombre cabalgará o irá por el camino sin ser asaltado; ningún hombre dormirá en su propia cama o casa sin ser muerto; ningún hombre mantendrá a su mujer, hijos y posesiones en tranquilidad; todo será común, y forzosamente ha de seguir todo daño y la destrucción total tanto de las almas como de los cuerpos, los bienes y las repúblicas.

Pero bendito sea Dios porque nosotros, en este reino de Inglaterra, no sentimos las horribles calamidades, miserias y desdichas que sin duda sienten y padecen todos los que carecen de este orden piadoso. Y alabado sea Dios porque conocemos el gran y excelente beneficio de Dios mostrado hacia nosotros en este sentido. Dios nos ha enviado su alto don, nuestro muy querido señor soberano el rey Eduardo VI, con un consejo piadoso, sabio y honorable, con otros superiores e inferiores, en un hermoso orden y bueno. Por lo cual hagamos nosotros, los súbditos, nuestros deberes obligados, dando de corazón gracias a Dios y orando por la preservación de este orden piadoso. Obedezcamos todos, aun desde el fondo de nuestro corazón, todos sus piadosos procedimientos, leyes, estatutos, proclamaciones y mandatos, con todas sus demás piadosas órdenes. Consideremos las Escrituras del Espíritu Santo, que nos persuaden y nos mandan que obedientemente estemos todos sujetos, primero y principalmente a la majestad del rey, gobernador supremo sobre todos, y luego a su honorable consejo

y a todos los demás nobles, magistrados y funcionarios, que por la bondad de Dios están colocados y ordenados.

Porque Dios todopoderoso es el único autor y proveedor de este estado y orden ya nombrados, como está escrito de Dios en el libro de los Proverbios: «Por mí reinan los reyes; por mí los consejeros hacen leyes justas; por mí gobiernan los príncipes, y todos los jueces de la tierra ejecutan juicio; yo amo a los que me aman».¹ Notemos aquí bien y recordemos que el alto poder y la autoridad de los reyes, con su hechura de leyes, juicios y funcionarios, son ordenanzas no del hombre, sino de Dios; y por eso se repite tantas veces esta palabra: «por mí». También es de considerar aquí y de recordar que este buen orden es dispuesto por la sabiduría, el favor y el amor de Dios, especialmente para los que aman a Dios; y por eso dice: «Yo amo a los que me aman».

También en el libro de la Sabiduría podemos aprender con evidencia que el poder, la autoridad y la fuerza de un rey son un gran beneficio de Dios, dado por su gran misericordia para consuelo de nuestra gran miseria. Porque así leemos allí lo que se dice a los reyes: «Oíd, oh reyes, y entended; aprended, vosotros que sois jueces de los confines de la tierra; prestad oído, vosotros que gobernáis las multitudes, porque el poder os es dado por el Señor, y la fuerza por el Altísimo».² Aprendamos también aquí, por la infalible y veraz Palabra de Dios, que los reyes y otros funcionarios supremos y superiores son ordenados por Dios, que es el más alto; y por eso se les enseña aquí con diligencia a aplicarse y darse al conocimiento y la sabiduría necesarios para el gobierno del pueblo de Dios encomendado a su gobernanza (o a quienes gobernar Dios les ha encargado). Y también se les enseña aquí, por parte de Dios todopoderoso, que deben reconocer que tienen todo su poder y fuerza no de Roma, sino inmediatamente de Dios altísimo.

¹ Proverbios 8:15-17.

² Sabiduría 6:1-3.

Leemos en el libro del Deuteronomio que todo castigo pertenece a Dios, por esta sentencia: «Mía es la venganza, y yo pagaré».³ Pero debemos entender que esta sentencia pertenece también a los magistrados, que ejercen las veces de Dios en el juicio y el castigo mediante leyes buenas y piadosas, aquí en la tierra. Y los lugares de la Escritura que parecen apartar de entre todos los hombres cristianos el juicio, el castigo o el matar deben entenderse en el sentido de que ningún hombre, por su propia autoridad privada, puede ser juez sobre otro, ni castigar, ni matar; pero debemos referir todo juicio a Dios, a los reyes y gobernantes, y a los jueces bajo ellos, que son funcionarios de Dios para ejecutar la justicia, y por palabras claras de la Escritura tienen su autoridad y el uso de la espada concedidos por Dios; como se nos enseña por san Pablo, el querido y escogido apóstol de nuestro Salvador Cristo, a quien debemos obedecer con diligencia, así como obedeceríamos a nuestro Salvador Cristo si estuviera presente. Así escribe san Pablo a los romanos: «Sométase toda persona a la autoridad de las potestades superiores. Porque no hay potestad sino de Dios; las potestades que existen, por Dios han sido ordenadas. Por tanto, quien se opone a la potestad, a la ordenanza de Dios se opone; pero los que resisten (o se oponen) acarrearán condenación sobre sí mismos. Porque los gobernantes no son de temer para los que hacen el bien, sino para los que hacen el mal. ¿Quieres no temer a la potestad? Haz entonces el bien, y serás alabado por ella, porque es ministro de Dios para tu bien. Pero si haces lo que es malo, teme, porque no lleva la espada en vano; pues es ministro de Dios para ejecutar venganza sobre el que hace lo malo. Por lo cual debéis necesariamente obedecer, no solo por temor de la venganza, sino también por causa de la conciencia. Y por esta misma causa pagáis también tributo, porque son ministros de Dios que sirven para este mismo fin».⁴

³ Deuteronomio 32:35. Cf. Romanos 12:19; Hebreos 10:30.

⁴ Romanos 13:1-6.

Aprendamos aquí todos de san Pablo, el vaso escogido de Dios,⁵ que todas las personas que tienen alma (a nadie exceptúa, a nadie exime, ni sacerdote, ni apóstol, ni profeta, dice san Crisóstomo)⁶ deben, por deber obligado y aun en conciencia, obediencia, sumisión y sujeción a los altos poderes que están puestos en autoridad por Dios; por cuanto son tenientes de Dios, presidentes de Dios, funcionarios de Dios, comisionados de Dios, jueces de Dios, ordenados por Dios mismo, de quien únicamente reciben todo su poder y toda su autoridad. Y el mismo san Pablo amenaza con nada menos que la condenación eterna a todas las personas desobedientes, a todos los que resisten esta autoridad general y común; por cuanto no resisten al hombre, sino a Dios; no al ingenio e invención del hombre, sino a la sabiduría de Dios, al orden, el poder y la autoridad de Dios.

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Por cuanto Dios ha creado y dispuesto todas las cosas en un orden armonioso, se nos ha enseñado en la primera parte de este sermón acerca del buen orden y la obediencia que también nosotros debemos, en todas las repúblicas, observar y guardar el orden debido, y ser obedientes a los poderes, sus ordenanzas y leyes; y que todos los gobernantes son designados por Dios para que se guarde en el mundo un orden piadoso; y también cómo los magistrados deben aprender a gobernar y regir según las leyes de Dios; y que todos los súbditos están obligados a obedecerlos como ministros de Dios, aunque sean malos, no solo por miedo, sino también por causa de la conciencia.

Y aquí, buena gente, notemos todos con diligencia que no es lícito a los inferiores y súbditos, en ningún caso, resistir (u oponerse) a los poderes superiores; porque las palabras de san Pablo son claras: que

⁵ Hechos 9:15.

⁶ Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Carta a los Romanos*, 33.

«quienquiera que se opone acarreará para sí condenación», porque «quienquiera que resiste, se opone a la ordenanza de Dios». ⁷ Nuestro Salvador Cristo mismo y sus apóstoles recibieron muchas y diversas injurias de los hombres infieles y malvados que estaban en autoridad; sin embargo, nunca leemos que ellos, ni ninguno de ellos, provocaran sedición o rebelión alguna contra la autoridad. Leemos a menudo que sufrieron pacientemente todas las tribulaciones, vejaciones, calumnias, angustias y dolores, y la muerte misma, obedientemente, sin tumulto ni resistencia. «Encomendaron su causa al que juzga justamente» y oraron por sus enemigos de corazón y con fervor. ⁸ Sabían que la autoridad de los poderes era ordenanza de Dios; y por eso, tanto en sus palabras como en sus obras, enseñaron siempre la obediencia a ella, y nunca enseñaron ni hicieron lo contrario. El malvado juez Pilato dijo a Cristo: «¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y potestad también para soltarte?». Jesús respondió: «Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuera dada de arriba». ⁹ Con lo cual Cristo nos enseñó claramente que aun los gobernantes malvados tienen su poder y autoridad de Dios. Y, por lo tanto, no es lícito a sus súbditos oponérseles, aunque abusen de su poder; mucho menos, pues, es lícito a los súbditos oponerse a sus príncipes piadosos y cristianos, que no abusan de su autoridad, sino que la usan para gloria de Dios y para el provecho y beneficio del pueblo de Dios.

El santo apóstol san Pedro manda a los siervos que sean obedientes a sus amos, «no solo si son buenos y afables, sino también si son malos y díscolos», afirmando que la condición y el llamamiento del pueblo de Dios es ser paciente y estar del lado del que padece. ¹⁰ Y allí introduce la paciencia de nuestro Salvador Cristo, para persuadir a la obediencia a los gobernantes, sí, aunque sean malvados y malhecho-

⁷ Romanos 13:2.

⁸ 1 Pedro 2:23.

⁹ Juan 19:10-11.

¹⁰ 1 Pedro 2:18.

res. Pero oigamos ahora hablar al mismo san Pedro, porque sus propias palabras certifican mejor nuestra conciencia. Así las expresa en su primera epístola: «Criados, obedeced a vuestros amos con temor, no solo si son buenos y afables, sino también si son díscolos. Porque cosa digna de aprobación es que alguien, por conciencia delante de Dios, soporte molestias y padezca agravio inmerecido. Pues ¿qué mérito hay si sois abofeteados por vuestras faltas y lo soportáis con paciencia? Pero cuando hacéis el bien, si entonces padecéis agravio y lo soportáis con paciencia, eso sí halla gracia delante de Dios. Porque para esto fuisteis llamados, pues así también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas».¹¹ Todas estas son las propias palabras de san Pedro.

San David también nos enseña una buena lección en este sentido; él, que muchas veces fue perseguido cruel e injustamente por el rey Saúl, y muchas veces también fue puesto en riesgo y peligro de su vida por el rey Saúl y su pueblo, con todo, ni se opuso ni usó fuerza o violencia alguna contra el rey Saúl, su enemigo mortal (o de muerte), sino que siempre prestó a su señor natural y amo el rey Saúl el servicio más fiel, más diligente y más leal.¹² Tanto así que, cuando el Señor Dios entregó al rey Saúl en manos de David en su propia cueva, no quiso hacerle daño, pudiendo, sin ningún peligro corporal, haberle dado muerte con facilidad; no, no quiso permitir que ninguno de sus siervos pusiera siquiera las manos sobre el rey Saúl, sino que oró a Dios de esta manera: «Señor, guárdame de hacer tal cosa a mi señor, el ungido del Señor; guárdame de poner la mano sobre él, pues es el ungido del Señor. Porque tan cierto como que el Señor vive, a menos que el Señor lo hiera o llegue su día, o descienda a la guerra y perezca en la batalla, el Señor sea misericordioso conmigo, para que no ponga la mano sobre el ungido del Señor».¹³ Y que David

¹¹ 1 Pedro 2:18-21.

¹² 1 Samuel 18-20.

¹³ 1 Samuel 24:6 (según la Vulgata). La forma citada aquí sigue esa versión.

pudo haber matado a su enemigo el rey Saúl queda evidentemente probado en el primer libro de Samuel, tanto por el corte del borde de la vestidura de Saúl como por la llana confesión del rey Saúl. También en otra ocasión, como se menciona en el mismo libro, cuando el muy despiadado y muy desnaturalizado rey Saúl perseguía al pobre David, Dios volvió a entregar al rey Saúl en manos de David, arrojando al rey Saúl y a todo su ejército en un sueño profundo; de modo que David y un tal Abisai con él vinieron de noche al campamento de Saúl, donde «Saúl yacía durmiendo, y su lanza clavada en tierra a su cabecera. Entonces dijo Abisai a David: Dios ha entregado hoy a tu enemigo en tus manos; ahora, pues, déjame herirlo de una vez con la lanza hasta la tierra, y no lo heriré por segunda vez», queriendo con ello matarlo de un solo golpe y dejarlo asegurado para siempre. «Y David» respondió y «dijo a Abisai: No lo destruyas, porque ¿quién puede poner las manos sobre el ungido del Señor y quedar sin culpa? Y dijo David además: Tan cierto como que el Señor vive, el Señor lo herirá o llegará su día para morir, o descenderá (o bajará) a la batalla y allí perecerá. Guárdeme el Señor de poner las manos sobre el ungido del Señor; pero toma ahora la lanza que está a su cabecera y la vasija de agua, y vámonos»; y así lo hizo.¹⁴ Aquí queda evidentemente probado que no podemos oponernos ni dañar en modo alguno a un rey ungido, que es el teniente de Dios, su vicegerente y su más alto ministro en aquel país donde es rey.

Pero quizá alguno diría aquí que David, en su propia defensa, pudo haber matado al rey Saúl lícitamente y con conciencia tranquila. Mas el santo David sabía que de ningún modo podía oponerse a su señor soberano y rey, ni herirlo ni matarlo; sabía que no era más que súbdito del rey Saúl, aunque gozaba de gran favor con Dios, mientras que su enemigo, el rey Saúl, estaba fuera del favor de Dios. Por eso, por más que fuese provocado, rehusó por completo herir al ungido del Señor.

¹⁴ 1 Samuel 26:7-12.

No se atrevió, por no ofender a Dios y a su propia conciencia (aunque tuvo ocasión y oportunidad), a poner siquiera las manos sobre el rey, alto funcionario de Dios, a quien sabía persona reservada y guardada, por causa de su cargo, solo para el castigo y el juicio de Dios. Por eso ora tan a menudo y con tanto fervor por no poner las manos sobre el ungido del Señor. Y con estos dos ejemplos, san David, llamado en la Escritura «un varón conforme al propio corazón de Dios»,¹⁵ da una regla y lección general a todos los súbditos del mundo: no oponerse a su señor natural y rey, no tomar la espada por su autoridad privada contra su rey, el ungido de Dios; quien solo lleva la espada por la autoridad de Dios, para el mantenimiento del bien y para el castigo del mal; quien solo, por la ley de Dios, tiene a su mando el uso de la espada, y tiene también todo poder, jurisdicción, gobierno, corrección y castigo, como gobernador supremo de todos sus reinos y dominios, y eso por la autoridad misma de Dios y por los mandamientos de Dios.

Todavía otra notable historia y doctrina hay en el segundo libro de Samuel, que sirve también a este propósito. Cuando un amalecita, con el propio consentimiento y mandato del rey Saúl, hubo matado al rey Saúl, fue a David suponiendo que recibiría gran agradecimiento por su mensaje de haber matado al enemigo mortal de David, y por eso se dio gran prisa en contar a David lo sucedido, trayendo consigo la corona del rey Saúl que estaba sobre su cabeza, y su brazalete que estaba sobre su brazo, para persuadir de que sus nuevas eran verdaderas. Pero el piadoso David estaba tan lejos de alegrarse por estas nuevas que, inmediatamente y al punto, se rasgó las vestiduras de encima, se lamentó y lloró, y dijo al mensajero: «¿Cómo es que no tuviste miedo de poner la mano sobre el ungido del Señor para destruirlo?». Y en seguida David hizo que uno de sus siervos matara al mensajero, diciendo: «Tu sangre sea sobre tu propia cabeza, porque tu

¹⁵ Salmos 89:3; Salmos 89:20-26; 1 Samuel 13:14; Hechos 13:22.

propia boca ha testificado y atestiguado contra ti, reconociendo que has dado muerte al ungido del Señor». ¹⁶

Siendo estos ejemplos tan manifiestos y evidentes, es intolerable ignorancia, locura y maldad que los súbditos hagan murmuración, rebelión, resistencia (u oposición), conmoción o insurrección alguna contra su queridísimo y reverenciadísimo señor soberano y rey, ordenado y designado por la bondad de Dios para su provecho, paz y quietud.

Con todo, creamos sin duda, buen pueblo cristiano, que no debemos obedecer a los reyes, magistrados ni a ningún otro, aunque sean nuestros propios padres, si nos mandasen hacer algo contrario a los mandamientos de Dios. En tal caso debemos decir con los apóstoles: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres». ¹⁷ Pero, no obstante, en ese caso no podemos de ningún modo oponernos violentamente ni rebelarnos contra los gobernantes, ni hacer insurrección, sedición o tumultos, ya sea por la fuerza de las armas o de otras maneras, contra el ungido del Señor o cualquiera de sus funcionarios designados; sino que debemos, en tal caso, sufrir pacientemente todos los agravios e injurias, remitiendo el juicio de nuestra causa solo a Dios. Temamos el terrible castigo de Dios todopoderoso contra los traidores o los rebeldes, por el ejemplo de Coré, Datán y Abiram, que se rebelaron y murmuraron contra los magistrados y funcionarios de Dios, y por eso la tierra se abrió y los tragó vivos. ¹⁸ Otros, por su malvada murmuración y rebelión, fueron enteramente consumidos por un fuego repentino enviado por Dios. ¹⁹ Otros, por su conducta díscola hacia sus gobernantes y regidores, ministros de Dios, fueron repentinamente heridos con una asquerosa lepra. ²⁰ Otros fueron

¹⁶ 2 Samuel 1:1-16.

¹⁷ Hechos 5:29.

¹⁸ Números 16:1-33.

¹⁹ Números 11:1.

²⁰ Números 12:1-10.

picados hasta la muerte por serpientes de fuego, extrañas y prodigiosas.²¹ Otros fueron gravemente azotados, de modo que en un solo día murieron catorce mil setecientos, por rebelión contra aquellos a quienes Dios había designado para estar en autoridad.²² También Absalón, rebelándose contra su padre el rey David, fue castigado con una muerte extraña y notable.²³

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

Han oído antes, en este sermón sobre el buen orden y la obediencia, manifestamente probado tanto por las Escrituras como por los ejemplos, que todos los súbditos están obligados a obedecer a sus magistrados y, por ningún motivo, a resistir (u oponerse), rebelarse ni hacer sedición alguna contra ellos, sí, aunque sean hombres malvados. Y nadie piense que puede escapar sin castigo quien comete traición, conspiración o rebelión contra su señor soberano el rey, por más secretamente que lo cometa, sea de pensamiento, palabra u obra, por más ocultamente que sea, a solas en su cámara privada, o abiertamente tratando y consultando con otros. Porque la traición no quedará oculta; la traición saldrá a la luz al fin. Dios quiere que ese vicio tan detestable sea a la vez descubierto y castigado, por cuanto va tan directamente contra su ordenanza y contra su alto juez principal y ungido en la tierra. La violencia y la injuria que se comete contra la autoridad se comete contra Dios, contra el bien común y contra todo el reino; lo cual Dios quiere que se conozca y se castigue como merece (o justamente), de una manera u otra. Porque está notablemente escrito del sabio en la Escritura, en el libro llamado Eclesiastés: «No desees mal al rey en tu pensamiento, ni hables mal de él en tu cámara

²¹ Números 21:5-6.

²² Números 16:41-49.

²³ 2 Samuel 18:9-10.

privada; porque un ave del cielo llevará tu voz, y con sus plumas delatará tus palabras».²⁴

Estas lecciones y ejemplos están escritos para nuestra enseñanza. Por tanto, temamos todos el vicio más detestable de la rebelión, sabiendo y recordando siempre que quien resiste (o se opone) a la autoridad común resiste (o se opone) a Dios y a su ordenanza, como puede probarse por otros muchos lugares de la Sagrada Escritura.

Y aquí guardémonos de entender que estos u otros lugares semejantes, que tan estrictamente mandan la obediencia a los superiores y tan estrictamente castigan la rebelión y la desobediencia a los mismos, se refieran en modo alguno al pretendido (o simulado) poder del obispo de Roma. Porque, en verdad, la Escritura de Dios no autoriza tal poder usurpado, lleno de enormidades, abusos y blasfemias; sino que el verdadero sentido de estos y tales lugares es ensalzar y proclamar la verdadera ordenanza de Dios, y la autoridad de los reyes ungidos de Dios, y de sus funcionarios designados bajo ellos. Y en cuanto al poder usurpado del obispo de Roma, que él muy injustamente reclama como sucesor de Cristo y de Pedro, fácilmente podemos percibir cuán falso, fingido y forjado es, no solo en que no tiene fundamento suficiente en la Sagrada Escritura, sino también por sus frutos y su doctrina. Porque nuestro Salvador Cristo y san Pedro enseñan muy encarecida y concordemente la obediencia a los reyes, como a los principales y supremos gobernantes de este mundo, después de Dios; pero el obispo de Roma enseña que quienes están bajo él quedan libres de todas las cargas y gravámenes de la república y de la obediencia hacia su príncipe, muy claramente contra la doctrina de Cristo y la de san Pedro. Por eso debería más bien llamarse anticristo y sucesor de los escribas y fariseos que vicario de Cristo o sucesor de san Pedro; pues no solo en este punto, sino también en otros graves asuntos de la religión cristiana, en materia de remisión y perdón de los pecados

²⁴ Eclesiastés 10:20.

y de la salvación, enseña tan directamente contra san Pedro y contra nuestro Salvador Cristo; quienes no solo enseñaron la obediencia a los reyes, sino que también la practicaron en su conducta y modo de vida, pues leemos que ambos pagaron tributo a su rey.²⁵

Y también leemos que la santa virgen María, madre de nuestro Salvador Cristo, y José, que era tenido por su padre, por mandato del emperador fueron a la ciudad de David, llamada Belén, a empadronarse entre otros y a declarar su obediencia a los magistrados por causa de las ordenanzas de Dios.²⁶ Y aquí no olvidemos la obediencia de la bendita virgen María; porque, aunque gozaba de alto favor con Dios, y era madre natural de Cristo, y estaba también encinta en aquel mismo tiempo, y tan cerca de su parto que dio a luz durante aquel viaje, sin embargo, de buena gana, sin excusa ni queja, por causa de la conciencia emprendió aquel frío y penoso viaje de invierno, siendo entretanto tan pobre que se acostó en el establo, y allí dio a luz a Cristo.

Y conforme a lo mismo, vean cómo concuerda san Pedro, escribiendo con palabras expresas en su primera epístola: «Someteos (o estad sujetos)», dice, «a los reyes como a los jefes supremos, o a los gobernantes, como a los enviados por él para castigo de los malhechores y para alabanza de los que hacen bien; porque esta es la voluntad de Dios».²⁷ No necesito exponer estas palabras: tan claras son de suyo. San Pedro no dice: «Someteos a mí» como cabeza suprema de la Iglesia; ni dice: «Someteos» de tiempo en tiempo a mis sucesores en Roma; sino que dice: «Someteos a vuestro rey, vuestra cabeza suprema», y a aquellos que él pone en autoridad bajo él; porque, al mostrar así su obediencia, es la voluntad de Dios; Dios quiere que estén en sujeción a su cabeza y rey. Esta es la ordenanza de Dios, el mandamiento de Dios y la santa voluntad de Dios: que todo el cuerpo

²⁵ Mateo 17:24-27.

²⁶ Lucas 2:4-7.

²⁷ 1 Pedro 2:13-15.

de cada reino, y todos los miembros y partes del mismo, estén sujetos a su cabeza, su rey; y eso, como escribe san Pedro, «por causa del Señor»,²⁸ y, como escribe san Pablo, «por causa de la conciencia»,²⁹ y no solo por miedo.

Así aprendemos por la Palabra de Dios a dar a nuestro rey lo que a nuestro rey se le debe, esto es: honor, obediencia, el pago de los debidos impuestos, aranceles, tributos, subsidios, amor y temor.

Así conocemos en parte nuestros deberes obligados para con la autoridad común; ahora aprendamos a cumplirlos. Y oremos con la mayor insistencia y de corazón a Dios, el único autor de toda autoridad, por todos los que están en autoridad, según lo quiere san Pablo, escribiendo así a Timoteo en su primera epístola: «Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan oraciones, súplicas, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad, para que vivamos una vida quieta y apacible con toda piedad y honestidad; porque esto es bueno (o admisible) a los ojos de Dios nuestro Salvador».³⁰ Aquí san Pablo hace una exhortación ferviente y especial acerca de la acción de gracias y la oración por los reyes y gobernantes, diciendo «ante todo», como si dijera: «De todos modos, principal y ante todo, hágase oración por los reyes». Demos de corazón gracias a Dios por su grande y excelente beneficio y providencia acerca del estado de los reyes. Oremos por ellos, para que tengan el favor de Dios y la protección de Dios. Oremos para que en todo tengan siempre a Dios ante sus ojos. Oremos para que tengan sabiduría, fuerza, justicia, clemencia, celo por la gloria de Dios, por la verdad de Dios, por las almas cristianas y por la república. Oremos para que usen rectamente su espada y autoridad para el mantenimiento y la defensa de la fe católica contenida en la Sagrada Escritura y de sus buenos y honrados súbditos, y para el temor

²⁸ 1 Pedro 2:13.

²⁹ Romanos 13:5.

³⁰ 1 Timoteo 2:1-3.

y el castigo de la gente malvada y viciosa. Oremos para que sigan fielmente a los reyes y capitanes de la Biblia: David, Ezequías, Josías, Moisés y otros semejantes. Y oremos por nosotros mismos, para que vivamos piadosamente en santa y cristiana conducta; así tendremos a Dios de nuestra parte,³¹ y entonces no temamos lo que el hombre pueda hacer contra nosotros; así viviremos en verdadera obediencia, tanto a nuestro misericordiosísimo rey en el cielo como a nuestro cristianísimo rey en la tierra;³² así agradaremos a Dios y tendremos el sobreabundante beneficio, paz de conciencia, descanso y quietud aquí en este mundo, y después de esta vida gozaremos de una vida mejor, descanso, paz y la eterna bienaventuranza del cielo. Lo cual nos conceda a todos aquel que fue obediente por todos nosotros «hasta la muerte de cruz», Jesucristo;³³ a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, ahora y siempre. Amén.

³¹ Jueces 5:20-21; Salmos 118:6; Hebreos 13:6.

³² El título de «rey cristianísimo» lo ostentaban los reyes de Francia, y no debe olvidarse que los reyes de Inglaterra reclamaban en esta época también el trono de Francia, aunque no usaban ese título.

³³ Filipenses 2:8.

HOMILÍA XI

Un sermón contra la fornicación y la impureza



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL ADULTERIO

Aunque no faltan, buena gente cristiana, grandes enjambres de vicios dignos de ser reprendidos —a tal decadencia han llegado ahora la verdadera piedad y la vida virtuosa—, sin embargo, por encima de los demás vicios, el desmesurado mar del adulterio (o quebrantamiento del matrimonio), la deshonestidad, la fornicación y la impureza no solo han irrumpido, sino que también han inundado casi todo el mundo, para gran deshonra de Dios, excesiva infamia del nombre de Cristo, notable decadencia de la verdadera religión y ruina total del bien común; y eso tan abundantemente que, por el uso acostumbrado de él, este vicio ha crecido hasta tal altura que, en cierto modo, entre muchos no se considera pecado en absoluto, sino más bien un pasatiempo, un devaneo y apenas un desliz de juventud; no se reprende, sino que se disimula; no se castiga, sino que se toma a risa. Por lo cual es necesario, en este momento, tratar del pecado de la deshonestidad y la fornicación, declarándoles la grandeza de este pecado, y cuán odioso, aborrecible y abominable es y ha sido siempre

reputado ante Dios y ante todos los hombres buenos, y cuán gravemente ha sido castigado tanto por la ley de Dios como por las leyes de diversos príncipes; y, además, mostrarles ciertos remedios por los que puedan, por la gracia de Dios, evitar este detestabilísimo pecado de la deshonestidad y la fornicación, y llevar sus vidas con toda honestidad y pureza.

Y para que perciban que la fornicación y la deshonestidad son, a los ojos de Dios, pecados abominabilísimos, recordarán este mandamiento de Dios: «No cometerás adulterio».¹ Por esta palabra, «adulterio», aunque propiamente se entiende de la unión ilícita (o ayuntamiento) de un hombre casado con cualquier mujer que no sea su esposa, o de una esposa con cualquier hombre que no sea su marido, también se significa por ella todo uso ilícito de aquellas partes que han sido ordenadas para la generación. Y este solo mandamiento, que prohíbe el adulterio, pinta y expone suficientemente ante nuestros ojos la grandeza de este pecado de la fornicación, y declara manifiestamente cuán grandemente debe ser aborrecido por todas las personas honestas y fieles. Y para que ninguno de nosotros se crea exceptuado de este mandamiento, seamos viejos o jóvenes, casados o solteros, hombre o mujer, oigan lo que dice Dios Padre por su excelentísimo profeta Moisés: «No habrá ramera de entre las hijas de Israel, ni fornicario de entre los hijos de Israel».² Aquí se prohíben la deshonestidad, la fornicación y toda impureza a toda clase de personas, todos los grados y todas las edades, sin excepción.

Y para que no dudemos de que este precepto (o mandamiento) nos atañe en verdad, oigan lo que Cristo, el perfecto maestro de toda verdad, dice en el Nuevo Testamento: «Oísteis —dice Cristo— que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio; pero yo os digo que

¹ Éxodo 20:14.

² Deuteronomio 23:17.

cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón».³

Aquí nuestro Salvador Cristo no solo confirma y establece la ley contra el adulterio, dada en el Antiguo Testamento por Dios Padre mediante su siervo Moisés, y la hace de plena fuerza para que permanezca continuamente entre los que profesan su nombre en la nueva ley, sino que también, condenando la grosera interpretación de los escribas y fariseos —que enseñaban que el mencionado mandamiento solo exigía abstenerse del adulterio externo y no de los deseos inmundos y las concupiscencias impuras—, nos enseña una exacta y plena perfección de pureza y limpieza de vida, tanto para mantener nuestros cuerpos sin mancha como nuestros corazones puros y libres de todo mal pensamiento, deseo carnal y consentimiento de la carne. ¿Cómo, pues, podemos librarnos de este mandamiento, cuando se nos impone tan grande carga? ¿Puede un siervo hacer lo que quiera en cosa alguna, teniendo un mandamiento de su amo en contra? ¿No es Cristo nuestro Maestro? ¿No somos nosotros sus siervos? ¿Cómo, pues, podemos descuidar la voluntad y el agrado de nuestro Maestro y seguir nuestra propia voluntad y fantasía? «Vosotros sois mis amigos —dice Cristo— si guardáis lo que yo os mando».⁴ Ahora bien, Cristo nuestro Maestro nos ha mandado que abandonemos toda impureza y lascivia, tanto en el cuerpo como en el espíritu; esto, pues, debemos hacer si pretendemos agradar a Dios.

En el Evangelio de san Mateo leemos que los escribas y fariseos se ofendieron gravemente con Cristo porque sus discípulos no guardaban las tradiciones de los antepasados, pues no se lavaban las manos cuando iban a comer o cenar; y, entre otras cosas, Cristo respondió y dijo: «Oíd y entended: no lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca contamina al hombre. Porque lo

³ Mateo 5:27-28.

⁴ Juan 15:14.

que sale de la boca procede del corazón, y eso contamina al hombre. Porque del corazón proceden los malos pensamientos, los homicidios, los quebrantamientos del matrimonio, la deshonestidad, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre».⁵ Aquí podemos ver que no solo el homicidio, el hurto, el falso testimonio y la blasfemia contaminan a los hombres, sino también los malos pensamientos, el quebrantamiento del matrimonio, la fornicación y la deshonestidad. ¿Quién hay ahora de tan poco juicio que estime que la deshonestidad y la fornicación son cosas de poca importancia y de ningún peso ante Dios? Cristo, que es la verdad y no puede mentir,⁶ dice que los malos pensamientos, el quebrantamiento del matrimonio, la deshonestidad y la fornicación contaminan al hombre, es decir, corrompen tanto el cuerpo como el alma del hombre, y los convierten, de templos del Espíritu Santo, en el inmundo estercolero o mazmorra de todos los espíritus impuros; de casa de Dios, en morada de Satanás.

Además, en el Evangelio de san Juan, cuando la mujer sorprendida en adulterio fue llevada ante Cristo, ¿no le dijo él: «Vete, y no peques más»?⁷ ¿No llama aquí pecado a la fornicación? ¿Y cuál es la paga del pecado, sino la muerte eterna?⁸ Si la fornicación es pecado, entonces no nos es lícito cometerla. Porque san Juan dice: «El que comete pecado es del diablo».⁹ Y nuestro Salvador dice: «Todo aquel que comete pecado es siervo del pecado».¹⁰ Si la fornicación no hubiera sido pecado, ciertamente san Juan Bautista jamás habría reprendido al rey Herodes por tomar la mujer de su hermano, sino que le dijo llanamente que no le era lícito tomar la mujer de su hermano.

⁵ Mateo 15:1-20.

⁶ Juan 14:6; Tito 1:2.

⁷ Juan 8:11.

⁸ Romanos 6:23.

⁹ 1 Juan 3:8.

¹⁰ Juan 8:34; Romanos 6:16.

No hizo la vista gorda ante aquella fornicación de Herodes, aunque fuese un rey de gran poder, sino que audazmente lo reprendió por su vida malvada y abominable, aunque por ello perdió la cabeza. Antes prefirió padecer la muerte que ver a Dios tan deshonorado por el quebrantamiento de su santo precepto (o mandamiento), y que permitir que la fornicación quedase sin reprensión, aun en un rey. Si la fornicación no hubiera sido más que un pasatiempo, un devaneo, cosa de la que no debe hacerse caso, como muchos la cuentan hoy en día, en verdad Juan habría estado más que dos veces loco si por una nadería hubiese querido atraerse el disgusto de un rey, ser arrojado a prisión y perder la cabeza. Pero Juan sabía muy bien cuán inmundo, hediondo y abominable es el pecado de la fornicación a los ojos de Dios; por eso no quiso dejarlo sin reprensión, no, ni siquiera en un rey. Si la fornicación no es lícita en un rey, tampoco es lícita en un súbdito. Si la fornicación no es lícita en un funcionario público (o común), tampoco es lícita en una persona privada. Si no es lícita ni en el rey ni en el súbdito, ni en el funcionario común ni en la persona privada, en verdad, entonces, no es lícita en ningún hombre ni mujer, sea cual fuere su grado o edad.

Además, en los Hechos de los Apóstoles leemos que, cuando los apóstoles y los ancianos, con toda la congregación, se reunieron para apaciguar los corazones de los fieles que habitaban en Antioquía —que estaban inquietos por la falsa doctrina de ciertos predicadores judíos—, enviaron aviso a los hermanos de que había parecido bien al Espíritu Santo y a ellos no imponerles más que las cosas necesarias; entre otras, quisieron que se abstuviesen de la idolatría y la fornicación, de las que, dijeron, «si os guardáis, bien haréis».¹¹ Nótese aquí cómo estos santos y benditos padres de la Iglesia de Cristo no querían imponer a la congregación más cosas que las necesarias. Obsérvese también cómo, entre las cosas de las que ordenaron a los hermanos

¹¹ Hechos 15:22-29.

de Antioquía abstenerse, se cuentan la fornicación y la deshonestidad. Es, por tanto, necesario, por la determinación y el consentimiento del Espíritu Santo, y de los apóstoles y ancianos, con toda la congregación, que, así como de la idolatría y la superstición, así también debemos abstenernos de la fornicación y la deshonestidad. ¿Es necesario para la salvación abstenerse de la idolatría? Así lo es abstenerse de la fornicación. ¿Hay algún camino más próximo que conduzca a la condenación que ser idólatra? No. Del mismo modo, tampoco hay camino más cercano a la condenación que ser fornicador y hombre dado a las ramera. Ahora bien, ¿dónde están esas personas que estiman con tanta ligereza el quebrantamiento del matrimonio, la deshonestidad, la fornicación y el adulterio? Es necesario —dice el Espíritu Santo, los benditos apóstoles, los ancianos, con toda la congregación de Cristo—, es necesario para la salvación, dicen, abstenerse de la fornicación. Si es necesario para la salvación, entonces ¡ay de aquellos que, descuidando su salvación, entregan sus mentes a un pecado tan inmundo y hediondo, a un vicio tan perverso, a una abominación tan detestable!

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL ADULTERIO

Se les ha enseñado en la primera parte de este sermón contra el adulterio cómo ese vicio prevalece hoy en día por encima de todos los demás vicios, y qué se entiende por esta palabra, «adulterio», y cómo la Sagrada Escritura disuade (o desaconseja) de cometer ese inmundo pecado, y, finalmente, qué corrupción llega al alma del hombre por el pecado del adulterio.

Ahora bien, para proseguir, oigamos lo que el bienaventurado apóstol san Pablo dice sobre este asunto. Al escribir a los romanos, tiene estas palabras: «Desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Andemos honestamente, como de día; no en comer y beber, ni en lujurias y lascivias, ni en contiendas

y envidias; sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para la carne, para cumplir sus concupiscencias». ¹² Aquí el santo apóstol nos exhorta a desechar las obras de las tinieblas, que, entre otras, llama el comer glotón, el beber, la lujuria y la lascivia, que son todas servidoras de aquel vicio y preparativos para inducir e introducir el inmundo pecado de la carne. Las llama hechos y obras de las tinieblas, no solo porque habitualmente se cometen en la oscuridad o en la noche (porque todo aquel que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas¹³), sino porque conducen derechamente a aquellas «tinieblas de afuera, donde habrá lloro y crujir de dientes». ¹⁴ Y dice en otro lugar de la misma epístola: «Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis». ¹⁵

Otra vez dice: «Huid de la fornicación. Porque todo pecado que el hombre comete, fuera del cuerpo es; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo, etc.». ¹⁶ Y un poco antes dice: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¿Dios no lo quiera! ¿No sabéis que el que se une a una ramera, un cuerpo es con ella? Porque serán los dos una sola carne, dice él. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él». ¹⁷ ¡Qué palabras tan piadosas trae aquí el bienaventurado apóstol san Pablo para disuadirnos (o

¹² Romanos 13:12-14.

¹³ Juan 3:20.

¹⁴ Mateo 13:42; Mateo 13:50; Mateo 22:13; Mateo 25:30.

¹⁵ Romanos 8:8; Romanos 8:12-13.

¹⁶ 1 Corintios 6:18-20.

¹⁷ 1 Corintios 6:15-17.

desaconsejarnos) de la fornicación y de toda impureza! «Vuestros miembros —dice— son templo del Espíritu Santo; y a cualquiera que lo profane, Dios lo destruirá», como dice san Pablo.¹⁸ Si somos templo del Espíritu Santo, ¡cuán impropio es entonces expulsar de nosotros a aquel Santo Espíritu por medio de la fornicación, y poner en su lugar a los perversos espíritus de la impureza y la fornicación, y unirnos a ellos y servirlos! «Comprados sois por precio —dice—, por tanto, glorificad a Dios en vuestros cuerpos».¹⁹

Cristo, aquel inocente Cordero de Dios, nos ha comprado de la servidumbre del diablo, «no con oro y plata corruptibles, sino con su preciosísima» y amada «sangre» del corazón.²⁰ ¿Con qué fin? ¿Para que volvamos a caer en nuestra antigua impureza y vida abominable? No, en verdad; sino para que le «sirvamos todos los días de nuestra vida en santidad y en justicia»,²¹ para que lo «glorifiquemos en nuestros cuerpos» mediante la pureza y limpieza de vida.²² Declara también que «nuestros cuerpos son miembros de Cristo».²³ ¡Cuán indecorosa cosa es, pues, dejar de estar incorporados (o hechos cuerpo con él) y hechos uno con Cristo, y por medio de la fornicación ser unidos y hechos todo uno con una ramera! ¿Qué mayor deshonra o injuria podemos hacer a Cristo que quitarle los miembros de su cuerpo y unirlos a ramera, demonios y espíritus malignos? ¿Y qué mayor deshonra podemos hacernos a nosotros mismos que, por medio de la impureza, perder tan excelente dignidad y libertad, y convertirnos en esclavos y miserables cautivos de los espíritus de las tinieblas? Consideremos, pues, primero la gloria de Cristo, y luego nuestro estado, nuestra dignidad y libertad, en la que Dios nos ha puesto al darnos su Santo

¹⁸ 1 Corintios 3:17.

¹⁹ 1 Corintios 6:20.

²⁰ 1 Pedro 1:18-19.

²¹ Lucas 1:74-75.

²² Isaías 38:20.

²³ 1 Corintios 6:15.

Espíritu; y defendámosla valientemente contra Satanás y todos sus astutos asaltos, para que Cristo sea honrado y para que no perdamos nuestra libertad, sino que permanezcamos en un solo espíritu con él.

Además, en su epístola a los Efesios, el bienaventurado apóstol quiere que seamos tan puros y libres del adulterio, la fornicación y toda impureza, que ni una sola vez se nombren entre nosotros, como conviene a santos; ni suciedad, ni necias pláticas, ni chocarrerías, que no son decorosas, sino más bien acciones de gracias. «Porque sabéis esto —dice—, que ningún fornicario, o inmundo o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios».²⁴ Y para que nos acordemos de ser santos, puros y libres de toda impureza, el santo apóstol nos llama santos, porque somos santificados y hechos santos en la sangre de Cristo por medio del Espíritu Santo.²⁵ Ahora bien, si somos santos, ¿qué tenemos que ver con las costumbres de los paganos? San Pedro dice: «Como aquel que os llamó es santo, así también sed vosotros santos en toda vuestra conducta, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo».²⁶

Hasta aquí hemos oído cuán grave pecado son la fornicación y la deshonestidad, y cuán grandemente los aborrece Dios a lo largo de toda la Escritura. ¿Cómo podría ser otra cosa que un pecado de suma abominación, viendo que ni siquiera puede ser nombrado entre los cristianos, y mucho menos cometido en punto alguno? Y ciertamente, si sopesáramos la grandeza de este pecado y lo consideráramos en su verdadera índole, hallaríamos que el pecado de la fornicación es aquel lago inmundísimo, sucio cenagal y hediondo sumidero al que afluyen toda clase de pecados y males, donde también tienen su lugar de reposo y morada.

²⁴ Efesios 5:3-5; Gálatas 5:19-21.

²⁵ 1 Corintios 6:11.

²⁶ 1 Pedro 1:15-16, citando Levítico 11:44; 19:2.

Pues, ¿no se enorgullece el adúltero de su fornicación? Como dice el sabio: «Se alegran cuando han hecho el mal, y se regocijan en las cosas más perversas».²⁷

¿No es también ocioso el adúltero, y no se deleita en ningún ejercicio piadoso, sino solo en aquel su inmundísimo y bestial placer? ¿No está su mente arrancada y del todo apartada de todos los estudios virtuosos y labores fructíferas, y entregada únicamente a imaginaciones carnales y sensuales? ¿No entrega el fornicario su mente a la glotonería, para ser más apto para servir a sus concupiscencias y placeres carnales? ¿No entrega el adúltero su mente a la codicia y al expolio y despojo de los demás, para ser más capaz de mantener a sus rameras y prostitutas, y de continuar en su inmundo e ilícito amor? ¿No se hincha también de envidia contra los demás, temiendo que su presa sea seducida y arrebatada de él? Y aun, ¿no está iracundo y lleno de ira y disgusto, incluso contra su más amada, si en algún momento se le impide su bestial y diabólico deseo? ¿Qué pecado o qué clase de pecado hay que no vaya unido a la fornicación y la deshonestidad? Es un monstruo de muchas cabezas. Recibe toda clase de vicios y rechaza toda clase de virtudes. Si un solo pecado acarrea la condenación, ¿qué se ha de pensar de aquel pecado que va acompañado de todos los males, y tiene a su servicio todo cuanto es odioso para Dios, condenable para el hombre y agradable para Satanás?

Grande es la condenación que pende sobre las cabezas de los fornicarios y adúlteros. ¿Qué diré de los demás perjuicios que brotan y fluyen de este hediondo cenagal de la fornicación? ¿No se pierde por la fornicación aquel tesoro que, más que ningún otro, es apreciado por las personas honestas: la buena fama y el nombre del hombre y de la mujer? ¿Qué patrimonio (o sustento), qué hacienda, qué bienes, qué riquezas consume y reduce a nada la fornicación en breve! ¿Qué valentía y fuerza queda muchas veces debilitada y destruida con la

²⁷ Proverbios 2:14.

fornicación! ¡Qué ingenio, por agudo que fuera, no queda embotado y desfigurado por la fornicación! ¡Qué belleza, por excelente que fuera, no queda desfigurada por la fornicación! ¿No es la fornicación enemiga de la agradable flor de la juventud? ¿Y no trae canas y vejez antes de tiempo? ¿Qué don de la naturaleza, por precioso que fuera, no se corrompe con la fornicación? ¿No vienen las bubas francesas, con otras diversas enfermedades, de la fornicación? ¿De dónde vienen tantos bastardos e hijos mal nacidos, para gran disgusto de Dios y deshonor del santo matrimonio, sino de la fornicación? ¡Cuántos consumen toda su hacienda y bienes, y al fin caen en tan extrema pobreza que después roban, y así son ahorcados, por la fornicación! ¡Qué contiendas y homicidios provienen de la fornicación! ¡Cuántas doncellas son desfloradas, cuántas esposas corrompidas, cuántas viudas mancilladas, por la fornicación! ¡Cuánto se empobrece y perturba el bien público y común por la fornicación! ¡Cuánto es menospreciada y depravada la Palabra de Dios por la fornicación y los fornicarios!

De este vicio proviene gran parte de los divorcios que hoy en día tan comúnmente se acostumbran y practican por la autoridad privada de los hombres, para gran disgusto de Dios y quebranto del santísimo nudo y vínculo del matrimonio. Porque cuando este detestabilísimo pecado se ha introducido una vez en el pecho del adúltero, de modo que queda enredado en un amor ilícito e impúdico, al punto es despreciada su verdadera y legítima esposa; su presencia es aborrecida; su compañía apesta y resulta odiosa; cuanto ella hace es vituperado; no hay sosiego en la casa mientras ella esté a la vista; por lo tanto, para abreviar, debe irse, porque su marido ya no puede soportarla. Así, por la fornicación, la esposa honesta e inofensiva es repudiada, y una ramera es recibida en su lugar; y de igual modo sucede muchas veces por parte de la esposa para con su marido. ¡Oh, abominación! Cristo nuestro Salvador, verdadero Dios y hombre, viniendo a restaurar la ley de su Padre celestial en su recto sentido, entendimiento y significado, entre otras cosas reformó el abuso de esta ley de Dios. Pues,

mientras que los judíos, por una larga tolerancia, tenían por costumbre repudiar a sus mujeres a su antojo por cualquier causa, Cristo, corrigiendo esa mala costumbre, enseñó que si un hombre repudia a su mujer y se casa con otra por cualquier causa, salvo únicamente por adulterio (que entonces era pena de muerte por la ley), era adúltero;²⁸ y forzaba también a su mujer, así repudiada, a cometer adulterio si se unía a cualquier otro hombre, y también al hombre, así unido a ella, a cometer adulterio. ¿En qué caso, pues, están aquellos adúlteros que, por el amor de una ramera, repudian a su verdadera y legítima esposa contra toda ley, derecho, razón y conciencia? ¡Oh, condenable es el estado en que se hallan! Rápida destrucción caerá sobre ellos si no se arrepienten y no se enmiendan. Porque Dios no permitirá jamás que el santo matrimonio sea así deshonorado, odiado y despreciado. Castigará un día esta carnal y licenciosa manera de vivir, y hará que su santa ordenanza sea tenida en reverencia y honor. Porque ciertamente el matrimonio, como dice el apóstol, «es honroso en todos, y el lecho sin mancha; mas a los fornicarios y a los adúlteros juzgará Dios», es decir, los castigará y los condenará.²⁹

Pero ¿con qué fin se toma este trabajo de describir y exponer la grandeza del pecado de la fornicación y los perjuicios que brotan y fluyen de él, viendo que antes le faltarán a cualquier hombre el aliento y la lengua que pueda o alcance a exponerlo conforme a la abominación y atrocidad del mismo? No obstante, esto se dice con el fin de que todos los hombres huyan de la fornicación y vivan en el temor de Dios. ¡Quiera Dios que no se diga en vano!

²⁸ Mateo 19:8-9.

²⁹ Hebreos 13:4.

TERCERA PARTE DEL SERMÓN CONTRA EL ADULTERIO

En la segunda parte de este sermón contra el adulterio, que se leyó la última vez, han aprendido cuán encarecidamente nos amonesta la Escritura a evitar el pecado del adulterio y a abrazar la limpieza de vida; y que por el adulterio caemos en toda clase de pecados y somos hechos esclavos del diablo, mientras que por la limpieza de vida somos hechos miembros de Cristo; y, finalmente, cuán lejos aparta el adulterio al hombre de toda bondad y lo arroja de cabeza a todos los vicios, maldades y miserias. Ahora les declararé por orden con qué graves castigos plagó Dios el adulterio en tiempos pasados, y cómo también ciertos príncipes mundanos lo castigaron, para que perciban que la deshonestidad y la fornicación son pecados no menos detestables a los ojos de Dios y de todos los hombres buenos de lo que hasta aquí he expresado.

En el primer libro de Moisés leemos que, cuando el género humano comenzó a multiplicarse sobre la tierra, los hombres y las mujeres entregaron sus mentes tan grandemente al deleite carnal y al sucio ocio, que vivían sin temor alguno de Dios.³⁰ Dios, viendo esta bestial y abominable vida suya, y percibiendo que no se enmendaban, sino que aumentaban cada día más y más en sus pecaminosas e inmundas costumbres, se arrepintió de haber hecho jamás al hombre; y, para mostrar cuán grandemente aborrecía el adulterio, la deshonestidad, la fornicación y toda impureza, hizo brotar todas las fuentes de lo profundo de la tierra y abrir las compuertas del cielo, de modo que la lluvia cayó sobre la tierra por espacio de cuarenta días y cuarenta noches; y por este medio destruyó al mundo entero y a todo el género humano, con excepción de solo ocho personas, es decir, Noé, el «predicador de justicia», como lo llama san Pedro,³¹ y su esposa, sus tres hijos y las esposas de estos. ¡Oh, qué grave plaga arrojó aquí

³⁰ Génesis 6-7.

³¹ 2 Pedro 2:5.

Dios sobre todas las criaturas vivientes por el pecado de la fornicación! Por ello Dios tomó venganza no solo del hombre, sino también de las bestias, las aves y todas las criaturas vivientes. Antes se había cometido homicidio;³² y, sin embargo, el mundo no fue destruido por eso, sino que por la fornicación las aguas anegaron a todo el mundo, con muy pocas excepciones, y así este pereció. Un ejemplo digno de ser recordado, para que aprendan a temer a Dios.

Leemos otra vez que, por el inmundo pecado de la impureza, el fuego y el azufre del cielo destruyeron a Sodoma y Gomorra y a las demás ciudades cercanas a ellas, de modo que no quedó allí sin destruir ni hombre, ni mujer, ni niño, ni bestia, ni cosa alguna que creciese sobre la tierra.³³ ¿Qué corazón no se estremece al oír esta historia? ¿Quién está tan ahogado en la fornicación y la impureza que no dejará ahora, para siempre en adelante, esta abominable vida, viendo que Dios castiga tan gravemente la impureza como para hacer llover fuego y azufre del cielo, destruir ciudades enteras, matar a hombre, mujer y niño y a todas las demás criaturas vivientes que allí moraban, y consumir con fuego todo cuanto creció? ¿Qué señales pueden ser más manifiestas de la ira y la venganza de Dios contra la impureza y la impudicia de vida? Fíjense en esta historia, buena gente, y teman la venganza de Dios.

¿No leemos también que «Dios hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas» porque deseó impiamente a Sara, la mujer de Abraham?³⁴ Asimismo, leemos de Abimelec, rey de Gerar, aunque este no la tocó por conocimiento carnal.³⁵

Estas plagas y castigos los arrojó Dios sobre personas inmundas e impuras antes de que se diera la ley, reinando solo la ley de la naturaleza en los corazones de los hombres, para declarar cuán grande

³² Génesis 4.

³³ Génesis 19:1-29.

³⁴ Génesis 12:14-19.

³⁵ Génesis 20:3-4.

amor tenía al matrimonio (o desposorio), y, además, cuánto aborrecía el adulterio, la fornicación y toda impureza. Y cuando Moisés dio a los judíos la ley que prohibía la deshonestidad, ¿no mandó Dios que los transgresores que la quebrantasen fuesen condenados a muerte? Las palabras de la ley son estas: «Cualquiera que cometa adulterio con la mujer de otro hombre, morirá irremisiblemente, tanto el hombre como la mujer, porque ha quebrantado el matrimonio con la mujer de su prójimo».³⁶ En la ley se mandó que una doncella y un hombre sorprendidos juntos en deshonestidad fuesen ambos apedreados hasta la muerte.³⁷ En otro lugar leemos también que Dios mandó a Moisés tomar a todos los jefes y príncipes del pueblo y colgarlos públicamente en horcas, para que todo hombre pudiera verlos, porque ellos habían cometido o no habían castigado la deshonestidad.³⁸ Además, ¿no envió Dios tal plaga entre el pueblo por la fornicación y la impureza, que murieron en un solo día veintitrés mil?³⁹

Paso por alto, por falta de tiempo, muchas otras historias de la Santa Biblia que declaran la grave venganza y el gran disgusto de Dios contra los fornicarios y adúlteros. En verdad, este castigo extremo señalado por Dios muestra evidentemente cuán grandemente odia Dios la fornicación. Y no dudemos de que Dios, al presente, aborrece toda suerte de impureza no menos que lo hacía en la antigua ley, y sin duda la castigará tanto en este mundo como en el venidero. Porque es un Dios que no puede tolerar maldad alguna; por lo tanto, debe ser evitada por todos los que velan por la gloria de Dios y la salvación de sus propias almas.⁴⁰ San Pablo dice que «todas estas cosas están escritas para ejemplo nuestro», y para enseñarnos el temor de Dios y

³⁶ Levítico 20:10.

³⁷ Deuteronomio 22:23-24.

³⁸ Números 25:4.

³⁹ Números 25:9; 1 Corintios 10:8.

⁴⁰ Salmos 5:4.

la obediencia a su santa ley.⁴¹ Porque «si Dios no perdonó a las ramas naturales», tampoco nos perdonará a nosotros, que no somos sino injertos, si cometemos semejante ofensa.⁴² Si Dios destruyó a muchos miles de personas, muchas ciudades, más aún, el mundo entero, por la fornicación, no nos lisonjeemos pensando que escaparemos libres y sin castigo. Porque ha prometido en su santa ley enviar gravísimas plagas sobre los que transgredan (o quebranten) sus santos mandamientos.

Así hemos oído cómo castiga Dios el pecado del adulterio. Oigamos ahora ciertas leyes que los magistrados civiles idearon en diversos países para su castigo, a fin de que aprendamos cómo la impureza ha sido siempre detestada en todas las ciudades y repúblicas bien ordenadas, y entre todas las personas honestas. La ley entre los lepreanos era esta: que, cuando algunos eran sorprendidos en adulterio, eran atados y llevados por la ciudad durante tres días, y después, mientras vivían, eran despreciados y, con vergüenza y confusión, tenidos por personas privadas de toda honestidad.⁴³ Entre los locrenses, a los adúlteros se les arrancaban ambos ojos.⁴⁴ Los romanos, en tiempos pasados, castigaban la deshonestidad unas veces con fuego, otras con espada.⁴⁵ Si un hombre entre los egipcios era sorprendido en adulterio, la ley era que fuese azotado desnudo, abiertamente, en presencia de todo el pueblo, con látigos hasta el número de mil azotes; a la mujer que era sorprendida con él se le cortaba la nariz, por lo cual era conocida para siempre después como ramera, y, por tanto, aborrecida de todos los hombres.⁴⁶ Entre los árabes, a los que eran sorprendidos en adulterio

⁴¹ 1 Corintios 10:6; 1 Corintios 10:11.

⁴² Romanos 11:21-22.

⁴³ Heráclides Póntico, *De rebus publicis*, frag. 14. La mayoría de estos ejemplos procede de compilaciones del siglo XVI (Tiraqueau, Boehme).

⁴⁴ Eliano, *Historias curiosas*, 13.14.

⁴⁵ Julio Capitolino, *Vida de Opilio Macrino* (Historia Augusta), 12; Virgilio, *Eneida*, 6.612.

⁴⁶ Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, 1.78.

se les cortaba la cabeza de sus cuerpos.⁴⁷ Los atenienses castigaban la deshonestidad con la muerte de igual manera.⁴⁸ Lo mismo hacían los bárbaros tártaros.⁴⁹ Entre los turcos, aun en el día de hoy, los que son sorprendidos en adulterio, tanto el hombre como la mujer, son al punto apedreados hasta la muerte, sin misericordia.⁵⁰

Así vemos qué actos piadosos idearon en tiempos pasados los altos poderes para la extirpación de la deshonestidad y para el sostenimiento del santo matrimonio (o desposorio) y de la pura conducta. Y los autores de estos actos no eran cristianos, sino paganos; y, sin embargo, estaban tan inflamados por el amor a la honestidad y a la pureza de vida que, para el sostenimiento y conservación (o mantenimiento) de ella, hicieron piadosos estatutos, no consintiendo que la fornicación ni el adulterio reinasen impunemente en sus reinos.

Cristo dijo al pueblo: «Los ninivitas se levantarán en el juicio con esta nación» —refiriéndose a los judíos incrédulos— «y la condenarán, porque ellos se arrepintieron por la predicación de Jonás; pero he aquí —dice él— uno mayor que Jonás está aquí» —refiriéndose a sí mismo—, y, sin embargo, ellos no se arrepienten.⁵¹ ¿No se levantarán también, piensan, en el juicio los locrenses, los árabes, los atenienses y otros semejantes, y nos condenarán, por cuanto ellos cesaron de la fornicación por mandato de hombre, mientras que nosotros tenemos la ley y los manifiestos preceptos y mandamientos de Dios, y, sin embargo, no abandonamos nuestra sucia conducta? En verdad, en verdad, más tolerable será en el día del juicio para aquellos paganos que para nosotros, a menos que nos arrepintamos y nos enmendemos. Porque, aunque la muerte del cuerpo nos parezca un grave castigo en este mundo por la fornicación, aquel dolor no es nada en comparación

⁴⁷ Johann Boehme, *Costumbres de todas las gentes*, 2.1.

⁴⁸ Plutarco, *Vida de Solón*.

⁴⁹ Johann Boehme, *Costumbres de todas las gentes*, 2.10.

⁵⁰ Johann Boehme, *Costumbres de todas las gentes*, 2.11.

⁵¹ Mateo 12:41.

de los graves tormentos que los adúlteros, los fornicarios y todas las personas impuras han de padecer después de esta vida. Porque todos ellos serán excluidos y echados fuera del reino de los cielos, como dice san Pablo: «No os engañéis, porque ni los fornicarios, ni los adoradores de imágenes, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los saqueadores heredarán el reino de Dios».⁵² Y san Juan, en su Apocalipsis, dice que «los fornicarios tendrán su parte» con los homicidas, los hechiceros, los encantadores, los mentirosos, los idólatras y otros semejantes, «en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda».⁵³

El castigo del cuerpo, aunque sea la muerte, tiene fin; pero el castigo del alma, que san Juan llama la muerte segunda, es eterno: habrá fuego y azufre, habrá llanto y crujir de dientes, el gusano que allí roerá la conciencia de los condenados nunca morirá.⁵⁴ ¡Oh! ¿A quién no le destila el corazón gotas de sangre al oír y considerar estas cosas? Si temblamos y nos estremecemos al oír y comprender estas penas, ¡oh, qué harán los que las sientan, los que las padezcan, sí, y las padecerán siempre, por los siglos de los siglos! ¡Que Dios tenga misericordia de nosotros! ¿Quién hay ahora tan ahogado en el pecado y ajeno a toda piedad que estime en más un inmundo y hediondo placer, que pronto pasa, que la pérdida de la gloria eterna? Además, ¿quién se entregará de tal modo a las concupiscencias de la carne que no tema en absoluto las penas del fuego del infierno?

Pero oigamos cómo podemos evitar el pecado de la fornicación y el adulterio, para que andemos en el temor de Dios y quedemos libres de aquellos gravísimos e intolerables tormentos que aguardan a todas las personas impuras. Para evitar la fornicación, el adulterio y toda impureza, procuremos, por encima de todas las cosas, mantener

⁵² 1 Corintios 6:9-10; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:5.

⁵³ Apocalipsis 21:8.

⁵⁴ Mateo 13:42; Marcos 9:43-48; Lucas 3:17; Isaías 66:24.

nuestros corazones puros y limpios de todo mal pensamiento y concupiscencia carnal; porque, si una vez esto se inficiona y corrompe, caemos de cabeza en toda clase de impiedad. Esto lo haremos fácilmente si, cuando sentimos interiormente que Satanás, nuestro viejo enemigo, nos tienta a la fornicación, de ninguna manera consentimos en sus astutas sugerencias, sino que valientemente le resistimos y le hacemos frente con fuerte fe en la Palabra de Dios, alegando siempre contra él en nuestro corazón este mandamiento de Dios: «Scriptum est: Non moechaberis; Está escrito: No cometerás fornicación».⁵⁵ Nos será bueno también vivir siempre en el temor de Dios, y poner ante nuestros ojos las graves amenazas de Dios contra todos los pecadores impíos, y considerar en nuestra mente cuán inmundo, bestial y breve es aquel placer al que Satanás continuamente nos incita y mueve, y, además, cuán intolerable y eterna es la pena señalada para ese pecado. Asimismo, usar de templanza y sobriedad en el comer y el beber, evitar la plática impura, huir de toda compañía inmunda, rehuir la ociosidad, deleitarse en la lectura de la Sagrada Escritura, velar en piadosas oraciones y virtuosas meditaciones, y en todo tiempo ejercitarse en algunos piadosos trabajos, ayudará grandemente a evitar la fornicación.

Y aquí han de ser amonestados todos los grados, casados o solteros, a amar la castidad y la limpieza de vida. Porque los casados están obligados por la ley de Dios a amarse tan puramente el uno al otro, que ninguno de ellos busque amor ajeno. El hombre debe unirse solo a su mujer, y la mujer, a su vez, solo a su marido. Deben deleitarse tanto en la compañía el uno del otro, que ninguno de ellos codicie a ningún otro. Y así como están obligados a vivir juntos en toda piedad y honestidad, así también es su deber criar virtuosamente a sus hijos y procurar que no caigan en la trampa de Satanás ni en impureza alguna, sino que lleguen puros y honestos al santo matrimonio cuando el

⁵⁵ Mateo 5:27, citando Éxodo 20:14.

tiempo lo requiera. Del mismo modo, todos los amos y gobernantes deben procurar que no se practique deshonestidad alguna ni punto alguno de impureza entre sus siervos. Y, además, los que son solteros y sienten en sí mismos que no pueden vivir sin la compañía de una mujer, tomen mujeres propias y vivan así piadosamente juntos. «Porque mejor es casarse que quemarse»,⁵⁶ y, para evitar la fornicación, dice el apóstol, «tenga cada hombre su propia mujer, y cada mujer su propio marido».⁵⁷ Finalmente, todos los que sientan en sí mismos suficiencia y capacidad, por la obra del Espíritu de Dios, para llevar una vida célibe y continente, alaben a Dios por su don y busquen todos los medios posibles para mantenerla, como por la lectura de las Sagradas Escrituras, por piadosas meditaciones, por continuas oraciones y otros semejantes virtuosos ejercicios.

Si todos nosotros nos esforzamos de esta manera por evitar la fornicación, el adulterio y toda impureza, y llevamos nuestras vidas en toda piedad y honestidad, sirviendo a Dios con un corazón puro y limpio y glorificándolo en nuestros cuerpos al llevar una vida inocente e inofensiva, podemos estar seguros de hallarnos en el número de aquellos de quienes nuestro Salvador Cristo habla en el evangelio de esta manera: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».⁵⁸ A quien solo sea toda la gloria, el honor, el dominio y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

⁵⁶ 1 Corintios 7:9.

⁵⁷ 1 Corintios 7:2.

⁵⁸ Mateo 5:8.

HOMILÍA XII

Un sermón contra la contienda y las riñas



PRIMERA PARTE DEL SERMÓN

En este día, buen pueblo cristiano, se les declarará la inutilidad y la vergonzosa indignidad de la contienda, la discordia y la disputa; a fin de que, cuando vean, como en un cuadro pintado ante sus ojos, la fealdad y la deformidad de este vicio tan detestable, su ánimo se conmueva para levantarse contra él, y para detestar y aborrecer ese pecado, que tanto ha de odiarse y que es tan pernicioso y dañoso para todos los hombres.

Pero entre todas las clases de contienda, ninguna es más dañosa que la contienda en materia de religión. «Evita —dice san Pablo— las cuestiones necias e indoctas, sabiendo que engendran contiendas. No conviene al siervo de Dios contender» o pelear, «sino ser manso para con todos los hombres». ¹ Esta contienda y discordia se daba en tiempo de san Pablo entre los corintios, y se da en este tiempo entre nosotros los ingleses. Pues demasiados hay que, en las bancas de las tabernas

¹ 1 Timoteo 1:4; 2 Timoteo 2:23-24.

o en otros lugares, se deleitan en plantear ciertas cuestiones, no tanto atañentes a la edificación cuanto a la vanagloria y a la ostentación de su astucia, y en razonar y disputar de manera tan poco sobria que, cuando ninguna de las partes cede el lugar a la otra, caen en la riña y la contienda, y a veces, de las palabras acaloradas, en males mayores. San Pablo no podía soportar oír entre los corintios estas palabras de discordia o disensión: «Yo soy de Pablo, yo de Cefas y yo de Apolos».² ¿Qué diría, pues, si oyera estas palabras de contienda que ahora andan casi en boca de todos: «Este es fariseo, este es evangélico, este es de la nueva especie, este es de la antigua fe, este es un hermano de nuevo cuño, este es un buen padre católico, este es papista, este es hereje»? ¡Oh, cómo está dividida la Iglesia! ¡Oh, cómo son cortadas y desgarradas las ciudades! ¡Oh, cómo la túnica de Cristo, que era sin costura, está toda rasgada y hecha jirones! ¡Oh, cuerpo místico de Cristo!, ¿dónde está aquella santa y feliz unidad fuera de la que, quienquiera que esté, no está en Cristo? Si un miembro es arrancado de otro, ¿dónde está el cuerpo? Si el cuerpo es separado de la cabeza, ¿dónde está la vida del cuerpo? No podemos ser unidos a Cristo, nuestra cabeza, si no estamos pegados por la concordia y la caridad unos con otros.³ Pues el que no está en esta unidad no es de la Iglesia de Cristo, que es una congregación o unidad juntamente, y no una división. San Pablo dice que «mientras haya entre nosotros emulación (o envidia), contienda y facciones (o sectas), somos carnales y andamos según el hombre carnal».⁴ Y Santiago dice: «Si tenéis amarga emulación (o envidia) y contienda en vuestros corazones, no os gloriéis de ello; porque donde hay contienda, allí hay inconstancia y toda obra perversa».⁵ ¿Y por qué no escuchamos a san Pablo, que nos ruega, pudiendo mandarnos, diciendo: «Os ruego, en el nombre de

² 1 Corintios 1:12; 1 Corintios 3:4.

³ Efesios 4:15-16.

⁴ 1 Corintios 3:3.

⁵ Santiago 3:14; Santiago 3:16.

nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros disensión, sino que seáis un solo cuerpo entero, de un mismo sentir y de un mismo parecer» en la verdad?⁶ Si su deseo es razonable y honesto, ¿por qué no lo concedemos? Si su petición es para nuestro provecho, ¿por qué la rechazamos? Y si no queremos oír su petición u oración, oigamos al menos su exhortación, donde dice: «Os exhorto a que andéis como conviene al estado al que habéis sido llamados, con toda sumisión y mansedumbre, con benignidad y suavidad de ánimo, soportándoos unos a otros por caridad, esforzándoos en guardar la unidad del Espíritu por el vínculo de la paz; porque hay un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola fe, un solo bautismo».⁷ No hay, dice él, sino un solo cuerpo, del que no puede ser miembro vivo quien está en discordia con los demás miembros. Hay un solo Espíritu, que junta y enlaza todas las cosas en uno; ¿y cómo puede reinar en nosotros este único Espíritu cuando estamos divididos entre nosotros mismos? No hay sino una sola fe; ¿y cómo podemos entonces decir: «Este es de la antigua fe» y «Este es de la nueva fe»? No hay sino un solo bautismo; ¿y no serán entonces uno todos los que han sido bautizados? La contienda causa división; por lo cual no debe haberla entre los cristianos, a quienes una sola fe y un solo bautismo unen en unidad. Pero si despreciamos la petición y la exhortación de san Pablo, consideremos al menos su ferviente ruego, en el que muy encarecidamente nos conjura, y —si puedo hablar así— nos adjura de esta forma y manera: «Si hay alguna consolación en Cristo, si hay algún consuelo de amor, si tenéis alguna comunión del Espíritu, si tenéis alguna entraña de piedad y compasión, colmad mi gozo, sintiendo todos lo mismo, teniendo una misma caridad, siendo de un mismo sentir y de un mismo parecer, que nada se haga por contienda ni por vanagloria».⁸ ¿Quién es el que, teniendo entrañas

⁶ 1 Corintios 1:10.

⁷ Efesios 4:1-5.

⁸ Filipenses 2:1-3.

de piedad, no se conmoverá con estas palabras tan enjundiosas? ¿De quién es el corazón tan pétreo que la espada de estas palabras, más cortante que toda espada de dos filos,⁹ no pueda cortarlo y quebrantarlo? Por lo cual, esforcémonos por colmar el gozo de san Pablo aquí en este lugar, lo cual redundará al fin en gran gozo nuestro en otro lugar.

Leamos la Escritura de tal manera que, por su lectura, seamos hechos mejores en el vivir, antes que más contenciosos en el disputar. Si algo es necesario enseñar, razonar o disputar, hagámoslo con toda mansedumbre, suavidad y benignidad. Si algo llegare a decirse de modo indecoroso, soporte cada uno la fragilidad del otro. El que esté en falta, más bien enmiéndese que defienda lo que ha dicho mal, no sea que caiga por contienda de un error necio a una herejía obstinada. Porque mejor es ceder el lugar mansamente que ganar la victoria con quebranto de la caridad, lo cual acontece dondequiera que cada uno defiende su opinión obstinadamente. Si somos hombres cristianos, ¿por qué no seguimos a Cristo, que dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»?¹⁰ El discípulo debe aprender la lección de su maestro, y el siervo debe obedecer el mandamiento de su amo. «El que es sabio e instruido —dice Santiago— muestre su bondad por su buena conducta y por la sobriedad de su sabiduría. Porque donde hay envidia y contienda, esa sabiduría no viene de Dios, sino que es sabiduría mundana, sabiduría de hombres y sabiduría diabólica. Porque la sabiduría que viene de lo alto», del Espíritu de Dios, «es casta» y pura, no corrompida por ningún mal afecto; es apacible, mansa y pacífica, y aborrece todo deseo de contienda; es dócil, obediente, que no se resiste a aprender ni a ceder el lugar a los que enseñan mejor, para su propia enmienda.¹¹ Porque nunca habrá fin de la porfía y la contienda si contendemos sobre quién en la contienda

⁹ Hebreos 4:12.

¹⁰ Mateo 11:29.

¹¹ Santiago 3:13-17.

será el señor y llevará la ventaja; amontonaremos error sobre error si seguimos defendiendo obstinadamente lo que se dijo sin reflexión. Porque verdad es que la terquedad en sostener una opinión engendra contienda, riñas y reyertas, vicio que, entre todos los demás, es el más pernicioso y pestilente para la paz y la quietud comunes.

Y como se da entre dos personas y partes (pues nadie suele reñir consigo mismo), así comprende dos vicios muy detestables. El uno es el buscar pendencias con palabras agudas y contenciosas; el otro consiste en responder con terquedad y multiplicar de nuevo malas palabras. El primero es tan abominable que san Pablo dice: «Si alguno que se llama hermano es adorador de ídolos, un pendenciero» o buscador de pleitos, «un ladrón» o extorsionador, «con un hombre tal, mirad que no comáis».¹² Considera ahora que san Pablo cuenta al reñidor, al pendenciero o al buscador de pleitos entre los ladrones y los idólatras. Y muchas veces viene menos daño de un ladrón que de una lengua injuriosa; porque la una quita a un hombre su buen nombre, y el otro no le quita sino sus riquezas, que son de mucho menor valor y estimación que su buen nombre. Y el ladrón no daña sino a aquel a quien roba; pero el que tiene mala lengua perturba a toda la ciudad donde mora, y a veces a todo el país. Y una lengua injuriosa es una pestilencia tan llena de contagio que san Pablo quiere que los cristianos rehúyan la compañía de tales personas, y que ni coman ni beban con ellas. Y aunque no quiere que una mujer cristiana abandone a su marido, aunque él sea infiel,¹³ ni que un siervo cristiano se aparte de su amo que es infiel y pagano,¹⁴ y así permite que un cristiano trate en compañía de un infiel, con todo, nos prohíbe comer o beber con un reñidor o buscador de pendencias. Y también en el capítulo sexto a los Corintios dice así: «No os engañéis; porque ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los ladrones, ni los

¹² 1 Corintios 5:11.

¹³ 1 Corintios 7:13.

¹⁴ 1 Timoteo 6:1.

borrachos, ni los maldicientes habitarán en el reino de los cielos».¹⁵ Grande ha de ser por fuerza la falta que mueve e induce al padre a desheredar a su hijo natural; ¿y cómo puede ser de otro modo, sino que este maldecir ha de ser por fuerza un pecado condenabilísimo, que hace que Dios, nuestro Padre misericordiosísimo y amoroso, nos prive de su bienaventurado reino de los cielos? Contra el otro pecado, que consiste en devolver afrenta por afrenta, habla Cristo mismo: «Os digo —dice nuestro Salvador Cristo— que no resistáis al mal, sino amad a vuestros enemigos y decid bien de los que dicen mal de vosotros; haced bien a los que os hacen mal, y orad por los que os injurian y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y envía su lluvia sobre justos e injustos».¹⁶ Con esta doctrina de Cristo concuerda muy bien la enseñanza de san Pablo, aquel vaso escogido de Dios,¹⁷ que no cesa de exhortarnos y de instarnos, diciendo: «Benedicid a los que os maldicen; benedicid, digo, y no maldigáis. No paguéis a nadie mal por mal. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres».¹⁸

SEGUNDA PARTE DEL SERMÓN

Se les ha declarado en este sermón contra la discordia y las riñas cuán gran daño proviene de ella, y especialmente de la contienda que crece en materia de religión; y cómo, cuando ningún hombre cede el lugar a otro, no hay fin de la contienda y la discordia; y que la unidad que Dios requiere de los cristianos queda por ello del todo descuidada y quebrantada; y que esta contienda consiste principalmente en dos puntos: en el buscar pendencias y en el dar respuestas díscolas. Ahora

¹⁵ 1 Corintios 6:9-10.

¹⁶ Mateo 5:39; Mateo 5:44-45.

¹⁷ Hechos 9:15.

¹⁸ Romanos 12:14; Romanos 12:17-18.

oirán las palabras de san Pablo, que dice: «Amados míos, no os venguéis a vosotros mismos, sino más bien dad lugar a la ira; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Por tanto, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal».¹⁹ Todas estas son las palabras de san Pablo.

Pero los que están tan llenos de altivez, y en tanto se estiman a sí mismos, que no pueden soportar ni una sola palabra mala que se diga de ellos acaso dirán: «Si soy malamente injuriado, ¿me quedaré quieto como un ganso o un necio, con el dedo en la boca? ¿Seré tan idiota y mentecato que permita a todo hombre decir de mí lo que le plazca, injuriarme cuando le plazca, verter todo su veneno contra mí a su antojo? ¿No es debido que a quien habla mal se le responda en consecuencia? Si uso de esta benignidad y suavidad, aumentaré la terquedad de mi enemigo y provocaré a otros a hacer lo mismo». Tales razones alegan los que nada pueden sufrir, en defensa de su impaciencia. Y, con todo, si al responder díscolamente a una persona díscola hubiera esperanza de remediar su terquedad, menos ofendería quien así respondiera, haciéndolo no por ira ni malicia, sino solo con la intención de que el que es tan díscolo o malicioso sea corregido; pero el que no puede enmendar la falta de otro, o no puede enmendarla sin falta propia, mejor sería que pereciese uno que no dos. Entonces, si no puede sosegarlo con palabras suaves, al menos no le siga en palabras perversas y faltas de caridad. Si puede apaciguarlo sufriendo, sufra; y si no, mejor es sufrir el mal que hacer el mal, decir bien que decir mal; porque hablar bien contra el mal viene del Espíritu de Dios, mas devolver mal por mal viene del espíritu contrario. Y el que no puede templar ni gobernar su propia ira no es sino débil y flaco, y más semejante a una mujer o a un niño que a un hombre fuerte; porque la verdadera fuerza y hombría está en vencer la ira y en despreciar

¹⁹ Romanos 12:19-21, citando Deuteronomio 32:35.

la injuria y la insensatez ajena. Y además de esto, el que desprecie el agravio que le hace su enemigo, todos percibirán que fue dicho o hecho sin causa; mientras que, por el contrario, el que se enardece y se irrita por ello ayudará a la causa de su adversario, dando la sospecha de que la cosa es verdadera. Y así, al pretender vengar el mal, nos mostramos malos nosotros mismos; y mientras queremos castigar y vengar la locura ajena, duplicamos y aumentamos la nuestra propia.

Pero muchos pretextos hallan los obstinados para encubrir su impaciencia. Mi enemigo, dicen, no es digno de recibir palabras ni obras suaves, por estar tan lleno de malicia o de terquedad. Cuanto menos digno es él, tanto más eres tú aceptado de Dios, tanto más eres alabado de Cristo, por cuyo amor deberías devolver bien por mal, porque él te lo ha mandado y también ha merecido que así lo hagas. Tu prójimo acaso te haya ofendido con una palabra; trae tú a tu memoria con cuántas palabras y obras, y cuán gravemente, has ofendido tú a tu Señor Dios. ¿Qué era el hombre cuando Cristo murió por él? ¿No era su enemigo e indigno de recibir su favor y su misericordia? Pues del mismo modo, ¿con cuánta dulzura y paciencia te soporta, te tolera y te sufre, aunque cada día es ofendido por ti! Perdona, pues, una leve ofensa a tu prójimo, para que Cristo te perdone a ti muchos millares de ofensas, tú que cada día eres ofensor. Porque si perdonas a tu hermano, siendo para ti un ofensor, tienes entonces una señal y prenda segura de que Dios te perdonará, Dios a quien todos los hombres son deudores u ofensores. ¿Cómo querrías que Dios fuera misericordioso contigo, si tú quieres ser cruel con tu hermano? ¿No hallas en tu corazón el hacer con otro, que es tu igual, lo que Dios ha hecho contigo, que no eres sino su siervo? ¿No debe un pecador perdonar a otro, viendo que Cristo, que no era pecador, oró a su Padre por los que, sin misericordia y con despecho, le dieron muerte? «El cual, cuando era injuriado, no respondía con injurias; y cuando padecía injustamente, no amenazaba, sino que encomendaba toda venganza al juicio de su

Padre, que juzga justamente».²⁰ ¿Y por qué te jactas de tu cabeza si no te esfuerzas por estar en el cuerpo? No puedes ser miembro de Cristo si no sigues las pisadas de Cristo, quien, como dice el profeta, fue «llevado a la muerte como un cordero»,²¹ no abriendo la boca para injuriar, sino abriendo la boca para orar por los que lo crucificaban, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».²² Este ejemplo, poco después de Cristo, lo siguió san Esteban,²³ y luego san Pablo. «Somos injuriados —dice él— y bendecimos; padecemos persecución y la sufrimos con paciencia; los hombres nos maldicen y nosotros respondemos con dulzura».²⁴ Así san Pablo enseñaba lo que hacía, y hacía lo que enseñaba. «Benedicid —dice— a los que os persiguen; bendicid y no maldigáis».²⁵ ¿Es acaso gran cosa hablar bien a tu adversario, a quien Cristo te manda hacer bien? David, cuando Simei lo denostaba de mil modos, no lo reprendió a su vez, sino que dijo pacientemente: «Dejadlo hablar mal, si acaso el Señor tendrá misericordia de mí».²⁶ Las historias están llenas de ejemplos de paganos que soportaron muy mansamente tanto palabras oprobiosas y afrentosas como actos injuriosos y agraviantes. ¿Y nos aventajarán en paciencia esos paganos a nosotros, que profesamos a Cristo, maestro y ejemplo de toda paciencia? Lisandro, cuando uno se enfurecía contra él injuriándolo, en nada se conmovió, sino que dijo: «Vamos, vamos, habla contra mí cuanto y tantas veces quieras, y no dejes nada; si por ventura por este medio puedes descargar de esas cosas perversas de que pareces ir del todo cargado».²⁷ Muchos hombres hablan mal de todos porque no pueden hablar bien de ninguno. De esta manera este

²⁰ 1 Pedro 2:23.

²¹ Isaías 53:7.

²² Lucas 23:34.

²³ Hechos 7:60.

²⁴ 1 Corintios 4:12-13.

²⁵ Romanos 12:14.

²⁶ 2 Samuel 16:11-12.

²⁷ Plutarco, *Máximas de espartanos*, Lisandro, 13 (229 E).

sabio apartaba de sí las palabras afrentosas que se le decían, imputándolas y atribuyéndolas a la dolencia natural de su adversario. Pericles, cuando cierto reñidor o sujeto injurioso lo ultrajaba, no respondió ni una palabra, sino que se metió en una galería; y después, hacia la noche, cuando se iba a casa, este reñidor lo siguió, enfureciéndose más y más porque veía que el otro no le hacía caso alguno; y después, ya llegado a su puerta, siendo noche oscura, Pericles ordenó a uno de sus criados que encendiera una antorcha y llevara al reñidor hasta su propia casa. No solo sufrió con sosiego y paciencia a este pendenciero, sino que también pagó una mala acción con una buena, y eso a su enemigo.²⁸

¿No es vergüenza para nosotros, que profesamos a Cristo, ser peores que los paganos en una cosa que atañe principalmente a la religión de Cristo? ¿Los persuadirá a ellos la filosofía más de lo que a nosotros nos persuadirá la Palabra de Dios? ¿Prevalecerá en ellos la razón natural más de lo que en nosotros la religión? ¿Los llevará la sabiduría humana a aquello a donde a nosotros no puede llevarnos la doctrina celestial? ¡Qué ceguera, qué obstinación, o más bien qué locura es esta! Pericles, provocado a ira con muchas palabras villanas, no respondió palabra. Pero nosotros, agitados por una sola palabrita, ¡qué torpe alboroto armamos! ¡Cómo echamos humo, bramamos, pateamos y clavamos los ojos como locos! Muchos hombres, de cualquier nimiedad, hacen un gran asunto, y de la chispa de una pequeña palabra encienden un gran fuego, tomando todas las cosas por la peor parte. Pero cuánto mejor es, y más conforme al ejemplo y a la doctrina de Cristo, hacer más bien de una gran falta de nuestro prójimo una falta pequeña, razonando con nosotros mismos de esta manera: «Dijo estas palabras, pero fue en un arrebato súbito; o las dijo la bebida, y no él; o las dijo por instigación de algún otro; o las dijo por ignorar

²⁸ Plutarco, *Vida de Pericles*, 1 (154 C).

la verdad; no las dijo contra mí, sino contra aquel que él pensaba que yo era».

Pero en cuanto al hablar mal, el que está presto a hablar mal contra otros hombres, examínese primero a sí mismo, si está sin falta y limpio de la falta que halla en otro. Porque es vergüenza que el que culpa a otro de cualquier falta sea él mismo culpable, ya de la misma falta, ya de una mayor. Es vergüenza que el que es ciego llame ciego a otro; y es mayor vergüenza que el que es del todo ciego llame cegato al que apenas ve poco; porque esto es ver una paja en el ojo ajeno cuando se tiene una viga en el ojo propio. Considere luego que el que acostumbra hablar mal, comúnmente, será mal hablado a su vez; y el que dice lo que quiere para su placer será forzado a oír lo que no querría, para su disgusto. Además, recuerde aquel dicho: que «daremos cuenta de toda palabra ociosa».²⁹ ¡Cuánto más, pues, habremos de rendir cuenta de nuestras palabras agudas, amargas, pendencieras y reñidoras, que provocan a ira a nuestro hermano, y así al quebranto de su caridad! Y en cuanto al mal responder, por mucho que seamos provocados por el mal hablar de otros hombres, no seguiremos su terquedad respondiendo mal, si consideramos que la ira es una especie de locura, y que el que está airado está, por así decir, por un tiempo en frenesí. Por tanto, guárdese, no sea que en su furia diga algo de lo que después tenga justa causa de dolerse. Y el que pretenda defender que la ira no es frenesí, sino que tiene razón aun cuando está muy airado, razone así consigo mismo cuando esté airado: «Ahora estoy tan alterado y encendido, que dentro de poco tendré otro parecer; ¿por qué, pues, habría yo de decir ahora en mi ira algo que después, por mucho que lo quisiera, no podrá deshacerse? ¿Por qué haría yo ahora algo, estando (por así decir) fuera de mi juicio, por lo cual, cuando vuelva en mí, quedará muy afligido? ¿Por qué no obtiene de mí la razón, por qué no la piedad, más aún, por qué no obtiene de

²⁹ Mateo 12:36.

mí Cristo, ahora, aquello que el tiempo venidero obtendrá de mí?». Si un hombre es llamado adúltero, usurero, borracho o con cualquier otro nombre vergonzoso, considere con seriedad si es llamado así con verdad o con falsedad. Si con verdad, enmiende su falta, para que su adversario no pueda después acusarlo con razón de tales ofensas. Si estas cosas se le imputan falsamente, considere, con todo, si ha dado alguna ocasión para ser sospechado de tales cosas; y así podrá tanto cortar aquella sospecha de la que nació esta calumnia, cuanto vivir con más cautela en lo demás. Y comportándonos así, no recibiremos daño alguno, sino más bien mucho bien, por las reprensiones y calumnias de nuestro enemigo. Porque el reproche de un enemigo puede ser para muchos hombres espuela más aguda para la enmienda de su vida que la suave amonestación de un amigo. Filipo, rey de Macedonia, cuando era mal hablado por los principales gobernantes de la ciudad de Atenas, les daba las gracias de corazón, porque por ellos era hecho mejor tanto en sus palabras como en sus obras: «Porque me esfuerzo —dice él—, tanto con mis dichos como con mis hechos, por probar que son mentirosos».³⁰

TERCERA PARTE DEL SERMÓN

Oyeron en la última lección del sermón contra la discordia y las riñas cómo podemos responder a los que sostienen sus dichos díscolos en la contienda, y que se vengan con palabras del mal que otros hombres les hacen; y, finalmente, cómo podemos, conforme a la voluntad de Dios, gobernarnos a nosotros mismos, y qué considerar respecto de ellos cuando somos provocados a contienda y discordia con palabras injuriosas. Ahora, para proseguir en el mismo asunto, conocerán la manera recta de refutar y vencer a su adversario y enemigo. Esta es la mejor manera de confutar al adversario de uno: vivir de tal modo

³⁰ Plutarco, *Máximas de reyes y generales*, Filipo padre de Alejandro, 7 (177 E).

que todos los que conozcan su honradez puedan dar testimonio de que se le calumnia indignamente. Si la falta de que se le calumnia fuera tal que, para la defensa de su honra, hubiera de responder por fuerza, responda con sosiego y suavidad, de esta manera: que tales faltas se le imputan falsamente. Porque es verdad lo que dice el sabio: «La blanda respuesta quita la ira, y la respuesta dura y áspera suscita el enojo y la furia».³¹ La áspera respuesta de Nabal provocó a David a cruel venganza, pero las suaves palabras de Abigail apagaron de nuevo el fuego, que estaba todo en llamas.³² Y un remedio especial contra las lenguas maliciosas es armarnos de paciencia, mansedumbre y silencio, no sea que, al multiplicar palabras con el enemigo, seamos hechos tan malos como él.

Pero los que no pueden soportar ni una sola palabra mala, acaso, para su propia excusa, alegarán lo que está escrito: «El que desprecia su buen nombre es cruel».³³ También leemos: «Responde al necio conforme a su necedad».³⁴ Y nuestro Señor Jesús calló ante ciertos dichos malos,³⁵ pero a algunos respondió diligentemente. Oyó a los hombres llamarlo «samaritano, hijo de carpintero, bebedor de vino», y calló;³⁶ pero cuando les oyó decir: «Tienes un demonio dentro de ti», respondió a ello con seriedad.³⁷

Verdad es, en efecto, que hay un tiempo en que conviene «responder al necio conforme a su necedad, no sea que se tenga por sabio en su propia opinión».³⁸ Y a veces no es provechoso «responder al necio conforme a su necedad», no sea que el sabio sea hecho semejante

³¹ Proverbios 15:1.

³² 1 Samuel 25:10-35.

³³ Agustín, *Sermones*, 355 (sobre la vida y costumbres de sus clérigos). Cf. *La bondad de la viudez*, 22.

³⁴ Proverbios 26:5.

³⁵ Juan 19:9.

³⁶ Mateo 11:19.

³⁷ Mateo 13:55; Juan 8:48.

³⁸ Proverbios 26:5.

al necio.³⁹ Cuando nuestra infamia (o el reproche que se nos hace) va unida al peligro de muchos, entonces es necesario ser pronto y presto en responder. Porque leemos que muchos hombres santos, de buen celo, han hablado y respondido aguda y fieramente a tiranos y a hombres malvados; estas palabras agudas no procedían de ira, rencor o malicia, ni de deseo de venganza, sino de un ferviente deseo de llevarlos al verdadero conocimiento de Dios y de apartarlos del vivir impío, mediante una reprensión y una reprimenda serias y agudas. Con este celo, san Juan Bautista llamó a los fariseos «cría de víboras»;⁴⁰ y san Pablo llamó «insensatos» a los gálatas;⁴¹ y a los hombres de Creta los llamó «mentirosos, malas bestias» y «vientres perezosos»;⁴² y a los falsos apóstoles los llamó «perros» y «obreros fraudulentos». ⁴³ Y este celo es piadoso y digno de aprobarse, como claramente lo prueba el ejemplo de Cristo, quien, aunque era la fuente y el manantial de toda mansedumbre, benignidad y suavidad, con todo, llama a los obstinados escribas y fariseos «guías ciegos, necios, sepulcros pintados, hipócritas, serpientes, cría de víboras, generación corrupta y malvada». ⁴⁴ También reprende a Pedro con vehemencia, diciendo: «Ponte detrás de mí, Satanás». ⁴⁵ Asimismo, san Pablo reprende a Elimas, diciendo: «Oh tú, lleno de todo engaño y de toda astucia, enemigo de toda justicia, no cesas de trastornar los caminos rectos de Dios; y ahora, he aquí que la mano del Señor está sobre ti, y quedarás ciego y no verás por un tiempo». ⁴⁶ También san Pedro reprende muy agudamente a Ananías, diciendo: «Ananías, ¿cómo es que Satanás ha

³⁹ Proverbios 26:4.

⁴⁰ Mateo 3:7.

⁴¹ Gálatas 3:1.

⁴² Tito 1:12.

⁴³ Filipenses 3:2.

⁴⁴ Mateo 23:16-33; Mateo 12:39.

⁴⁵ Mateo 16:23.

⁴⁶ Hechos 13:10-11.

llenado tu corazón para que mientas al Espíritu Santo?». ⁴⁷ Este celo ha sido tan ferviente en muchos hombres buenos que los ha movido no solo a hablar palabras amargas y vehementes, sino también a hacer cosas que a algunos podrían parecer crueles, pero que en realidad son muy justas, caritativas y piadosas, porque no fueron hechas por ira, malicia o ánimo contencioso, sino por un ánimo ferviente para la gloria de Dios y la corrección del pecado, ejecutadas por hombres llamados a ese oficio. Porque con este celo nuestro Señor Jesucristo echó a latigazos del templo a los que compraban y vendían. ⁴⁸ Con este celo Moisés quebró las dos tablas que había recibido de la mano de Dios, cuando vio a los israelitas danzando alrededor de un becerro, e hizo matar a veintitrés mil de su propio pueblo. ⁴⁹ Con este celo Finees, hijo de Eleazar, atravesó con su espada a Zimri y a Cozbi, a quienes halló juntos, unidos en el acto de lascivia. ⁵⁰ Por lo cual, para volver ahora de nuevo a las palabras contenciosas, y especialmente en materia de religión y de la Palabra de Dios —que deberían usarse con toda modestia, sobriedad y castidad—, conviene marcar bien y guardar en la memoria las palabras de Santiago, donde dice que de la contienda surge el mal. ⁵¹ Y el sabio rey Salomón dice: «Honra merece el hombre que se guarda de la contienda, y todos los que en ella se mezclan son necios». ⁵² Y porque este vicio es tan dañoso para la sociedad de una república, en todas las ciudades bien ordenadas estos pendencieros y reñidores habituales son castigados con una pena notable, como el ser puestos en la silla de escarnio, en la picota o cosa semejante. ⁵³ Y son

⁴⁷ Hechos 5:3.

⁴⁸ Juan 2:15.

⁴⁹ Éxodo 32:28 (según la Vulgata).

⁵⁰ Números 25:8, 14-15. El original imprime al margen: «Pero estos ejemplos no han de ser imitados por cualquiera, sino según los hombres sean llamados a un cargo y puestos en autoridad».

⁵¹ Santiago 3:16.

⁵² Proverbios 20:3.

⁵³ El castigo de la picota fue abolido en 1837.

indignos de vivir en una república los que, cuanto está en su mano, con riñas y reyertas perturban la quietud y la paz de la misma. ¿Y de dónde vienen esta contienda, discordia y desavenencia, sino del orgullo y la vanagloria? Humillémonos, pues, «bajo la poderosa mano de Dios»,⁵⁴ que ha prometido reposar sobre los que son humildes y bajos de espíritu.⁵⁵ Si somos buenos y sosegados hombres cristianos, muéstrese en nuestro hablar y en nuestras lenguas. Si hemos abandonado al diablo, no usemos ya lenguas diabólicas. El que ha sido un reñidor injurioso, sea ahora un sobrio consejero. El que ha sido un calumniador malicioso, sea ahora un amoroso consolador. El que ha sido un injuriador vano, sea ahora un maestro espiritual. El que ha abusado de la lengua para maldecir, úsela ahora para bendecir. El que ha abusado de la lengua hablando mal, úsela ahora para hablar bien. «Toda amargura, ira, injuria y blasfemia, apártese de vosotros».⁵⁶ Si pueden, y es posible, de ninguna manera se aíren. Pero si no pueden estar del todo libres de esta pasión, témpenla y refrénenla de tal modo que no los incite a contienda y riñas. Si son provocados con mal hablar, ármense de paciencia, benignidad y silencio; o no hablando nada, o siendo muy suaves, mansos y gentiles al responder. Vence a tus adversarios con beneficios y gentileza. Y sobre todas las cosas guarden la paz y la unidad; no sean quebrantadores de la paz, sino pacificadores. Y entonces no hay duda de que Dios, el autor del consuelo y de la paz, nos concederá paz de conciencia, y tal concordia y acuerdo, «que con una sola boca y un solo ánimo glorifiquemos a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo».⁵⁷ Al cual sea toda la gloria ahora y para siempre. Amén. En adelante seguirán sermones: sobre el ayuno, la oración y la limosna; sobre la Natividad, la Pasión, la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador Cristo; sobre el debido recibimiento

⁵⁴ 1 Pedro 5:6.

⁵⁵ Lucas 1:52; Isaías 57:15.

⁵⁶ Efesios 4:31.

⁵⁷ Romanos 15:6.

de su bendito cuerpo y sangre bajo la forma de pan y vino; contra la ociosidad, contra la gula y la embriaguez, contra la codicia, contra la envidia, la ira y la malicia; con otros muchos asuntos, tan fructíferos como necesarios para la edificación del pueblo cristiano y el aumento de la vida piadosa. Amén.

Dios salve al Rey.



SOLI DEO GLORIA



ANGLICANISMO.COM

CATOLICISMO **REFORMADO**
Una Fe, un Señor, un Bautismo

CATOLICISMOREFORMADO.COM